

La marea sindical

Tali Goldman

La marea sindical

Mujeres y gremios en la nueva era feminista

OCTUBRE
EDITORIAL

Goldman, Tali

La marea sindical: mujeres y gremios en la nueva era feminista
1a ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Octubre, 2018.
168 p., 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-3957-31-4

1. Sindicalismo. 2. Mujeres. I. Título.
CDD 335.82

© Tali Goldman, 2018

© Editorial Octubre, 2018

© UMET, 2018

Diseño de tapa: Peter Tjebbes

Diseño de interior: Verónica Feinmann

Corrección: Rosina Balboa

Editorial Octubre

Sarmiento 2037 • C1044AAE • Buenos Aires, Argentina

www.editorialoctubre.com.ar

Impreso en Argentina.

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida
sin permiso escrito del editor.

*A mi mamá, Norma Goldman,
la primera feminista que conocí.*

Prólogo

Ana Natalucci *

Hace poco tiempo, una foto publicada por la prensa y viralizada en las redes sociales llamó la atención. La foto fue tomada luego de un acto del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor de la República Argentina (SMATA), en la localidad bonaerense de Cañuelas. En ella estaban Cristina Fernández de Kirchner, Hugo Moyano, Omar Plaini –secretario general del gremio de Canillitas–, los anfitriones Ricardo Pignanelli y Mario Manrique, y Vanesa Siley –secretaria general de la Federación de Sindicatos de los Trabajadores Judiciales/FE-Sitraju y diputada nacional por Unidad Ciudadana–. Los primeros comentarios y crónicas apuntaban al reencuentro entre Cristina y

* Investigadora adjunta del Conicet. Directora del Grupo de Estudios sobre Participación y Movilización Política - Instituto de Investigaciones Gino Germani (Universidad de Buenos Aires).

Moyano, luego de años de distancia; luego empezó a llamar la atención esa otra mujer que aparecía en la foto. ¿Quién era? ¿Qué hacía allí? Ya nos habíamos acostumbrado a fotos de Cristina rodeada de varones como una especie de reafirmación de que la política era un espacio masculino. Pero una mujer joven y sindicalista en esa foto, con dirigentes sindicales de larga trayectoria, parecía algo de otro planeta. Esta sorpresa era mayor en quienes solo acostumbran a mirar las cúpulas sindicales, o peor, quienes solo tienen comentarios peyorativos sobre las organizaciones sindicales.

¿Es el sindicalismo un ámbito extremadamente masculinizado como indican las crónicas periodísticas que sostienen que no se cumple con la Ley N° 25.674/02 de cupo femenino en los sindicatos? Según el documento publicado por el Ministerio de Trabajo “La mujer en el mundo del trabajo”, se informa que del universo de afiliados, es decir con una relación orgánica con el sindicato, el 30 por ciento son mujeres. De ese porcentaje, el 5 por ciento llegó a conducir un sindicato, y solo una mujer, Susana Rueda, ha ocupado la Secretaría General de la CGT integrando un triunvirato entre 2004 y 2005. Sin embargo, una organización sindical no consiste únicamente en una cúpula y una base sin mediación alguna, entre ellos hay dirigentes, cuadros intermedios y delegados que sostienen todos los días la dinámica sindical. Muchas son mujeres. Si miramos entonces comisiones directivas, incluyendo secretarías, subsecretarías o prosecretarías, ese porcentaje se amplía al 18 por ciento y, dentro de ese número, el 74 por ciento corresponde a áreas de igualdad, género o servicios sociales. De acuerdo con aquel informe, aunque hay una relación positiva entre la proporción de mujeres empleadas en una actividad y la ocupación de cargos electivos por parte de ellas, hay sindicatos cuyas bases están sumamente feminizadas y donde ese acceso sigue siendo restrictivo.

Sin embargo, a partir de estos datos, ¿podemos concluir que los sindicatos o la CGT son organizaciones más mascu-

linizadas que el consejo superior de cualquier universidad, el directorio de una empresa, el Poder Judicial o un movimiento social? *A priori*, parece algo demasiado general para el complejo mundo del trabajo y sus organizaciones. Excepto en las listas legislativas en las cuales rige una ley de cupo que se cumple estrictamente, en el resto de los espacios sociales las mujeres vienen peleando por ocupar lugares de poder y de toma de decisiones, mostrando los obstáculos en sus accesos y las desigualdades a las que se enfrentan. Los sindicatos no son una excepción a este proceso, pero eso no implica que no haya mujeres que conducen, que organizan, que militan. ¿Se trata de un problema de visibilidad, entonces? Este es uno de los problemas para pensar.

Otro de los problemas es si esa incipiente visibilidad es producto de la nueva oleada verde. En pocas palabras, hay una premisa que se ha ido generalizando sobre que el feminismo se reinventó y en esa reinención se lleva todo puesto, incluso estructuras enraizadas como la sindical. *A priori*, suena raro que en pocos meses hayan salido dirigentes de todos lados. Pero la misma pregunta podríamos hacernos respecto de la marea verde, o ¿acaso surgió de la noche a la mañana? A este problema le llamaremos *de temporalidad*.

En las teorías de la acción colectiva hay una premisa relativamente difundida que indica que los ciclos de movilización se constituyen en oportunidades para la acción de otras organizaciones. Es decir, no solo hay condiciones de posibilidad políticas o económicas como motivación para la acción y organización, sino también de la propia movilización. Son los agentes que se movilizan, que actúan en la calle, que reparten pañuelos o panfletos, que organizan charlas que logran convocar a otros y que, además, facilitan que organizaciones o colectivos que tienen mayores dificultades para salir a la calle o tener visibilidad, la tengan. En esta perspectiva, la movilización tiene su propio ritmo, su propia dinámica y sus efectos pueden repercutir en el sistema político, en la economía o

en la propia movilización y campo multiorganizacional. Esta dinámica tiene cruces donde las organizaciones no siempre funcionan como fronteras identitarias, sino que son atravesadas por problemas comunes.

En relación con esto hay tres procesos que son ineludibles para pensar la militancia feminista en los sindicatos. Uno fue la reactivación del mundo del trabajo entre 2003 y 2015, que creó empleos y amplió la base de las mujeres trabajadoras, aunque esos puestos no hayan sido necesariamente ocupados de modo equitativo por varones y mujeres. El segundo fue la creación de un imaginario en torno a la democratización construido durante el kirchnerismo, que implicó, entre otras cuestiones y leyes, el matrimonio igualitario, la identidad de género, la jubilación para las amas de casa y la lucha contra la violencia de género que se instaló definitivamente en el espacio público a partir de la experiencia de Ni Una Menos en junio de 2015. Y el tercero es el proceso de revitalización sindical, sobre el que se ha escrito mucho, por lo menos en la academia. Este se ha pensado desde las cúpulas, debido al mejoramiento de las negociaciones paritarias y de convenios colectivos, del incremento de la afiliación, del surgimiento de movimientos de las bases, de la consolidación de la izquierda clasista y también de los jóvenes en esa experiencia que fue la Juventud Sindical. ¿Y si las mujeres sindicalistas fueran también un corolario de esa revitalización? ¿Y si esa nueva generación de mujeres no cree que los espacios de poder están vedados *per se* para las mujeres y por eso hay que luchar para que puedan ser ocupados por ellas?

* * *

De todas estas discusiones y problemas se trata este libro, de esos cruces entre mujeres que son militantes sindicales. Laura, Susana, Ana, Andrea, Graciela, Alicia, Claudia, Jackie, María Elena, Vanesa, Viviana, Virginia y María son las pro-

tagonistas. Ellas tienen diferentes niveles de responsabilidad en sus organizaciones, variadas trayectorias personales, laborales y militantes. En sus historias se entrecruzan sus trayectorias laborales con sus carreras sindicales. Todas *trabajadoras* que empezaron siendo *trabajadores* y que se acercaron al sindicato. Su acercamiento en general tenía relación con problemas salariales, despidos injustos o condiciones de trabajo insalubres. Aprendieron a ser sindicalistas en el camino. Pero ya existían, ya militaban, ya organizaban a otras. En todo caso, su visibilidad e impulso se entrecruzan con la marea verde. Y aquí se condensa la convicción de que el feminismo será popular o no será. Que no es un problema solo de libertades individuales o del techo de cristal sino también de igualdad, de clase, de representación de esas mujeres que tienen realidades complejas. Que haya mujeres en lugares de decisión, sea en el sindicato o en cualquier otra institución social, no es una mera disputa de poder, es profundamente político. De construir representaciones que contengan la diversidad social.

Este libro no aborda la experiencia de una única organización feminista en el mundo sindical, no podría serlo dado que desde hace un tiempo proliferan organizaciones, colectivos, secretarías de género. En este sentido, pareciera que la militancia feminista en el sindicalismo sigue la lógica de la marea verde.

Gran parte de la militancia feminista en los sindicatos empezó en esas secretarías, que fueron adoptando nombres de acuerdo a la contingencia histórica: secretaría de la mujer y la familia, de género y derechos humanos, de acción social, de igualdad de oportunidades y género. No todos los sindicatos tienen espacios de este tipo, pero siempre constituyen una puerta de ingreso. Puede ser a una delegación, a una comisión interna o a la comisión directiva. Fundamentalmente, estos espacios han servido para visibilizar cuántas trabajadoras había en una actividad, sus problemas laborales específicos y los obstáculos que encontraron para la participación y mili-

tancia sindical. Lo cuenta claramente Alejandra Estoup, de la Asociación Bancaria, bajo la forma de anécdota: las reuniones y plenarios empezaban a las 19 horas hasta que una mujer, ella, fue electa secretaria general de la seccional Buenos Aires y el horario se adelantó a las 14. La cuestión de las tareas de cuidado es ineludible para cualquier discusión sobre la vocación militante: ¿es un problema de vocación, de ganas y predisposición para la participación sindical o es un problema de tiempo debido a la doble jornada? Aunque esos espacios han funcionado como puertas de entrada y en esta dirección han cumplido un rol fundamental, hoy ya no alcanza con ellos. La militancia feminista en los sindicatos propone impulsar un sindicalismo con perspectiva de género. Esto es, que una mujer pueda opinar de toda la política gremial y no solo de los asuntos de mujeres; como si no tuvieran relación alguna.

Y esto último ha implicado el cuestionamiento de algunas creencias enraizadas. Por ejemplo, que la incompatibilidad con las tareas de cuidado y la militancia es una marca exclusiva de la organización sindical. Aquella atraviesa todo el mundo del trabajo en tanto se naturalice que hay tareas eminentemente masculinas, sobre todo las asociadas a la industria pesada hoy revestida de tecnología, y otras femeninas, entre ellas la docencia o la enfermería. Y durante mucho tiempo esa asociación se transfirió al mundo sindical. Alrededor de este punto hay otro gran hallazgo de este libro, el de aquellas experiencias de dirigentes sindicales de gremios *a priori* masculinos, como la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) o Camioneros.

Otra de las creencias es que eso se revierte con el famoso cupo sindical femenino, que muchas veces opera como presión de los gobiernos para intervenir en la vida de la organización. Es indudable que, si no existiera este tipo de mecanismo de discriminación positiva, la participación de mujeres en las instancias de decisión sería más difícil. Pero sabemos que con esto no alcanza, no solo porque puede haber otros mecanismos que vulneren el anterior, sino fundamentalmente porque

se trata de un problema de concepción. De ahí que las protagonistas de este libro reivindicquen su carrera laboral y militante, que reivindicquen que su lugar en la comisión directiva se lo ganaron por haber construido una representación en sus lugares de trabajo.

* * *

Mientras escribía este prólogo se me presentaban preguntas para las cuales tenía argumentos, pero inmediatamente se me ocurrían contraargumentos. Tal vez por la complejidad del tema, tal vez por carecer todavía de investigaciones sistemáticas sobre la militancia feminista en los sindicatos. Las experiencias que se cuentan en este libro demuestran que son irreductibles a un único rótulo y que el cuestionamiento al *statu quo* no siempre está orientado según una dirección unívoca. Hoy, más que respuestas concluyentes respecto del feminismo y de la militancia sindical feminista, tenemos dudas y preguntas. Por estas razones, este libro se constituye en una obra pionera en intentar ofrecer una perspectiva desde la cual mirar, nombrar estas experiencias y conocer esas dirigentas de modo de abrir camino a otras. Acá también se juega la visibilidad.

Los sindicatos no son una excepción, no son más machistas que otros espacios. O, en todo caso, son tan machistas como el resto de la sociedad. Pero, por eso mismo, tampoco pueden ser una excepción a este momento histórico: la nueva ola feminista se fundamenta en una profunda convicción de ocupar espacios, no en términos de competencia, sino para construir una representación sobre las características que asume la clase trabajadora hoy. En 2009, cuando se creó la Corriente Nacional del Sindicalismo Peronista, la consigna fue “la hora de los trabajadores”. Hoy, en 2018, ¿llegó la “hora de las mujeres trabajadoras”? Para la respuesta, basta mirar las calles, las fábricas, las escuelas y cualquier lugar de trabajo. Es ahora. Y es imparabile.

Introducción

Escena 1: El 10 de octubre de 2012, en las vísperas del Último Día de Libertad de los Pueblos Originarios, la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA), junto a un amplio arco de organizaciones sindicales, sociales, de la producción, estudiantiles e indígenas, había convocado a un paro nacional y movilización con cortes de rutas en todo el país. Se sumaron también el gremio de Camioneros, conducido por Hugo y Pablo Moyano, y los Portuarios de Juan Carlos Schmid –uno de los triunviros de la Confederación General del Trabajo (CGT)–.

El acto central sería en Plaza de Mayo y contaría con dos locutores: la típica parejita de varón y mujer, como para ser justos e igualitarios. La elegida había sido Giselle Santana, que con 31 años era secretaria gremial de ATE-INTI (Asociación de Trabajadores del Estado-Instituto Nacional de Tecnología Industrial) y secretaria general de la CTA regional norte de Capital.

La plaza estaba llena: el locutor agarró el micrófono y dio la bienvenida. Se lo pasó automáticamente a su compañera. Apenas saludó, ella escuchó un cantito que venía del sector donde se agrupaban los camioneros, en los primeros lugares delante del escenario. Por un segundo se paralizó. No podía creer lo que estaba escuchando:

—A ver a ver/ como mueve la colita/ si no la mueve...

En el escenario, los varones presentes —la mayoría— empezaron a reír. Giselle vio todo esto y, en medio del barullo, no dudó:

—Compañeros camioneros, acá las compañeras estamos peleando igual que ustedes. No estamos acá para que nos falten el respeto y nos traten como objetos. Somos trabajadoras igual que ustedes. Así que, por favor, esos cantitos no son pertinentes.

Después del “reto” de Giselle, Pablo Moyano quiso salir airoso y defender a sus compañeros. Pero la embarró aún más:

—Lo que pasa es que la compañera es muy linda —le susurró a Pablo Micheli, uno de los dos secretarios de la CTA, que también se rió sin decir nada.

De cualquier manera, ningún camionero volvió a abrir la boca hasta que terminó el acto. Es más, aplaudieron a Giselle por su rústica clase de feminismo básico.

Escena 2: La foto de un hombre con una cartera empezó a circular en un grupo de WhatsApp. No era cualquier cartera. Le pertenecía a la secretaria general del Sindicato de Trabajadores Judiciales (SITRAJU), Vanesa Siley, y el hombre que la sostenía era el encargado de su seguridad. Los chistes y las burlas se multiplicaron en el chat. Un varón sosteniendo una cartera daba risa.

—Seguro que cualquiera se hubiera sentido feliz en los ochenta sosteniendo la campera de Ubaldini. Pero la cartera de Siley es fruto de una discusión —tipeó una de sus compañeras en el chat.

Escena 3: Cuando Alejandra Estoup empezó a militar en La Bancaria, las reuniones y los plenarios comenzaban a las 19 horas. Ella era delegada de base y, además, tenía cuatro hijos. Le era imposible quedarse, aunque muchas veces hacía malabares para lograrlo. Perderse las reuniones y los plenarios implicaba básicamente estar afuera de todo. Había pedido varias veces que los hicieran al mediodía, pero siempre era en vano. Cuando muchos años después llegó a ser secretaria general de la seccional Buenos Aires (la única de las 53 seccionales del gremio a cuyo frente estaba una mujer) se dio su primer gustito. Las reuniones empezaron a convocarse a las 14 horas. Práctica que se sigue sosteniendo hasta hoy.

Escena 4: Ana Cubilla es secretaria general de un gremio de yerbateros en Misiones. La primera y hasta ahora la única mujer en ese cargo. En marzo de 2018 llegó a Buenos Aires para asistir a una reunión de la Mesa Yerbatera que encabezaba el ministro de Agroindustria, Luis Miguel Etchevehere, en medio de un descalabro de la industria de la yerba. En torno a una gran mesa dispuesta en “U” se sentaron alrededor de cuarenta varones para debatir sobre la problemática del sector: desde funcionarios provinciales y representantes de entidades rurales y cámaras empresarias de toda la cadena de la industria, hasta referentes de los sindicatos. Había dueños de grandes latifundios, y también pequeños y medianos empresarios vinculados a la cadena de productividad de la yerba. Ana llegó temprano y se sentó a esa mesa, muy tranquila. Unos minutos antes de que comenzara la reunión, se le acercó un varón y le dijo algo al oído. Automáticamente Ana tuvo que salir de la silla. “Me dijo que este era su lugar; yo le dije que no había ningún cartel, pero me dijo que me tenía que ir de ahí.”

Estas pequeñas anécdotas, que podrían haber pasado desapercibidas, que podrían haberse convertido en detalles

irrelevantes, demuestran de manera perfecta la estructura patriarcal dentro del sindicalismo argentino.

Este libro trata de eso, de experiencias; pero no se pueden soslayar las cifras. Según explica la politóloga Tania Rodríguez, “en Argentina hay 10 millones de trabajadorxs registradxs según datos del Ministerio de Trabajo, de lxs cuales 4 millones están afiliadxs a un sindicato. Dentro del universo de trabajadorxs sindicalizadxs, 1.240.000 son mujeres. En este contexto, solamente Susana Rueda, dirigente gremial de Sanidad, alcanzó en 2004-2005 la secretaría general de la CGTRA en el marco de un triunvirato de conducción. Más allá de ella, ninguna otra llegó a conducir una central sindical y menos del 5% llega a conducir un sindicato”.¹

El dato que arroja el Ministerio de Trabajo, para ser más concretos, indica que del total de trabajadores sindicalizados un 30 por ciento son mujeres. Es obvio, pero siempre es bueno aclararlo: el sindicalismo es la representación de todos los trabajadores. Por lo tanto, cuando observamos las típicas fotos de las mesas sindicales en las que todos son varones y pedimos a gritos que allí haya mujeres, no lo hacemos porque queremos que se llene el cupo. Pedimos que allí se sienten mujeres porque esa foto no refleja la realidad.

La cuenta de Twitter “La Cartelera de Trabajo” (@cartelera), conformada por economistas y abogados que relevan datos de diferentes ministerios y organismos, elaboró un cuadro sobre la proporción de mujeres en puestos de decisión en la Argentina. Llamativamente, junto con el Comité Ejecutivo de la Unión Industrial Argentina (UIA), el Consejo Directivo de la CGT tiene la menor proporción de mujeres en sus cargos directivos, solo un 3 por ciento. En cuanto a los sindicatos en

1. Rodríguez, Tania, “El feminismo está imparables a la hora de los sindicatos?”, en portal *La Nación Trabajadora*. Disponible en línea en: <<http://lanaciontrabajadora.com.ar/el-feminismo-esta-imparable-la-hora-de-los-sindicatos/>>.

general, el número alcanza un 20 por ciento. Sin embargo, en un desglose, solo el 18 por ciento de las secretarías, subsecretarías y prosecretarías sindicales son encabezadas por mujeres. Pero de ese 18 por ciento, el 74 por ciento abordan temáticas consideradas desde una óptica sexista “propias de la mujer”, tales como igualdad de género o servicios sociales.

Sin quitarles mérito, ni valor, ni mucho menos necesidad de que existan los espacios de género dentro de los sindicatos, Virginia Bouvet, secretaria de Organización de la Asociación Gremial de Trabajadores de Subterráneo y Premetro (AGTSyP) –a cuyos dirigentes se los conoce popularmente como “metro-delegados”– reflexiona: “Si la Secretaría de Género tuviera poder real dentro de la estructura del sindicato, la ocuparía un varón”. Por supuesto que Virginia no duda de que la Secretaría de Género tiene que estar encabezada por una mujer –de hecho, así ocurre en su gremio–, pero lo que manifiesta en su frase es que, en el fondo, las mujeres no ocupan los lugares de poder dentro de los sindicatos. Es más, lo que ocurre en muchos gremios es que las mujeres solo están para llenar el cupo, porque en el año 2002 se promulgó la Ley N° 25.674, conocida como “Ley de Cupo Sindical Femenino”, que establece la representación femenina en cargos electivos y representativos de las asociaciones sindicales en un mínimo del 30 por ciento, cuando el número de mujeres alcance o supere ese porcentual sobre el total de los trabajadores.²

La metáfora del huevo y la gallina. ¿Es necesaria una ley que obligue a los sindicatos a poner mujeres en las listas por el simple hecho de ser mujeres? Pero si no existiera la ley, ¿sería tan fácil para las mujeres ocupar alguna vacante?

2. De Angelis, Luciano, “¿Por qué no se cumple la Ley de Cupo Femenino en los sindicatos?”, en portal de la *Agencia de Noticias Ciencias de la Comunicación-UBA*. Disponible en línea en: <<http://anccom.sociales.uba.ar/2016/10/26/por-que-no-se-cumple-la-ley-de-cupo-femenino-en-los-sindicatos/>>.

Igualmente, hecha la ley, hecha la trampa. Según revela el periodista Luciano De Angelis en su artículo titulado “¿Por qué no se cumple la Ley de Cupo Femenino en los sindicatos?”,³ en 2008 el Instituto de la Mujer de la CGT realizó un informe en el que mostraba que, sobre 1.448 cargos directivos a nivel sindical, solo 80 (un 5 por ciento) eran ocupados por mujeres. En ese mismo artículo, Carolina Brandariz, secretaria de Igualdad de Oportunidades y Género en la Unión de Trabajadores de la Educación (UTE) sostiene: “Cuesta mucho que los compañeros pierdan privilegios, porque estar en paridad de representación sindical implica eso. Algunos sindicatos quieren regirse por pautas culturales de hace cincuenta años. Pero tendrán que tomar nota que los tiempos avanzaron”.⁴

Nélida Bonaccorsi y Marta Carrario, en su artículo “Participación de las mujeres en el mundo sindical. Un cambio cultural en el nuevo siglo”, reflexionan: “La Ley de Cupo Sindical Femenino, ha tenido altibajos en cuanto a la incorporación de mujeres en sus estructuras de decisión, que deducimos es producto de una resistencia patriarcal”.⁵

Otros puntos relevantes que hay que tener en cuenta a la hora de analizar la incorporación de las mujeres en las estructuras sindicales y su participación en el mundo laboral son dos conceptos que están muy en boga: la “brecha salarial” y el “techo de cristal”. Para entender estos puntos y poder vincularlos con el mundo sindical, es indispensable la lectura del libro *Economía feminista*, de Mercedes D’Alessandro. La economista sostiene que “las estadísticas mundiales muestran, sin sonrojarse, que las mujeres ganan menos que los varo-

3. *Ibidem.*

4. *Ibidem.*

5. Bonaccorsi, Nélida y Carrario, Marta, “Participación de las mujeres en el mundo sindical. Un cambio cultural en el nuevo siglo”. Disponible en línea en: <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-57042012000100007>.

nes en todo el planeta, que hacen más trabajo doméstico no remunerado que ellos (cocinan, limpian, cuidan a los niños, atienden a los adultos mayores y enfermos del hogar), enfrentan tasas de desempleo más altas y son más pobres, cuando se jubilan”.⁶ Y se pregunta “por qué en la división del trabajo les ha tocado [a las mujeres] ejercer más trabajos no remunerados (o por qué sus trabajos no se pagan), cómo estas diferencias profundizan la desigualdad en general. ¿Podemos aspirar a un mundo igualitario cuando ni siquiera reconocemos el trabajo cotidiano de millones de mujeres? Es decir, no solo se agregan nuevas dimensiones al debate anterior, sino que, además, se transforman las preguntas que podemos hacernos. Las relaciones de género –que son construcciones sociales– son un elemento explicativo con demasiada relevancia como para dejarlas al margen”.⁷

La división sexual del trabajo, que implica que las mujeres tienen ciertos trabajos que los varones no, muchas veces bajo la excusa de una cierta “sensibilidad” distinta, no es un mandato natural divino. Es una construcción social. Las mujeres no nacemos con un instinto de ser amas de casa. Nos entrenan desde chiquitas para eso. En los sindicatos pasa lo mismo: las mujeres no nacemos solo para ocupar las secretarías de Género o de Acción Social. Ese es el lugar que siempre nos asignaron.

Si volvemos a la relación representación-campo de acción laboral, es indispensable preguntarnos ¿por qué, entonces, en tantos trabajos las mujeres no son aceptadas?, ¿por qué las mujeres no pueden hasta el día de hoy conducir un tren?, ¿por qué hay en todo el país solo tres mujeres que manejan un camión?, ¿por qué hasta hace tan solo tres años no les per-

6. D'Alessandro, Mercedes, *Economía feminista. Cómo construir una sociedad igualitaria (sin perder el glamour)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016, pp. 16-17.

7. *Ibidem*, p. 17.

mitían a las mujeres ingresar al sector de producción de la fábrica Nestlé Purina, en Santa Fe?, ¿acaso hay alguna característica que solo tengan los varones para mover un dedo que produce alimentos para mascotas?, ¿por qué en la empresa Telecom solo hay nueve mujeres en todo el país que son “técnicas de calle”, es decir, arreglan y reparan los cables de los postes? Y claro, la respuesta es muy simple: estos trabajos son los mejor pagados en las respectivas escalas salariales, y eso ningún varón se lo quiere regalar a una mujer. De ahí que sea más fácil creer que las mujeres somos más sensibles y mejores en el hogar.

Sin embargo, existen características particulares en este mundo de bombos y asambleas que hacen que la experiencia de cada mujer sea tan única y a la vez tan igual a la de otras mujeres. Por eso hay que destacar con luces de neón que gracias a la labor de las secretarías de Género se logran conquistas como licencias por maternidad –y paternidad–, salas de lactancia, jardines de infantes en los lugares de trabajo, y hasta licencia por violencia de género. Estas conquistas son las que, en definitiva, permiten que a la larga las mujeres puedan acceder al mismo puesto que el varón. Incluso, muchas veces solo a través de esos espacios las mujeres pueden hacer pie dentro de un sindicato; son la puerta de entrada a reuniones y actividades que después se traducen en que el secretario general las vea en acción y piense “esta da para más”.

Otra de las cuestiones fundamentales para entender el lugar que ocupan las mujeres en los gremios es que el mundo sindical funciona intrínsecamente sobre una estructura piramidal y vertical. Hablando en criollo, y para que no queden dudas, en la estructura sindical hay que pedir permiso para todo: seas varón o seas mujer. Hasta acá, no habría ninguna diferencia en cuanto al género. Pero, curiosamente, y en esto reside la paradoja, vuelven a ser siempre los varones quienes dan permiso, o no, a las mujeres para hacer, opinar, debatir. Suele suceder que los secretarios

generales –que en el 99 por ciento de los casos son varones– autorizan, por ejemplo, a que se realice una “reunión de mujeres” dentro del sindicato.

Y si llevamos el “permiso” a un tema caliente de la actualidad del año 2018, como es el debate por la legalización del aborto, también en ese caso se generaron discusiones y “autorizaciones” puertas adentro. Dependiendo de la opinión del secretario general –fuera varón o mujer– las sindicalistas tenían permiso para salir públicamente, o no, a expresarse. Incluso, sobre todo las que estaban a favor pero su jefe estaba en contra, se autocensuraron a la hora de transmitir su opinión.⁸

Lo que habría que debatir, entonces, es que el origen de estas “reglas permisivas” son ontológicamente patriarcales.

Feminismos y sindicalismos

La periodista especializada en género Luciana Peker, en su libro *La revolución de las mujeres. No era solo una píldora*, reflexiona acerca de las mujeres y los feminismos. Dice: “No son lo mismo todas las mujeres. No son lo mismo todos los feminismos. El feminismo blanco brega por CEOs o altas ejecutivas como líderes inspiradoras de un sueño americano de heroínas que ejemplifiquen que ‘sí se puede’ y abulten cuentas bancarias en el sistema económico que no se cuestiona, sino que se conquista a taconazos en alza. El feminismo post colonial critica la dependencia económica y quiere que las mujeres populares sean empoderadas y autónomas y que el dinero no sea para una sola cartera sino para repartir colectiva

8. Goldman, Tali, “La CGT se puso verde”, en portal *Nuestras Voces*. Disponible en línea en: <<http://www.nuestrasvoces.com.ar/mujeres-en-lucha/la-cgt-se-puso-verde/>>.

y horizontalmente entre las mujeres que siempre cargaron las cosechas y a sus hijos e hijas en las espaldas. La diferencia entre los feminismos que quieren mujeres en el poder para ejercer políticas de concentración del poder y la riqueza y los que quieren que lleguen más mujeres para repartir el poder y la riqueza está latente, tal vez más latente que nunca, ahora que tanto se habla de feminismo. No se pueden cambiar los problemas de clase sin cambiar los problemas de género. Pero tampoco se pueden cambiar los problemas de género sin cambiar los problemas de clase”.⁹

Así como existen los “feminismos” de los que habla Peker, también existen los “sindicalismos”. Y lo interesante es cuando estos se cruzan y trabajan en conjunto. Eso sucedió con la foto de la marcha por el Paro Internacional de Mujeres del 8 de marzo de 2018, que fue histórica: todas las sindicalistas marcharon en unidad. El mensaje fue doble. En primer lugar, para todas las mujeres que militan en un gremio; pero, sobre todo, fue un llamado de atención para los varones y las propias estructuras sindicales que no están pudiendo contener el reclamo de las mujeres. Lo que ocurrió en esa marcha es la evidencia de la transversalidad de la política feminista. Por supuesto, no se logró de un día para el otro y fue fruto de las Asambleas Feministas que se realizaron durante todo el mes de febrero. Esa fue la clave que permitió a mujeres de distintas centrales obreras conocerse, reencontrarse, debatir y, sobre todo, hacer política.

Estela Díaz es la secretaria de Género de la CTA a nivel nacional desde 2010. Ella es una pieza fundamental en todo lo relacionado con género y sindicalismo; es una referente en la Argentina y en el mundo, y fue pionera en impulsar las secretarías de Género en los gremios. En esa tarea conoció a Vanesa

9. Peker, Luciana, *La revolución de las mujeres. No era solo una píldora*, Villa María, Eduvim, 2017, pp. 24-25.

Siley, con quien empezó a hacer acciones conjuntas, incluso mucho antes de que los varones de las cúpulas sindicales decidieran aunar posiciones frente a la reforma laboral que impulsaba el presidente Mauricio Macri. Siempre es bueno recordar que el primer paro que se hizo al gobierno de Cambiemos fue protagonizado por las mujeres en 2016. Y ahí también estaban las sindicalistas.

En la tercera Asamblea Feminista, Estela y Vanesa realizaron una jugada estratégica y lograron su primera victoria política sindical en unidad. Ellas impulsaban la marcha del 21 de febrero de 2018 que encabezaría Hugo Moyano junto a otros sectores del sindicalismo y la economía popular. Por eso, necesitaban que la Asamblea adhiriera a la convocatoria porque, después, usarían esa carta dentro de sus sindicatos para que el 8 de marzo el paro se sintiera realmente. Era algo difícil: en la Asamblea había una marea ecléctica de mujeres, muchas de ellas representantes de partidos de izquierda, que no apoyaban la marcha de Moyano. Pero ambas se plantaron juntas y agarraron el micrófono. Contaron los motivos y explicaron la importancia de la adhesión. La mayoría de las manos de las cientos de mujeres convalidaron la jugada. Cuatro días después, Estela Díaz, que ofició de conductora del acto en el que miles de trabajadoras y trabajadores se manifestaron en el centro porteño, leyó a viva voz y para que quedara bien claro que la Asamblea Feminista adhería. En ese acto, también, dos de los oradores convocaron y llamaron a la marcha del 8 de marzo como parte del plan de lucha del movimiento obrero.

Estas mujeres dan una batalla día a día en sus sindicatos y organizaciones. Son las que se tienen que bancar los chistes machistas que, aunque suenen demodé, en los gremios son moneda corriente. Las que tienen que justificar su accionar por partida doble, incluso teniendo a un compañero varón en la misma jerarquía. Las que tienen que alzar su voz en una asamblea un poquito más porque si no el murmullo y la falta de respeto es constante. Las que tienen que bajar de

piso –literalmente– para ir al baño, porque donde funcionan sus oficinas en el gremio no hay baños para mujeres. Las que tienen que remarcarles a los varones “viste que yo aguante igual que vos en el acampe”, porque muchos les dicen que ya es tarde para ellas, que se tienen que volver por los “chicos”. Son las que se separaron de sus parejas cuando ellos no quisieron acompañarlas, porque creían que el sindicalismo no era cosa de chicas.

Un camino iluminado por las protagonistas

Este libro es el fruto de un instinto, de un interés personal y de un olfato periodístico. Muy pocas personas hablaban hasta hace poco de mujeres sindicalistas. Las valientes notas que aparecían en los medios fueron realizadas por periodistas feministas en el suplemento *Las 12* del diario *Página/12*. En cuanto a material teórico o a investigaciones académicas vinculadas al tema, la mayoría se centran en la problemática del cupo de las mujeres dentro de los sindicatos o en cómo se gestaron las secretarías de Género.

Cuando empecé a comentar que estaba escribiendo un libro sobre mujeres sindicalistas, me llamaron la atención dos reacciones. La primera, muy básica y la más recurrente: “¿Existen las mujeres sindicalistas?”. Todavía hoy, en 2018, hay gente que piensa que, pese a que somos el 50 por ciento de la población mundial, las mujeres no estamos en los sindicatos; hasta ese nivel llega el pensamiento patriarcal. La segunda: “¿Y cómo son?, ¿machonas, no? Seguro que tienen que ser medio masculinas”. Como si para tocar el bombo una no pudiera ponerse tacos o pintarse los labios. Esas dos reacciones se volvieron la leña que prendió el fuego durante todo el proceso de investigación y escritura de este libro.

¿Cómo llegaron estas mujeres a sus sindicatos? ¿Cómo superaron sus propios obstáculos, sus propios prejuicios?

¿Cómo se inmiscuyen en ese mundo de códigos de la masculinidad? ¿Cómo es el vínculo desde lo corporal, desde lo discursivo? ¿Cómo “rosquean” las mujeres? ¿Cómo son las relaciones con la patronal? ¿Qué hacen ellas con esos rituales tan ligados a la hegemonía del “machismo” en su sentido más literal y simbólico? Muchas de ellas se jactan y están orgullosas cuando los varones les dicen “sos una más de nosotros”. ¿Qué es “ser una más de nosotros”? ¿Quieren ellas ser iguales a los varones? ¿O quieren ser ellas mismas y que los varones las respeten por ser quienes son? La actitud paternalista de “cuidar a las compañeras” ¿no es, también, una actitud machista?

Algunas premisas que tuve en cuenta a la hora de elegir las historias que dan forma a este libro y que aproximan respuestas a estas preguntas las explico a continuación.

En primer lugar, quería que fueran mujeres pertenecientes a sindicatos masculinizados, esto es que realizaran trabajos desempeñados habitualmente por los varones; dejé afuera a muchas mujeres importantísimas del sindicalismo argentino, y el motivo fue solo uno: en general, ellas suelen representar mayoritariamente a mujeres, como ocurre con los gremios docentes, con el de empleadas domésticas, con los de prostitutas o con algunos sindicatos de servicios. Por otro lado, casi todas las incluidas trabajaron y fueron delegadas de base de sus espacios laborales. Por último, solo una de ellas es secretaria de Género dentro de su gremio. Me esforcé en buscar mujeres que tuvieran otro rol en sus comisiones directivas.

Todas comenzaron de abajo y la mayoría proviene de familias humildes y trabajadoras. Casi todas llegaron al sindicalismo por necesidad: o por haber sufrido algún tipo de violencia por parte de un jefe o una jefa (las mujeres también pueden ser violentas y machistas), o por la pérdida de algún derecho o por haber sido despedidas. Muchas fueron madres jóvenes; y ese condimento extra no es menor, porque además de trabajar, además de cuidar a su familia, militaban (muchas veces más que los varones) para poder ganarse su lugar y lograr que las respetaran.

Ser mujer y sindicalista es más difícil que ser varón y sindicalista, y ese piso común lo comparten todas. Por eso la “empatía” extra que hay entre algunas mujeres y que se conoce como “sororidad”, que implica hacer un esfuerzo para ponerse en el lugar de la otra, es ya una forma nueva de construir política y sindicalismo. Esto no significa que estas mujeres estén exentas de numerosas prácticas, a veces polémicas, inherentes a la ambición de poder o a las aspiraciones de crecimiento personal. También se pelean, tienen bandos, rosquean, “apareatean”, cuidan su rancho, cuidan a sus secretarios generales. Pero estas prácticas, lejos de descalificarlas, las humanizan y les dan un contexto de realidad constante; porque ellas sí logran construir día a día algo diferente, aprendiendo desde las entrañas de los movimientos feministas. Saben lo que es tener lazos de cuidado y contemplaciones que, difícilmente, se podrían ver en vínculos entre varones. Lo hermoso es cuando se juntan dos mujeres sindicalistas y, además de hablar de política, además de hablar de sindicalismo, se preguntan cómo están los hijos. Y si una tiene un problema personal o doméstico es tan importante como si tiene un problema sindical; porque, como sostenía la escritora estadounidense y referente del feminismo Kate Millet, “lo personal es político”. Y preguntar por los pibes, preguntar por la casa, preguntar por los padres, es también un acto político.

Durante la investigación y la escritura del libro fui conociendo a decenas de mujeres sindicalistas que daban el perfil ideal para formar parte de este proyecto: de distintas edades, procedencias geográficas, sociales, culturales y económicas. En todas sus historias se repite un patrón de obstáculos en la tarea sindical.

Conocí a Marieta Urueña Russo, de SITRAJU Tucumán, una de las cuatro mujeres que integran la CGT de la provincia y quien impulsó por primera vez en el noroeste argentino el espacio de Mujeres Sindicalistas. En la misma provincia donde desapareció Marita Verón en 2002, en la que Belén

estuvo dos años presa por tener un aborto espontáneo y en la que, según los datos oficiales, se registra el mayor índice de femicidios, embarazos adolescentes y enfermedades de transmisión sexual. Vaya si la tarea de Marieta no es revolucionaria.

Gabriela Reartes, de la Asociación de Trabajadores Rurales y Estibadores de Salta (ATRES), que desde los 7 años trabaja en la plantación del tabaco y que, gracias a que descubrió el sindicato, logró mejorar sus condiciones de vida y que su hijo de 10 años no tuviera que trajinarla en una plantación.

Alejandra Vilte, egresada de Administración de Empresas de la Universidad Nacional de La Matanza –primera generación de universitarios de su familia– y que hoy es secretaria adjunta alterna de la seccional Buenos Aires del gremio La Bancaria; una de las mujeres que más sabe de economía en el gremio.

Marianela Mel (“Paquita”), secretaria de Mujer y Familia del Sindicato Argentino de Televisión, Telecomunicaciones, Servicios Audiovisuales, Interactivos y de Datos (SATSAID), que militó toda la vida en el gremio y es absoluta apasionada en su tarea.

María Laura Da Silva, una joven delegada del Sindicato de Prensa de Buenos Aires (SiPreBA) –gremio fundado para enfrentar a la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA)– que fue sumariada en la Agencia Nacional de Noticias Télam por usar bidones de agua como bombos en el Paro Internacional de Mujeres del 8 de marzo: la antesala para los más de trescientos despidos que hubo en la agencia en julio de 2018. Laura es una de las caras más visibles de la lucha de los trabajadores despedidos.

La histórica Ilda Bustos, secretaria general de la Unión Obrera Gráfica Cordobesa (UOGC), otra de las mujeres claves en la CGT de su provincia. O Mara Rivera, actual subsecretaria de Género, Juventud e Igualdad de Oportunidades de la Asociación del Personal Superior de Empresas de Energía (APSEE), gremio que nuclea a quienes supervisan y controlan que todo lo relacionado con la luz funcione, que cumplió

sesenta años de existencia y que, desde 2015, por primera vez, tiene a dos mujeres en su Comisión Directiva.

La historia de todas ellas quedará para un segundo volumen, o un tercero.

Los sindicalistas que se ganaron mala fama por *motu proprio*, gracias a ejercer su labor respondiendo a las lógicas de las famosas “burocracias sindicales”, o, en el otro extremo, aquellos a quienes los medios masivos de comunicación se encargan de ensuciar para deslegitimar al conjunto del movimiento social organizado, están siendo interpelados por un nuevo factor: los feminismos.

Porque la revolución de las mujeres también llegó a los sindicatos. Y eso nadie lo puede soslayar. El movimiento obrero organizado también está replanteándose su estructura, sus formas, sus prácticas, sus representaciones. El camino es largo y sinuoso. Pero comenzó. Allá vamos.

CAPÍTULO UNO

Mafaldas y Huguitos

A tres cuadras de la estación de trenes de Constitución se levanta un pequeño polo verde. No se trata de organizaciones de derechos ambientales, ni de mujeres reclamando por el derecho al aborto legal, seguro y gratuito. El polo verde es el micromundo del gremio de Camioneros, que comanda nada más y nada menos que Hugo Moyano, el hombre más poderoso del sindicalismo argentino. En San José y Brasil, un edificio de siete pisos funciona como sede central del sindicato. Pero no es solo eso lo que llama la atención. En los alrededores también hay bares, kioscos, negocios y varones con camperas, remeras y chalecos verdes que componen el paisaje cotidiano. Está la sede de la Mutual Camioneros, el Club Atlético Social y Deportivo Camioneros.

El gremio que lidera quien fuera secretario general de la CGT en tres mandatos consecutivos es más que la casa de sus trabajadores; desde allí muchas veces se cocina el devenir de

la política y el sindicalismo de todo el país. En el hall del edificio central hay una pantalla gigante que pasa en *loop* actos, manifestaciones, entrevistas e imágenes de Hugo Moyano. Hay muchas cámaras y mucho personal de seguridad.

Es un día de junio de 2018; en unas horas, Hugo Moyano va a decir en una conferencia de prensa que después de muchas negociaciones cerró finalmente su paritaria con una suba del 25 por ciento, cifra que está 5 puntos por encima de la referencia salarial que buscaba imponer la Casa Rosada y 10 por arriba de lo que acordaron diferentes gremios en los primeros cinco meses del año. En unas horas, el dirigente camionero dirá orgulloso que es el mayor incremento logrado por un sindicato en lo que va del año, y sabe que eso arrastrará a todo el resto. Una vez más, Camioneros sigue siendo el gremio más fuerte.

Pero esa mañana, temprano, Hugo anda por el primer piso, charlando con algunos de sus secretarios. En ese piso están las oficinas de los miembros de la Comisión Directiva, con sus puertas abiertas.

—Laurita, ¿cómo anda, usted, compañera?

Laurita es Laura Córdoba y es, desde 2007, la responsable de la Secretaría de la Mujer del gremio. Laura lo saluda con un beso y se quedan charlando un ratito. Ella le dice que esa oficina ya les está quedando chica, que necesitarían un lugar más grande porque el espacio de las mujeres en el gremio está creciendo. Y, aunque hubo un tiempo en el que “mujeres” y “camioneros” era un oxímoron, desde hace poco ya no lo es. La historia es larga y Laura es una pieza fundamental en ella.

* * *

A los 14 años, Laura apenas había terminado la primaria en la localidad de José C. Paz, donde vivía, y tuvo que salir a trabajar. Primero como niñera, después como empleada doméstica. Los ocho hermanos Córdoba, comandados por un padre arte-

sano y una madre ama de casa, no podían darse el lujo de estudiar. Así que, como la adolescencia de muchos en la década de 1990, la suya fue signada por el trabajo precario, un embarazo a los 20 años y un único objetivo: sobrevivir. En 2001 trabajaba en el laboratorio de una empresa perfumista que, como casi todas en la Argentina, terminó quebrada. Recibió el telegrama de despido. El padre de su hijo también se había quedado sin trabajo, por lo que la situación era aún más traumática. Volvió al servicio doméstico, algo que pensó que nunca más haría, y algunos familiares los ayudaban económicamente.

Durante seis meses Laura hizo filas interminables en negocios y empresas. Hasta que el 8 de diciembre de 2001 fue a Fuller, donde pedían empleados para un puesto: *picking*. Ella no solo no había escuchado nunca esa palabra en su vida, sino que no tenía idea de qué se trataba ese trabajo. Le dieron un papel para que completara con sus datos. Se acercó al chico que repartía los formularios y le preguntó de qué se trataba. Él le dijo que era “algo de logística”, pero que lo completara igual, como si supiera. Laura le hizo caso y marcó todo que “sí”. Entregó el papel, se puso unas zapatillas que tenía en la cartera y se fue, literalmente, caminando hacia Luján. Era la única opción que tenía: rezar y pedirle trabajo a la Virgen.

Por los ruegos, por la suerte, por el destino, quién sabe, a la semana recibió un llamado: la habían contratado. Aprendió que *picking* era una palabra en inglés que se utilizaba en las empresas de logística y que significaba armar pedidos que luego se comercializarían. En la empresa había “estaciones” en las que los empleados hacían diferentes labores, como armar plaquetas con los pedidos o hacer controles de calidad hasta llegar a la fase final, la más importante, la de “piquear”. De los ciento cincuenta empleados, la mayoría eran mujeres.

Laura se levantaba todos los días a las 5 y media de la mañana porque entraba a las 7, y como había tanto trabajo y pagaban horas extras, muchas veces se quedaba hasta las 8 de la noche. Su hijo Alberto se levantaba solo, desayunaba y salía

a que lo buscara la combi. También volvía solo a su casa y se hacía la merienda. Su mamá le había enseñado, ya con 7 años, a cuidarse solo. Tenía que ordenar su habitación, limpiarse las zapatillas, y bajo ningún punto de vista podía abrirle la puerta a nadie, salvo a sus abuelos, que vivían a un par de cuadras. Era la única forma que tenía para criarlo. Así fue como durante años se perdió actos, actividades y reuniones de padres en la escuela.

Laura trabajaba mucho, a destajo; quería progresar para su futuro y para el de su hijo. Estaba contenta, aprendía y se había hecho amigos. Pero, como en todos los trabajos, también empezaba a haber problemas. No faltaban los jefes agresivos y las injusticias salariales producto de la terciarización laboral dentro de la empresa. Laura se había dado cuenta de que, por la misma labor, había algunos compañeros que cobraban más que otros. Chequeó los recibos de sueldo y decidió ir a hablar con el gerente de recursos humanos. A los pocos días la citaron a una reunión.

—¿Usted es Laura Córdoba e hizo un reclamo salarial?

Laura creyó que la iban a echar o, peor, creyó que iban a bajarle el salario a todos por su culpa.

—Le aviso que igualamos el salario a todos, para arriba.

Ella respiró, y agradeció. Había sido su primera victoria sindical, sin saberlo. Al poco tiempo se enteró de que un compañero se iba a postular como delegado y que necesitaba más personas para conformar la lista. En el año 2003, el Ministerio de Trabajo que conducía Carlos Tomada aprobó una reforma del estatuto de Camioneros, que definía la actividad del sector como “logística”. Esto le permitió al gremio de Moyano representar no solo a los choferes de camiones sino también a los trabajadores que bajan cajas de un vehículo o que están en un depósito. El cambio en el estatuto hizo que la cantidad de afiliados aumentara de manera meteórica.

La empresa de Laura entraba en esta categoría, aunque ella no estaba muy al tanto de quién era Hugo Moyano ni de

su gremio. Sabía lo justo y necesario, pero no mucho más. Sin embargo, algo le picó, no sabía bien por qué, o sí: quería hacer justicia en su trabajo.

—Yo quiero ser delegada —le dijo a su compañero.

—Bueno, perfecto, vamos a tener que hacer una asamblea, entonces, para postularnos, para convencer a los compañeros de que nos voten.

Pero ella era muy tímida, sabía que no podría enfrentarse a hablar en público delante de todos. Así que se le ocurrió una idea. Su cuñado trabajaba en una empresa que tenía delegados; lo llamó y le preguntó, sin rodeos, qué funciones cumplían. Laura anotaba todo lo que él le iba contando y, con esa información, armó cartelitos a mano que decían: “Un delegado sirve para...”. Y los firmaba: “Laura Córdoba”. Los pegó por toda la fábrica: en el baño, en el comedor, en los pasillos. Toda la empresa estaba plagada de papelitos electorales. El día de las elecciones ganó con mayoría absoluta. Y se convirtió en la cuarta delegada mujer en la historia del sindicato de Camioneros; unos años después sería la primera en ocupar un lugar en la Comisión Directiva.

Laura no sabía ni por dónde empezar. Pero se le ocurrió otra idea. Ella veía cómo el gerente de recursos humanos bajaba cada mañana a la planta y saludaba uno por uno a sus empleados, les preguntaba cómo estaban, si necesitaban algo. Decidió hacer lo mismo. Todos los días, con una libretita en mano, saludaba a cada uno de sus compañeros y anotaba si tenían algún problema o sugerencia. Paralelamente, iba a la seccional de Camioneros de Pilar, donde sí era la única mujer delegada. Pero aquí empieza otra historia.

* * *

Sus primeros años como delegada sindical fueron difíciles. Le costaba que el resto la viera como una par. Pero su primera y gran lección se la dio un compañero avezado en el mundillo

camionero. Una enseñanza que fue la clave para hacerse camino en el universo de los pesados varones de campera verde. Le dijo:

—Vos tratá a todos de “compañero”, y ahí marcás la distancia.

Esa distancia por momentos era difícil de lograr. Laura siempre tenía que cuidarse con todo, con todos. No quería que nadie se confundiera, que pensarán o se imaginaran otra cosa con ella. Ser mujer entre —literalmente— todos varones era un doble esfuerzo para ella que tenía la convicción de ser sindicalista. A Laura le gusta arreglarse, tener el pelo y el cutis prolijo. Cuida su figura. No podía permitirse que la malinterpretaran. Cualquier cosa corría el riesgo de convertirse en un rumor, ese rumor en desconfianza y esa desconfianza en la antesala de ser un arma letal. La tarea entonces era doble. Cuidarse a ella misma, cuidarse de ser clara con sus compañeros y hacerse respetar.

Laura frecuentaba también la sede central del gremio, en Constitución. Allí había otras dos mujeres delegadas del sector de recolección, pero se cruzaba poco y nada con ellas. Siempre estaba rodeada de varones. Una vez, mientras estaba en una oficina, escucha que en la de al lado un delegado empieza a contar casi a los gritos cómo había tenido relaciones sexuales con una chica. No pudo aguantar, cruzó la puerta y lo encaró:

—Tu vida íntima no me interesa, así que te pido que bajes la voz o que cuentes esto en otro momento y en otro lugar.

Había pasado su primer mandato como delegada, cuando una noche de octubre de 2007 recibió el llamado del secretario de Organización:

—Compañera, mañana a las 18 la esperamos en el sindicato porque vamos a tener una reunión con el compañero Hugo Moyano.

No durmió en toda la noche. Nunca había estado cerca de Moyano, lo había visto de pasada o a lo lejos ¿Qué querría? ¿Retarla o felicitarla? Todo era posible. No se imaginaba el

motivo por el cual el mismísimo Moyano la había citado. Al día siguiente, cuando llegó, subió al tercer piso, a la sala de reuniones. No era la única. O, en realidad, sí. Era la única mujer entre veintipico de varones. En la mesa dispuesta en “U”, Laura se sentó en la punta.

—Compañeros, ustedes son los que integrarán la lista para las próximas elecciones de la Comisión Directiva —les informó Moyano.

Laura no podía creerlo y tampoco sabía qué lugar tendría ella. Moyano empezó a llamar uno por uno:

—Compañera Laura Córdoba, usted estará a cargo de la Secretaría de la Mujer.

Todos aplaudieron fuerte. Se trataba de una secretaria nueva, creada *ad hoc*. Por primera vez en la historia el gremio de Camioneros tendría un espacio pensado para las mujeres, y Laura estaría a la cabeza. Apenas la nombró, caminó hacia la mesa del medio, donde estaba Moyano, para firmar las actas. Pero se dio cuenta de un detalle no menor. Cuando llegara al centro, no solo estaría de espaldas a todos los varones, sino que reclinaría el cuerpo 90 grados para rubricar su firma. A Laura esa imagen le daba pudor. Todo eso lo pensó en los ínfimos segundos que duró la caminata y también pensó la manera de evitarlo. Agarró una silla, se sentó y firmó.

* * *

Le asignaron una oficina. Eran ella y una computadora. Ella, una computadora y la incertidumbre absoluta. ¿Qué hacía en ese lugar? ¿Cómo averiguarlo si no había otra mujer en el gremio? ¿A qué se dedicaría la Secretaría de la Mujer? No podía consultarlo con nadie. Entonces, lo primero que se preguntó fue ¿cuántas afiliadas tenía Camioneros? Empezó a investigar, a meterse en páginas de otros gremios, ver qué

hacían. Una mañana, uno de los muchachos le avisó que Moyano había preguntado por ella.

—¿Y ahora qué hago?

—Y, supongo que te va a contactar de nuevo, porque no sabe tu interno...

—Es que todavía no tengo interno.

Laura no sabía qué hacer. Entonces, no hizo nada, decidió esperar. Cada vez que escuchaba sonar el teléfono se alarmaba pensando que sería para ella. El llamado nunca llegó. Pero lo que sí estaba por llegar fue el primer reto. En la siguiente reunión de Comisión Directiva, Moyano la increpó.

—¿Está la compañera Córdoba Laura? —preguntó irónico.

—Sí, acá, Hugo.

—Ah, bueno. ¿Sabía que la estaba buscando?

—Sí, Hugo, me enteré.

—Cuando usted tenga tiempo, acérquese, eh, pero cuando usted tenga tiempo, mire que yo no tengo apuro.

—No, Hugo, me avisaron, pero como yo todavía no tengo interno no sabía que tenía que ir...

—Cuando usted pueda, Córdoba, no se apure...

—Yo no sabía cómo era, Hugo, ahora ya sé que si usted me llama tengo que ir a verlo.

A Laura le latía el corazón a mil por hora, pero estaba segura de que tenía razón. Cuando terminó la reunión, el secretario adjunto e hijo de Hugo, Pablo Moyano, la felicitó: “Cómo te la bancaste, eh, cómo te la bancaste”.

Y ahí se dio cuenta: si quería sobrevivir en el mundo camionero iba a tener que ser dura.

Unos meses después, en diciembre, Laura había pensado en realizar el primer evento desde su secretaría. Se lo tenía que contar a Moyano. Estudió cada palabra, cada frase, pensó respuestas a distintas preguntas que él le podía hacer. Llegó el día. Estaba nerviosa, temblando. Fue al tercer piso, donde estaba la oficina del jefe.

—Mire, Hugo, yo pensé que, aprovechando que tenemos una abogada laboral, estaría bueno ver en qué situación se encuentran las mujeres, cuáles son sus problemáticas...

—Bueno, bueno, compañera, me parece bien. ¿Dónde lo quiere hacer?

—Me gustaría aprovechar el camping de La Plata, poder hacer un asado, que se sientan cómodas y, como es la primera vez, pensé que para romper el hielo podríamos traer a algún artista...

—¿Y a quién quiere invitar? ¿Ya lo pensó?

—¿Vio que en todos los canales está el doble de Sandro? Me parece que eso podría gustar.

—Está bien, compañera. Tiene el camping y al imitador de Sandro.

Al evento fueron veinte mujeres de diferentes empresas. Los compañeros les hicieron asado y bailaron al ritmo del imitador del “Gitano”. Laura estaba satisfecha, y más cuando le llegó el llamado de Moyano para felicitarla. Oficialmente, empezaba su carrera dentro de Camioneros.

* * *

La oficina de Laura está llena de objetos relacionados con Mafalda, el personaje creado por el dibujante Quino. Muñequitas, carteles, frases. Ella es fanática. Sus tres perras se llaman Mafalda, Susanita y Libertad. Dice que se siente parecida a la caricatura, siente propia su rebeldía.

Ya va por su tercer mandato como secretaria de la Mujer y es, además, presidenta regional del Comité de Mujeres de América Latina y el Caribe de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte. Después de aquella primera reunión con veinte mujeres, hoy cada evento que organiza reúne a no menos de cuatrocientas y son los propios varones los que le dicen que no se olvide de invitar a las compañeras. De los

doscientos mil afiliados que tiene Camioneros, el número de mujeres asciende a cinco mil.

En la Comisión Directiva actual Laura no es la única mujer. Hace poco se creó la Secretaría de Igualdad de Oportunidades y Género, comandada por otra mujer, al igual que la Secretaría de Acción Social y Ayuda Solidaria. Un cambio significativo en un gremio con las características del liderado por los Moyano. Ella y todas saben que se trata de un sindicato absolutamente masculinizado y con todos los estereotipos sobre el machismo existentes. Incluso le costó y le cuesta muchísimo que sus compañeras se acerquen al gremio, que lo vean también como algo propio. A algunas marchas “tranquilas” van; a otras, no. Son conscientes de que forman parte de un sindicato combativo, fuerte, con una convicción clara y dispuesto a todo. El “sentimiento camionero” es un fenómeno difícil de explicar. O no. Hay camioneros que tienen tatuajes con la cara de Hugo Moyano. ¿Acaso esto sucede con algún otro dirigente nacional? Y es que el sindicalista convirtió la dura profesión de manejar un camión en uno de los trabajos mejores pagos, con los mayores beneficios. Y es también el mismo líder sindical que tiene numerosas causas en la Justicia.

En la puerta de la oficina de Laura, del lado de afuera, hay un cartel grande que dice “Escala de Violencia”, una suerte de termómetro con treinta ítems. El primero dice “bromas hirientes” y tiene color amarillo; en el número catorce está “manosear”, y ya el color es naranja; “cachetear” está en el número veinte, y ya el color se torna rojo; hasta que se alcanza el número treinta, “asesinar”, que ya es un negro azabache. Laura dice que todos los varones que pasan por ahí se quedan, aunque sea unos segundos, mirando. Algunos comentan.

—Desde que existe la Secretaría de la Mujer y la de Género hemos avanzado muchísimo. Los Camioneros ya no son los mismos.

CAPÍTULO DOS

Yo soy *tora* en mi rodeo. Y *toraza* en rodeo ajeno

—Moyano, te la presento, ella es Susana Rueda, es la que va a ir con vos y es mucho más hija de puta que yo —disparó Carlos West Ocampo.

Unas horas antes de conocer a Hugo Moyano, el 12 de julio de 2004, Susana pasó la noche en vela. Estuvo hasta muy tarde en la sede de la Federación de Asociaciones de Trabajadores de la Sanidad Argentina (FATSA), donde era secretaria de Prensa y Comunicación. A las 22 horas recibió el llamado de West Ocampo —el secretario general de la Federación desde hacía treinta años y uno de los referentes y operadores de los llamados “Gordos” de la CGT, como se denomina a los dirigentes que conducen los sindicatos que tienen mayor cantidad de afiliados—, que le dijo:

—Se pudo todo, no hay acuerdo. Voy para allá.

En la mesa ovalada estaban sentados los integrantes de la Comisión Directiva. West Ocampo contó que no había consenso para llevar un candidato único, como pretendían muchos, y que la solución viable era conformar un triunvirato. Las reuniones en los últimos meses venían siendo arduas. El panorama político había cambiado con la asunción del nuevo presidente Néstor Kirchner, que aún transitaba el primer año de su mandato buscando legitimidad tras lograr solo el 22 por ciento de los votos. La CGT estaba muy golpeada luego de la década de 1990 y la crisis de 2001, y sus dirigentes trataban de ver cómo podían ponerse a la altura de la nueva Argentina. Durante el primer año del mandato del “Pinguino” la relación con el entonces secretario general, Rodolfo Daer, había sido fría y tensa, y ni siquiera habían mantenido un encuentro formal. West Ocampo fue al grano:

—Los candidatos por ahora son Moyano, José Luis Lingeri o Gerardo Martínez, que irían por el sector de los “independientes”; y habría una opción más, si la compañera Susana quiere y está dispuesta a hacer este sacrificio.

Para ella no fue un baldazo de agua fría. Ya venía hablando con el titular de su gremio sobre la posibilidad de ir como “adjunta”, es decir, por debajo de Moyano en una eventual lista de unidad. Desde hacía un tiempo los “Gordos” venían evaluando la alternativa de llevar a una mujer, entendiendo que era el momento histórico de mostrar “otra cara” del sindicalismo.

—Está bien. Vos me tenés que decir si vale la pena ocupar el cargo. Si es importante para Sanidad, yo voy.

—No sé cómo va a salir, Susana, pero por lo menos hay que intentarlo.

En pocas horas se haría el acto electoral que la consagraría como primera y única mujer en la Argentina y América Latina en comandar una central obrera. Antes de despedirse, West Ocampo le dijo en voz baja:

—Llamalo a Rubén, que venga, necesitás un apoyo emocional.

Susana le dijo que ya se había contactado con su marido para que viajara urgente de Santa Fe, donde vivían, a Buenos Aires.

Comenzaban días vertiginosos, pero ella estaba entusiasmada. Sentía una responsabilidad enorme y no quería meter la pata con nada. Sabía que tenía que lidiar con un peso pesado, Hugo Moyano, pero aún no dimensionaba cuánto.

El 13 de julio se llevó a cabo el acto electoral, y el 14 asumieron los tres: quedó conformado el Triunvirato de la CGT. En Obras Sanitarias, en un estadio lleno, en un escenario colmado de varones sobresalía una sola mujer. Después de las palabras de Lingieri, Susana agarró el micrófono. Estaba nerviosa pero no se le notaba:

—Queridas compañeras y compañeros. Es un día memorable para los trabajadores y doblemente memorable para las trabajadoras. Es un día especial. Me siento absolutamente orgullosa de participar de este proyecto de unidad de la Confederación General del Trabajo de la República Argentina.

No había preparado el discurso. Dijo lo que le salió en el momento. Esa tarde, entre conferencias de prensa y notas periodísticas, se acercó su secretaria:

—Susana, la llamó el presidente a su celular, pero yo le dije que usted estaba ocupada.

Susana pegó el grito en el cielo. A los pocos minutos la llamaba el ministro de Salud, Ginés González García, con el que ella tenía mucho vínculo.

—Nena, qué hacés que no atendés al presidente.

Susana le explicó que fue un error. A los pocos minutos, Kirchner estaba del otro lado del teléfono.

—Estamos muy contentos con Cristina de que hayas asumido vos, es un aire nuevo, estamos muy felices, los vamos a recibir. Te mando muchos cariños, Susana.

La secretaria duró poco en su cargo.

Apenas asumió como triunvira, los medios la tomaron como “novedad”. No importaba que hiciera más de treinta años que venía desarrollando tareas sindicales a la par de los varones; para la sociedad, Susana Rueda, que ya había cumplido 50 años, había nacido en el sindicalismo ese mismo día, el de su asunción. Informes en televisión, radio y diarios: “¿Quién es Susana Rueda?”, “La CGT con perfume de mujer”, “Una Flaca entre los Gordos”, “Primera Dama sindical”.

El 20 de julio, el presidente los recibió. Fue una reunión a la que la prensa calificó de “histórica” y que auguraba un buen vínculo entre la Rosada y Azopardo. Al día siguiente, Susana se levantó a las 7 de la mañana, miró los diarios que reflejaban el encuentro, pero también hacían foco en que por primera vez una mujer ocupaba el cargo más alto en la CGT, desde su creación en 1930. *Página/12* eligió una foto en la que Kirchner está abrazando a Rueda, mientras que Moyano y Lingeri miran ese abrazo. El título elegido fue “Viven”, una parodia del de la película que relataba la saga de los sobrevivientes del accidente aéreo ocurrido en la Cordillera de los Andes en 1972.

Pero la sonrisa duraría poco: le hicieron saber que el camionero había puesto el grito en el cielo cuando vio esa foto en la portada de *Página/12*. La mujer de la CGT le estaba quitando protagonismo. A menos de una semana de haber asumido, empezaba la guerra.

* * *

Una mañana de 1972, Susana Stochero se puso el delantal blanco como todos los días para ir a clase en quinto año del Colegio Nuestra Señora del Calvario, en pleno corazón de

Santa Fe. Pero, junto a muchas de sus compañeras, guardó el guardapolvo en la mochila y se dirigió a la plazoleta ubicada frente a la Municipalidad para reclamar por el boleto estudiantil. Por entonces, la dictadura del general Alejandro Agustín Lanusse gobernaba el país. Susana estaba fascinada por participar de una protesta. No le podía contar nada a su madre, un ama de casa muy conservadora, ni a su padre, un mecánico alineado con el desarrollismo de Arturo Frondizi. Pero Susana fue corriendo a contarle a su tío, el hermano de su mamá, que era cura y peronista, integrante de la línea “tercermundista”. Ella estaba deslumbrada con las historias que le contaba su tío y escuchaba de su boca quién había sido Juan Domingo Perón.

Cuando terminó el secundario e ingresó a la universidad a estudiar Administración Hospitalaria, se metió de lleno en la militancia. La consigna “Luche y vuelve” la había cautivado y se pasaba horas junto a sus compañeros del “cuerpo de delegados”: una agrupación que pivotaba entre los de izquierda de la Juventud Peronista y los de derecha agrupados en la Confederación General Universitaria (CGU). En junio de 1973, unos días antes de que el General volviera al país tras casi dieciocho años de proscripción y exilio, en Santa Fe hubo una terrible tormenta que inundó las zonas más vulnerables. En medio de esa coyuntura, se desató una fuerte discusión sobre si era el momento oportuno para viajar a recibirlo o no; algunos de los jóvenes decían que había que ir, mientras que Susana y otros compañeros sostenían que tenían que quedarse para ayudar a los afectados. Las discusiones fueron álgidas. Susana se quedó en su provincia asistiendo a los más necesitados: entendía que eso es lo que hubiera querido el General.

En esos años comenzó a vincularse con los sindicatos docentes y municipales, trabajando como administrativa en sus respectivas obras sociales. Los vaivenes laborales estaban sujetos al derrotero político; con el golpe de 1976 los sindicatos habían sido intervenidos, lo cual dificultaba las tareas.

También en esa época Susana se casó y, al año de contraer matrimonio, tuvo a su primera hija. En 1982, con 22 años, había conseguido ingresar como “facturista” en una clínica. Con el fracaso de la Guerra de Malvinas y el advenimiento de la democracia, los sindicatos volvían de a poco a cobrar vida. Ella vio esa rendija, y entró. Extrañaba los debates y la militancia activa. Y había tomado otra decisión: como su apellido le resultaba complicado a la hora de deletrear y tampoco estaba dispuesta a ser “Stochero de Rueda” –ella no era “de nadie”–, se presentaba directamente así, como Susana Rueda, un nombre que quedaría sellado en la historia sindical.

* * *

La Asociación de Trabajadores de la Sanidad Argentina de Santa Fe (ATSA) comenzó a ser su segunda casa. El secretario general había sido enviado por FATSA para reorganizar el gremio. Susana, *a priori*, siguió manejándose como lo venía haciendo: daba su opinión, sugería actividades. Militó como siempre, a tiempo completo. La nombraron secretaria gremial, un cargo importante dentro de la Comisión Directiva; y ahí la cosa empezó a cambiar. Cada vez que hablaba con el secretario general sentía una suerte de menosprecio, como que su palabra no valía. Y no estaba acostumbrada a esto. Desde que había empezado a activar en la universidad, se había sentido completamente par de los varones. Nunca, jamás, la habían mandado a hacer otra tarea por ser mujer, ni habían puesto en cuestión sus opiniones. Ella atribuía la actitud del secretario general al hecho de que fuera “porteño”. Se sabe: los ciudadanos de la Capital Federal no son muy queridos ni bien vistos en el resto del país.

El vínculo se iba tensando cada vez más, haciéndola sentir incómoda. Y cuando todo parecía estallar... estalló. En medio de un conflicto salarial, en el que ella estaba al frente de negociaciones clave para los trabajadores, el secretario general hizo correr un rumor: que Susana estaba manteniendo un romance

con el abogado de la patronal. Ahí sí, ya no tuvo dudas. El hombre no soportaba que una mujer le estuviera serruchando el piso, siendo más querida entre los trabajadores y logrando mejores acuerdos que los que conseguía él. El escándalo tuvo ribetes telenovelescos, se hizo público y hasta llegó a la prensa local. Desde ese día, Susana debió cuidarse siempre. Incluso de su marido, que curiosamente pasó a ser el “héroe” de la temporada: “Ay, qué bien él, que le cree y la banca”, se decía por lo bajo. Pero, en el fondo, él tampoco le creyó del todo. Esa espina quedó clavada para siempre y terminó, muchos años después y con tres hijos de por medio, en un divorcio.

El falso *affaire* con el abogado le hizo aprender su primera lección dentro del sindicalismo, la que recordaría muchos años después cuando pasó a ocupar el trono de la CGT. Si quería crecer en ese mundo iba a tener que esforzarse el doble y dar más explicaciones, por un solo motivo: ser mujer.

El episodio terminó de la peor manera; o de la mejor, depende de cómo se lo mire. La orden que llegó de arriba era que debía ser desplazada de su cargo. El secretario sostenía que, tras el “romance”, Susana había “entregado la lucha de los trabajadores”. Pero el batacazo llegó a los pocos meses, cuando se celebraron nuevas elecciones y Susana Rueda armó su propia lista, la violeta, para presentarse como candidata a secretaria general. Entre impugnaciones e intervenciones, viajes a Buenos Aires y reuniones a contraturno, la victoria fue saboreada doblemente. Era el año 1987 y Susana se convertía en secretaria general de ATSA y en la primera mujer de la provincia que ocupaba el cargo más alto de un sindicato.

* * *

Agosto de 2004, ya pasó un mes desde la asunción de la nueva dirección de la CGT unificada, y el Triunvirato está a punto de romperse. Susana Rueda se pasea por los medios de comunicación, la invitan a programas de televisión, como

“Desde el llano”, que conduce el periodista Joaquín Morales Solá, por el canal *TN*.

—Si el Triunvirato no se expresa como triunvirato, ¿dónde está la unidad? Yo no puedo admitir que el Ministerio de Trabajo de este gobierno, que ha hecho tanto por la igualdad de oportunidades y que está trabajando por esa igualdad en todos los ámbitos, deje sin representación a las mujeres, ni más ni menos... que haga una segregación, yo no lo puedo... no me entra, digamos, no es una respuesta que me espero.

El motivo oficial de la posible fractura era la falta de representatividad que, según Rueda, se producía en la composición de la mesa que iba a discutir con el gobierno y las patronales la situación de los trabajadores. Ella quería repartir las doce sillas cegetistas del Consejo del Salario de manera proporcional: cuatro para los “Gordos”, cuatro para los “rebeldes” de Moyano y cuatro para los “Independientes” de Lingeri. Pero el camionero dispuso que se sumara un cuarto espacio, el del gastronómico Luis Barrionuevo —su aliado en aquel momento—, que pivotaba por fuera de la central obrera. Entonces, Rueda dio el portazo. Pero el verdadero motivo de la crisis en la dirección sindical era que la guerra desatada con Moyano ya no se podía ocultar. La mujer del Triunvirato perdía cada vez más peso dentro de la conducción, mientras que Barrionuevo cobraba protagonismo.

Los medios de comunicación se hicieron eco del escándalo: “Rueda amenaza con fracturar la CGT” titulaba *Página/12* el 29 de agosto de 2004. El periodista Diego Schurman, que cubría los devenires de la central para ese diario, escribía: “La mujer desconoce la representación que el sindicalismo llevó al ámbito de discusión por el salario. Dice que es ‘ilegal’ y que solo sirve para darle entidad a Barrionuevo. Responsabiliza por la maniobra a Moyano y Lingeri. Y asegura que, si sus colegas y Tomada la convalidan, deja el cargo”.

Susana se levantaba todos los días a las 7 de la mañana y se iba a caminar una hora por Plaza Constitución. Era el

único momento del día que tenía para descargar energías. Lo necesitaba más que cualquier otra actividad. A eso de las 8 y media entraba al mítico edificio de Azopardo 802, aquel que el 18 de octubre de 1950 había sido expropiado y donado a los trabajadores por la Fundación Eva Perón. Como si no hubiera pasado el tiempo, el edificio conserva el rictus y el espíritu de aquella época: los techos altos, los pisos de mármol, el ascensor manual, las mesas y sillas de roble, las puertas pesadas..., los bustos de Eva y Juan Domingo a cada paso. Entrar al edificio de la CGT es un viaje en el tiempo a las entrañas del peronismo.

Pero para Susana Rueda, en 2004, ese edificio se había convertido en un campo de batalla. El primer escollo que tuvo que sortear fue por una oficina. West Ocampo, que llevaba muchos años en el edificio de Azopardo, le dio su primera lección:

—Por la única cosa que no te tenés que pelear es por el despacho. Agarrá el mío que ya está amueblado.

Ella se instaló en la oficina que le había correspondido al secretario de Prensa, mientras que Moyano y Lingeri se agazaparon en las que históricamente correspondían a las del secretario general y su adjunto. Susana tenía acceso directo a esas oficinas y las primeras semanas transcurrieron en el marco de una inusual “tregua”. Pero al poco tiempo, argumentando cuestiones de “seguridad”, Moyano y Lingeri hicieron cerrar con llave la oficina que los separaba de la de Rueda. Con un pequeño detalle: el baño había quedado del lado de los varones; por eso, cada vez que la mujer quería hacer uso del baño tenía que tocar un timbre. Nunca una subordinación había sido tan literal: Susana tenía que pedirle permiso a Moyano para ir al baño. Entonces, se dio cuenta de que la única manera que tenía de enfrentarlo era hacer pública esa situación.

—Dígame, Susana Rueda, ¿aquí en la sede de la CGT hay toilette para mujeres?

—Baños para mujeres hay en todos los pisos. Pero en este, el de los secretarios generales, el toilette queda del otro lado de la puerta. Hay que cruzar el pasillo, pedir permiso para entrar en la oficina de Hugo Moyano, ser observada por los guardaespaldas y el circuito cerrado de televisión y, finalmente, pedirle la llave a su secretaria.

“A esta incursión, sus asistentes la llaman ‘cruzar la Franja de Gaza’.” Así lo cuenta la periodista Any Ventura en una entrevista que le hizo a la dirigente para la revista dominical de *La Nación*, en la que se percibe cómo Susana hacía un esfuerzo enorme para diferenciarse de sus pares;¹⁰ pero esa actitud después le costaba desplantes, malos tratos y hasta amenazas. Ventura escribe: “Tierra de hombres. [...] En la puerta, unos grandotes de traje, con handies en la mano. [...] Mientras, en el último piso, una secretaria dice: ‘¿Para qué tanta custodia? Que sube Moyano, que baja Moyano, que el auto de Moyano... ¿para qué tanto?’”.

Cada vez que podía, Susana se jactaba no solo de no tener guardaespaldas sino de que iba a todos lados con sus dos secretarias que, además, eran sus amigas, incluso una de ellas era madrina de su hijo; y criticaba la *mise-en-scène* alrededor del camionero. También aclaraba en todos lados que sus únicos bienes eran una casa familiar y un auto; que su salario lo utilizaba para la educación de sus hijos. Y, sobre todo, con la excusa de que era la primera mujer en ocupar un cargo tan alto en la central obrera, ella hablaba de “brecha salarial”, “techo de cristal” y “trabajo doméstico no remunerado” de manera pionera, diez años antes de que estas fueran algunas de las reivindicaciones de un movimiento feminista masivo.

10. Ventura, Any, “Susana Rueda: primera dama sindical”, entrevista en *La Nación Revista*, 12 de diciembre de 2004. Disponible en línea en: <<https://www.lanacion.com.ar/661764-susana-rueda-primera-dama-sindical>>.

Susana había tomado una decisión: no estaba dispuesta a convertirse en lo que no era solo para tener legitimidad con sus pares. No quería disfrazarse de varón, no necesitaba campera de cuero ni patovicas alrededor; reivindicaba su condición de mujer: se peinaba, se maquillaba, se pintaba las uñas y se ponía algunas joyas. Quería ponerle otra cara al sindicalismo, y eso le costó caro. Así, de la boca de Moyano tuvo que escuchar frases como “Menos mal que no sos hombre, si no ya te llevo afuera y te cago a trompadas”, “A vos te falta mucho para ser sindicalista, querida”, “Y ¿qué querés que haga?, si las únicas mujeres que tengo yo son mi mamá, mi mujer y mis hijas”.

A casi quince años de su paso por la cúpula de la CGT, Susana todavía se acuerda de aquellas frases textuales que le decía Moyano en reuniones privadas y públicas. Se acuerda cómo contenía las lágrimas y las descargaba en su despacho, en soledad, y cómo cada vez que hacía alguna propuesta le decían “pero eso ya está” o “eso ya se hizo”, porque una mujer nunca podía tener una buena idea. Se acuerda cómo cada vez que Kirchner la llamaba a su despacho, Moyano se reunía con Duhalde solo para hacérselo saber al presidente. Y se acuerda cuando su hijo menor, que en ese entonces tenía 8 años, la llamaba por teléfono para decirle que él iba a viajar a Buenos Aires para “cagar a trompadas” a Moyano.

* * *

El 14 de julio de 2005 el Triunvirato se rompió. Varios gremios que conformaban el grupo de los “Gordos” renunciaron a la CGT y Susana dejó su cargo. Hugo Moyano se convertía en el único secretario general de la central obrera y comenzaba una nueva etapa en el sindicalismo argentino.

Susana Rueda volvió a Santa Fe. Después de un año de dar batalla, se refugió en su provincia, en su familia, en su sindicato de base y en organismos internacionales referidos

al trabajo. En 2018 volvió a ser secretaria general de ATSA y mantuvo su cargo como secretaria gremial en FATSA.

Por muchos años, no vio a Lingeri ni a Moyano; pero en 2015, en un Comité Central Confederal, volvieron a coincidir. Una de las primeras en pedir la palabra fue Susana; sugirió que el comité sesionara en homenaje a Evita, porque un día como ese la “abanderada de los pobres” había leído en la CGT los derechos de las mujeres trabajadoras. Cuando terminó, vio de lejos que Moyano le hacía señas a Héctor Daer para que se acercara; pero ella no se inmutó, siguió su curso y salió. A los pocos minutos recibió el llamado de Daer, con quien había estado antes. Se sorprendió.

—¿Qué pasa Héctor?

—¿Sabés qué quería Moyano?

—No.

—Saludarte.

CAPÍTULO TRES

El largo regreso a casa

El 16 de diciembre de 2011 Ana se quedó prendida al televisor. Era tarde, casi las 12 de la noche, pero no podía sacar los ojos de la pantalla. En el canal público estaban transmitiendo en vivo la sesión de la Cámara de Diputados en la que se trataba el Nuevo Régimen de Trabajo Agrario. La ley en cuestión rescataba algunos derechos básicos del Estatuto del Peón Rural que había establecido Juan Domingo Perón en 1944, cuando era secretario de Trabajo y Previsión Social, y que la dictadura cívico-militar iniciada en 1976 había eliminado. Ana prestaba atención a los discursos, en especial a los que explicaban que, con el nuevo marco regulatorio, las remuneraciones no iban a ser menores al salario mínimo, y se garantizaban horas extras, descanso semanal, condiciones adecuadas de higiene y seguridad. Y lo más importante: se ponía fin al concepto de jornada

laboral “de sol a sol”, al fijarse como límite las ocho horas diarias y las cuarenta y cuatro semanales.¹¹

Lo que Ana todavía no entendía muy bien era otro de los puntos que se discutían y que sin dudas era el que generaba más polémica, sobre todo porque había sido rechazado de plano por la Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (UATRE), sindicato que dirigía Gerónimo “Momo” Venegas desde 1992 y al que ella había sido afiliada automáticamente. Durante esa jornada la UATRE había montado un escenario frente al Congreso de la Nación al igual que en 2008, cuando se debatía en un caldeado marco la resolución “125” que implicó 129 días de *lock-out* patronal. Como consecuencia de aquellos episodios que quedaron marcados a fuego en la historia reciente y que abrieron un debate profundo en la sociedad argentina, el Poder Ejecutivo había enviado el proyecto para la creación del Registro Nacional de Trabajadores y Empleadores Agrarios (RENATEA), un organismo estatal que reemplazaría al Registro Nacional de Trabajadores Rurales y Empleadores (RENATRE), el organismo público de gestión privada que dirigía Venegas, con el objetivo de fiscalizar y regular el registro de los trabajadores rurales. En pocas horas el “Momo” dejaría de tener el manejo político de ese ente, y puntualmente perdería el control de una caja importante de dinero.¹² No era poca cosa. Venegas manejaba alrededor de 1,3 millones de obreros rurales. Pero apenas un cuarto de ese total, es decir 325.000, tenían salarios en blanco y componían el grupo más bajo de ingreso promedio de la pirámide sala-

11. Premici, Sebastián, “Con todos los derechos de los otros trabajadores”, en *Página/12*, 22 de diciembre de 2011. Disponible en línea en: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-183939-2011-12-22.html>>.

12. Re, Daniel; Roa, María Luz; y Gortari, Javier (coords.), *Tareferos. Vida y trabajo en los yerbales*, Posadas, Editorial Universitaria-Universidad Nacional de Misiones, 2017, p. 357.

rial.¹³ Tanto él como su sindicato brindaron apoyo explícito a la candidatura de Mauricio Macri a la Presidencia.

A Ana se le cerraban los ojos, y en pocas horas tenía que levantarse para ir a trabajar; entraba a las 6 de la mañana a la multinacional de semilleras Satus Ager SA, donde se desempeñaba como supervisora de la planta en la que trescientas mujeres hacían el deschalado del maíz. El trabajo en la fábrica duraba tres meses, de diciembre a febrero, los siete días de la semana y la jornada obligada era de doce horas. Solo podían tomar un día libre en navidad o año nuevo. El trabajo era pesado; el deschalado del maíz es el último eslabón de la cadena previo a la exportación de la semilla, por lo tanto es una suerte de artesanía, casi quirúrgica.

La mañana del 11 de enero del 2012 –casi un mes después de aprobada la ley en las cámaras de Diputados y Senadores– Ana fue a trabajar como siempre. Pero ese día en particular su jefa la esperaba en la puerta:

—Ana, vas a tener que echar a dos de las chicas. A Miriam, porque está comiendo chicle, y a Zulma, porque fue muchas veces al baño. Ambas están registradas por las cámaras de seguridad.

Ana pensó que era un chiste. Nunca le habían pedido algo así y de inmediato se negó. Pero su jefa le dijo que no era una opción, sino una orden.

Al día siguiente Ana llegó, como todos los días, a las 6 de la mañana, pero en la puerta le negaron el paso. La habían echado. Sin entender, sus compañeras comenzaron un alboroto inusitado: decidieron no entrar a la fábrica e iniciaron un paro sorpresivo. A las 11 de la mañana treinta compañeras más fueron echadas y sacadas a patadas por la seguridad de la fábrica, todo por apoyar a Ana, que se había negado a despedir a sus compañeras.

13. Premici, Sebastián, *De patronos y peones. Los aliados esclavistas de Mauricio Macri*, Buenos Aires, Acercándonos Ediciones, 2016, p. 11.

Quisieron hablar con alguien de UATRE. Imaginaron que el gremio las iba a respaldar. Pero la propia jefa que las había despedido era la delegada del sindicato. Así funciona. Ana no sabía a quién recurrir. Pero tenía una cosa en claro: eso era una injusticia y no iba a permitir que ella ni sus treinta compañeras se quedaran sin trabajo. En ese instante, a los 41 años, Ana Cubilla comenzaba su carrera sindical.

* * *

Cuando Ana cumplió los 18 se fue de Misiones para no volver nunca más. Por primera vez en su vida salía al mundo de su hogar de madera en Agrícola Parejhá, un paraje frutihortícola en medio del campo cuya ciudad más cercana quedaba a veinte kilómetros. El papá de Ana se había asentado allí con su esposa y sus once hijos, en una casa precaria con letrina afuera, construida por el dueño del campo de diez mil hectáreas para que sus empleados vivieran en el mismo lugar donde realizaban la labor de cultivar cítricos.

Ana cursó la escuela primaria en un colegio rural a siete kilómetros de su casa. Iba y venía todos los días caminando. Cuando terminó séptimo grado y quiso ir a un secundario no pudo, el más cercano estaba a sesenta kilómetros. Ana sabía que, si se quedaba, no tenía otra opción; su destino era uno solo: ayudar a su mamá con la casa, la crianza de sus hermanos y, tarde o temprano, empezar ella también a trabajar la tierra. No quería eso para su vida. Su padre se negaba a que su hija se fuera. Lo sentía como una traición. Le dijo que si se iba de Agrícola Parejhá no volviera nunca más. Su madre, a escondidas, le dio unos pesos y le anotó en un papelito la dirección de la casa de una de sus hermanas que vivía en Salto, un pueblo en la provincia de Buenos Aires a 200 kilómetros de la Capital. Ana siguió el consejo de su madre. Por primera vez se subió a un colectivo y salió de aquel paraje remoto en el interior de Misiones.

Apenas llegó a su destino, consiguió un puesto en el Frigorífico Regional Salto. Durante diecinueve años trabajó en esa fábrica haciendo de todo: desde faenar vacas en plena madrugada hasta preparar cajas destinadas a la exportación de la carne, haciendo horas extras. Con lo que fue juntando, logró comprarse un pequeño terreno y construir su casa. Quería progresar, estar tranquila y formar una familia.

Pero en el año 1995 el frigorífico cerró y los quinientos empleados se quedaron en la calle. Durante catorce años pasó por diversos trabajos temporarios, algunos duraban más, otros menos; hasta que en 2009 entró a la Semillera Satus Ager SA. Como el trabajo en la multinacional era solo por tres meses –de diciembre a febrero–, durante el resto del año Ana disponía de una combi en la que trasladaba a los trabajadores que venían de Santiago del Estero a la provincia de Buenos Aires para hacer el trabajo del desflore y cosecha del maíz.

Aquel 11 de enero de 2012, cuando fueron despedidas, las compañeras se juntaron para ver qué hacer. Ana sugirió ir a la sede del Ministerio de Trabajo en Salto. Fueron. Allí les tomaron los datos, les abrieron un expediente y les dijeron que volvieran en una semana. Siguieron las indicaciones, pero los tiempos burocráticos que les proponían en la delegación iban en detrimento de su apuro por una eventual reincorporación antes de que terminara la temporada.

Las reuniones entre aquellas mujeres eran casi diarias. Una tarde, Ana fue tajante. Si en Salto no les daban respuesta, tenían que ir adonde se cocinaba el asunto, a la Capital. Eran ocho las que se animaron. Subieron a la combi y, después de dos horas de viaje, desembarcaron en la puerta del Ministerio de Trabajo. Las chicas eran bastante miedosas, recuerda Ana, y ella, invadida por un sentimiento de culpa sumado a su eterna caradurez, se puso al frente del reclamo.

—Buenos días, venimos en representación de treinta compañeras. Fuimos despedidas sin justificativo de la empresa

Satus Ager SA, queremos saber qué tenemos que hacer porque no podemos quedarnos sin trabajo. Muchas somos jefas de hogar.

Los abogados del ministerio escucharon el reclamo, les indicaron que fueran al RENATEA y les explicaron que, más allá de una eventual reincorporación, a ellas les correspondía como mínimo un fondo de desempleo. Ana escuchaba por primera vez algunos conceptos. Quería saber más, ver cómo podía hacer para ayudar a sus compañeras. ¿Solo a ellas les pasaba eso? ¿Había otros trabajadores rurales en su situación? ¿Dónde estaba el sindicato? ¿Qué podía hacer el sindicato? ¿Las quería ayudar?

El tiempo pasaba y no había reincorporación ni fondo de desempleo. Pero Ana no paraba y se iba interiorizando cada vez más en asuntos sindicales. Para su sorpresa, en el RENATEA le dijeron que había muchísimos trabajadores en su situación, que no era la única, y la contactaron con otros compañeros de Salto. Ana empezó a dedicarse cada vez menos a realizar viajes en su camioneta, y cada vez más a entender y a pensar cómo solucionar su situación y la de tantos otros compañeros.

En esas idas y vueltas se contactó con Ernesto Ojeda, un sindicalista de la provincia de Salta que era el secretario general de un pequeño gremio de trabajadores agrarios que solo tenía la “simple inscripción”.¹⁴ Ojeda estaba armando una Mesa Nacional de Trabajadores Agrarios, espacio que funcionaba en el cuarto piso de la Jefatura de Gabinete de la Presidencia. Ana fue a un par de reuniones y se entusiasmó. Allí conoció al entonces ministro de Trabajo, Carlos Tomada,

14. La categoría de “simple inscripción” refiere a un sindicato inscripto en el Registro Especial de Sindicatos del Ministerio de Trabajo; puede ejercer representación individual, pluriindividual o colectiva de sus afiliados.

y comenzó a entender la importancia de crear un nuevo sindicato en oposición a la UATRE, que la había abandonado cuando la echaron.

El 23 de noviembre de 2015, unos pocos días antes de terminar su mandato, el ministro de Trabajo firmó la normalización de varios sindicatos que tenían personería, entre ellos el Sindicato Único de Obreros Rurales (SUOR) en Misiones. Pero para poder concretar ese proceso las reglas burocráticas indicaban que tenía que ser alguien oriundo de Misiones, alguien que quisiera emprender la titánica tarea de reflotar el nuevo sindicato, con todo lo que eso implicaba: enfrentar a la UATRE, a la patronal y al gobierno local. La única misionera en esa Mesa era Ana, la que se había ido a los 18 años para no volver. No lo dudó. Como a los 18, armó un pequeño bolso y se fue.

* * *

A los pocos días de haber cumplido 39 años, en 1966, el periodista Rodolfo Walsh emprendió un viaje hacia el nordeste argentino. Junto al fotógrafo Pablo Alonso recorrieron Chaco, Corrientes y Misiones en búsqueda de historias.¹⁵ Una de ellas se tituló “La Argentina ya no toma mate” y fue la tapa del mes de diciembre de la revista *Panorama*. En la foto de tapa se puede ver a tres hombres de espalda levantando una bolsa con las hojas verdes de los yerbales. Walsh escribió una crónica magistral que narra, entre otros hechos, la expulsión de los jesuitas en 1767, la creación de la Comisión Reguladora de la Yerba Mate (CRYM) en 1935 –que se transformó en el actual Instituto Nacional de la Yerba Mate

15. “El periodismo según Walsh”, en *Sudestada*, Colección Especial N° 10, marzo de 2014. Disponible en línea en: <<http://www.revistasudestada.com.ar/articulo/1192/entre-yerbales-y-kimonos/>>.

(INYM)– y las pésimas condiciones en las que se trabajaba (y trabaja) en el campo: “Ahí están, hormigueando entre las plantas verdes, con sus caras oscuras, sus ropas remendadas, sus manos ennegrecidas: la muchedumbre de los tareferos. Hombres, mujeres, chicos, el trabajo no hace distinciones. [...] No hay cabezas rubias ni apellidos exóticos entre ellos. El tarefero es siempre criollo, misionero, paraguayo, peón golondrina sin tierra. Se acercan, nos rodean mansamente y no tenemos que preguntarles siquiera para que caiga sobre nosotros el aluvión de su protesta.

—Estamos todos abajo —dicen.

—Nuestro jornal no sube.

—El familiar no te pagan.

—Estamos atendidos.

—Apenas se gana para el pan.

—Si uno come medio kilo de carne a la semana, ya es lindo.

—Estamos a mate cocido.

—No tenemos ropa.

—J...s, eso es lo que estamos”.¹⁶

Ana no conoce la crónica de Rodolfo Walsh. Pero no se sorprende. “Las cosas no han cambiado nada, está todo igual o peor”, dice, mientras ceba un mate con yerba Andresito —una cooperativa de su pueblo—, desde una oficina de la sede de la Mesa Nacional de Trabajadores Agrarios, ubicada cerca de Callao y Corrientes, en uno de sus viajes a Buenos Aires en los que aprovecha, además, para visitar a sus cuatro hijos.

Desde que vive en Andresito —una pequeña localidad de veintidós mil habitantes en la zona norte de Misiones, en la Triple Frontera—, hace ya dos años, vio con sus propios ojos

16. Arlt, Roberto y Walsh, Rodolfo, *El país del río. Aguafuertes y crónicas*, Paraná/Santa Fe, Universidad Nacional de Entre Ríos/Universidad Nacional del Litoral, 2016, p. 192.

las condiciones más crudas en las que puede vivir un ser humano. Cuanto más se inmiscuía en los campos y conocía la miseria más honda, cuanto más tiempo pasaba acampando en los yerbatales, durmiendo en el piso de carpas precarias, más segura estaba de que un nuevo sindicato era lo único que podía salvar a todas esas personas.

El Ministerio de Trabajo la había llevado como “normalizadora” del sindicato. Al estar vencidos los mandatos de la Comisión Directiva del SUOR desde 1994, sumado al fallecimiento del último secretario general, Ana era la encargada de constatar esa situación para volver a ponerlo en funciones. Fue un camino sinuoso y burocrático que duró casi dos años, durante los cuales logró tejer vínculos con otros compañeros y referentes de la zona. Pero, principalmente, Ana empezó a generar conciencia entre los trabajadores esclavizados sobre la importancia de pertenecer a un sindicato que realmente los representara. Ahora, ella ya es una experta en materia de legislación laboral y explica de memoria que la UATRE no tiene convenio colectivo de trabajo y que en el campo se trabaja “a destajo”, es decir, se gana un porcentaje en relación con la producción. Cuanto más se cosecha, más se gana. Por eso, las jornadas de trabajo pueden durar hasta veinte horas y muchos deciden ir con toda la familia para que les rinda más. Como el trabajo es estacionario, la mayoría decide acampar a cielo abierto en las condiciones más deshumanizantes. Cada vez que viene a Buenos Aires, les reitera a sus compañeros de la Mesa que, pese a la sanción de la ley, en el campo sigue habiendo trabajo esclavo. Entre 2013 y 2015, el RENATEA realizó denuncias penales que involucraron a más de mil víctimas de casos de trata laboral.¹⁷

Como resultado de su accionar, Ana fue haciéndose cada vez más conocida entre los trabajadores yerbateros y, por

17. Premici, Sebastián, *De patrones y peones*, op. cit., p. 33.

supuesto, era la única mujer entre los sindicalistas y los punteros de los campos. Comenzó a entender cómo vincularse con ellos, con quiénes formar alianzas y con quiénes no, cuándo convocar asambleas y con cuánto tiempo de anticipación para que no se las boicoteen. Y también tuvo que aprender a vivir amenazada, a que le tiren autos encima y la llamen por teléfono a cualquier hora del día diciéndole que la van a matar. Pero ella no tiene miedo.

En diciembre de 2016 el SUOR decidió cortar la ruta y tomar el INYM durante siete días, reclamando que se pusiera fin al trabajo a destajo: “Toda la vida los cortes de ruta eran mandados por la patronal, por primera vez este reclamo lo encabezamos genuinamente los trabajadores”, explica Ana. Al gobierno provincial, dirigido por el Partido de la Concordia Social –una alianza histórica conformada por peronistas y radicales–, no le quedó otra opción que convocar a Ana a una reunión con los directivos del INYM: doce varones de la alta sociedad misionera. A ella la mandaron, literalmente, a un rincón. En la mesa solo había lugar para representantes del Instituto, del gobierno y de la UATRE. Pero como no pudieron desconocer su incipiente gremio y el revuelo que estaba causando, tuvieron que dejarla participar. Ella tenía un papelito con los cuatro puntos básicos que pedía el SUOR; cada vez que osaba hablar, la callaban: “Usted en esta mesa no está, no puede opinar”. No solo se quedó firme toda la reunión sino que logró negociar alguno de los puntos.

Unos meses antes, en julio del mismo año, Ana se había convertido oficialmente en la secretaria general del SUOR y en la única mujer en todo el país con un gremio a cargo en materia rural. Un día después de la normalización del sindicato y pocas semanas antes de la asunción de Mauricio Macri, el 24 de noviembre de 2015 la Corte Suprema de Justicia hizo lugar al reclamo interpuesto por RENATRE –que planteaba la inconstitucionalidad de la ley de creación de RENATEA–. Desde entonces, la UATRE volvió a manejar esa caja, aunque

con la muerte del “Momo” Venegas, el 26 de junio de 2017, se empezó a destapar una olla que desnuda traiciones, desmanejos y testarferos. Pero Ana sabe que, aunque en apariencia la UATRE haya recuperado cierto poder, pasó demasiada agua debajo del puente. En menos de dos años su sindicato ya cuenta con seiscientos afiliados y los rumores sobre una mujer que vino a revolucionar el *statu quo* de una provincia anquilosada recorren cada rincón de Misiones.

En un pequeño diálogo que Walsh mantuvo con uno de los trabajadores tareferos, Fernando Cáceres, este le dice: “No somos nada, no tenemos defensa. Aquí no hay sindicato, ni leyes, ni feriado”.¹⁸ Quizás los nietos o bisnietos de Cáceres hoy sean afiliados al SUOR y la historia entonces se escribirá de otra manera, quizás así: “Ahora somos personas y tenemos defensa. Acá tenemos un sindicato encabezado por una mujer que nos devolvió la esperanza de luchar por nuestros derechos”.

18. Arlt, Roberto y Walsh, Rodolfo, *El país del río*, op. cit., p. 193.

CAPÍTULO CUATRO

Una lección de gremialismo

—Estás todo el día con esos negros de mierda, Andrea. Me tenés harto. Te lo digo clarito: el sindicato o yo.

Andrea ni siquiera lo pensó.

—El sindicato.

El 29 de abril de 2016, después de diecisiete años de matrimonio, Andrea Herrera, que recién había sido electa delegada de la planta de General Rodríguez de la empresa láctea más grande de América Latina, Mastellone, agarró su cartera y se fue a una movilización junto a sus compañeros en Plaza de Mayo. Todavía no lo había procesado, pero se acababa de separar.

A los pocos días la fue a ver a su mamá. Había cumplido 88 años y se estaba muriendo. Le contó de su nuevo rol como delegada y sobre su separación.

—Si no te deja volar, volá sola.

Andrea conserva esas palabras como el último legado de su madre. Estaba dolida pero segura de su decisión. Sabía que se venían tiempos difíciles en lo personal y en lo político-sindical. Sus hijas, de 24 y 14 años, la apoyaban incondicionalmente, pero el tránsito de la separación también era difícil para ellas. En el plano sindical, la batalla tampoco era fácil. Ella se había convertido en la primera mujer en la historia de su gremio — la Asociación de Trabajadores de la Industria Lechera de la República Argentina (ATILRA)— que había sido electa en la empresa láctea más grande del país, la que emplea nada menos que 4.500 trabajadores. Pero, además, no era una trabajadora más de la empresa, era parte del personal jerárquico, conocía de adentro bastante más de lo que muchos delegados avezados podían saber. Y estaba dispuesta a dar la pelea.

* * *

El 26 de mayo de 1999 Andrea Herrera entró a trabajar en la administración de personal de Mastellone. Era la única mujer en esa área y trataba directamente con Antonio Mastellone, amo y señor del emporio, nieto de Don Antonio Mastellone, aquel hombre que a inicios del siglo XX llegó de Italia en un barco y empezó a vender quesos que repartía en un camión usado. Así, en 1935 comenzó el establecimiento de una de las fábricas más importantes del país y de América Latina, que abastece sus productos lácteos a lo largo y ancho del territorio nacional, tiene la cadena de distribución más grande y procesa diariamente la mayor cantidad de litros de leche. En el ranking de marcas reconocidas, es la número uno. La mayoría de los consumidores eligen La Serenísima. Y, se sabe, eso permite que Mastellone sea quien fije los precios de la leche.

El trabajo de Andrea era, básicamente, recibir los reportes diarios de toda la situación económica de la empresa. O sea,

ella sabía con precisión cuánto dinero entraba y salía, tenía conocimiento de todos y cada uno de los números de Mastellone. Esa información representaba oro en polvo.

Andrea era buena en lo que hacía. Se había criado en Mendoza, en el seno de una familia de clase media acomodada, con padre militar y madre ama de casa, con educación de primer nivel. Cuando cumplió la mayoría de edad, en 1990, se fue a vivir a la provincia de Buenos Aires, a Mercedes, una ciudad ubicada a 100 kilómetros de la Capital Federal, y se anotó en la carrera de Ingeniería en Matemática. Cursó durante cuatro años hasta que se embarazó de su hija mayor, y abandonó los estudios. Pero cuando Melisa cumplió 4, se anotó en Administración de Empresas en la Universidad de Luján. Como trabajaba todo el día en la tesorería de una fundación japonesa en la Capital, y tenía dos horas de viaje, no le quedaba más remedio que cursar a la noche. Y como ya estaba separada y su primer marido muchas veces trabajaba en turno noche –en Mastellone–, tenía que llevar a su hija con ella cuando iba a las clases; Melisa no solo no chillaba y se sentaba al lado de su mamá, sino que había empezado a leer y a escribir con solo mirar y observar lo que sucedía en el aula.

La logística diaria no hizo desistir a Andrea: se recibió en cuatro años y con cuadro de honor. Una vez que había podido actualizar el currículum con su flamante título, lo presentó en la fábrica de General Rodríguez. Aunque tampoco le quedaba tan cerca, tenía una hora de viaje, era bastante más cómodo que ir y venir a la Capital todos los días.

Para su sorpresa, a los tres días la llamaron; y así comenzó, a sus 27 años, una carrera maratónica que la llevó a quedar a cargo del sector de administración de producción de la planta. Y si bien cobraba un muy buen sueldo, estaba fuera del convenio colectivo de trabajo. En su oficina tenía un compañero que notaba que, pese a su cargo, Andrea siempre negociaba a favor del trabajador y no de la patronal. Hugo le decía que

sería bueno que se afiliara al gremio, que empezara a ir a las asambleas. Finalmente le hizo caso y pasó a ser la única afiliada de ATILRA fuera de convenio. Porque ella tenía algo muy en claro: aunque tuviera rango de jefa, se consideraba a sí misma una laburante, tenía conciencia de clase y sabía que si trabajaba semejante cantidad de horas era porque tenía que mantener a su hija. Nadie, nunca, le había regalado nada y todo lo había conseguido a fuerza de voluntad, estudio y, sobre todo, largas jornadas de trabajo.

En 2011, el secretario general de General Rodríguez, Heber Ríos, logró que más de quinientos trabajadores pasaran a estar dentro del convenio, entre ellos Andrea. Si bien la empresa les había prometido que no iban a perder ningún derecho adquirido, cada vez que llegaban los recibos de sueldo ella notaba que les descontaban dinero por fuera de lo acordado. Así que, como todo en su vida, empezó a investigar y a participar de algunas reuniones gremiales porque necesitaba las herramientas para ir a discutir. Además de comenzar a aprender de la jerga y los debates gremiales, se dio cuenta de que en esas reuniones era la única mujer. Pero no solo eso. También empezó a registrar que en Mastellone no había mujeres en la parte de producción, es decir, los botones de las máquinas podían ser tocados únicamente por manos masculinas. El motivo, tan simple y tan ridículo a la vez: “porque es así”. Las tareas en el área de producción eran las mejor pagadas. Entonces, aprendió en ese instante un concepto de la economía feminista que no se lo olvidaría jamás: en su empresa existía la “brecha salarial”.

Andrea se volvió cada vez más activa en el gremio, participaba y hablaba en las reuniones. Un día recibió el llamado de Heber Ríos. La citó en su oficina:

—Andrea, quiero que empieces a trabajar activamente con nosotros en el sindicato. Queremos que haya una mujer. Y creo que esa mujer tenés que ser vos. Sé que sos parte del personal jerárquico, sé que tenés ciertas comodidades...

Andrea puso las manos en el escritorio, dejando a la vista sus uñas esculpidas de medio centímetro, blancas y rojas con *strass* que se realiza religiosamente cada quince días.

—Sí, Heber. Quiero empezar a militar activamente.

* * *

Durante todo el 2015 y el 2016 Andrea participó de cada marcha, de cada acto y de cada movilización. Desde el 23 de enero de 2017 se convirtió en la primera delegada mujer en la historia de Mastellone. Su primera acción fue la de presentar un proyecto para que en la planta hubiera vestuario para mujeres y salas de lactancia. Aún recuerda con sabor amargo cuando en 2002 había nacido su segunda hija, Valentina, y tenía que encerrarse en el box del baño, sentarse en el inodoro y sacarse la leche porque el dolor que sentía era inexplicable. Pero lo tenía que hacer ahí, incómoda, para evitar la mirada de sus compañeros.

También tuvo que aguantar que en esas marchas, actos y viajes todos rezongaran por su presencia y escuchar la frase “Ojo que está Andrea”, que ya se había hecho frecuente. Los chistes machistas, al estilo “si la mujer quiere más libertad le agrando la cocina”, eran la música de fondo de muchos micros en los que viajaba junto a decenas de varones. Pero a medida que pasaba el tiempo y con mucha paciencia, Andrea fue (y aún sigue) deconstruyendo, al menos desde lo discursivo y desde el lenguaje, ese tipo de expresiones. Sobre todo, cuando la ven ir a las mismas movilizaciones que ellos, quedarse hasta tarde en las marchas y acampando sin chistar, como cuando decidieron reclamar por despidos injustificados en una empresa láctea de Luján. Pero también tiene que soportar que le digan “Vos sos como nosotros, sos uno más”. Y ese es otro de los problemas que tiene que sobrellevar, porque Andrea no es uno más, incluso no quiere ser uno más y resalta su aspecto femenino. Su ropa ajustada, sus tacos y sus uñas esculpidas

son característicos de su personalidad. Ella no quiere ser uno más, nunca se le pasó por la cabeza masculinizar su *look* para que la respeten. Y lo está logrando.

* * *

En la heladera de su casa donde ahora vive sola con Valentina, de 14 años, tras la separación, hay una foto suya con la leyenda “Esta es mi mamá”. Es una humorada entre las dos, pero es la forma que tiene Valentina de decirle a su mamá que está orgullosa de ella, aunque esté poco en casa. Desde que empezó a trabajar en el gremio, se va a las 7 de la mañana y no sabe cuándo vuelve. Tampoco le es fácil poder cuidar a sus nietos Gerónimo y Gregorio, los hijos de Melisa, que ya tiene 24 años. Aquella nena que aprendió a leer y a escribir mientras escuchaba las clases de su mamá, también la apoya incondicionalmente y milita en una agrupación universitaria.

Un día antes del paro docente del 6 de marzo de 2017, en rechazo al ofrecimiento que había hecho la gobernadora bonaerense, María Eugenia Vidal, en el marco de las paritarias, una profesora de Valentina empezó la clase diciendo que ella no estaba de acuerdo con la medida gremial, que iba a tratar de llegar a clase y que los que paraban “eran todos vagos”. Valentina no pudo quedarse callada. Sabía que, indirectamente, la profesora estaba insultando a su mamá. Levantó la mano y dijo, adelante de todos:

—De vaga, mi mamá no tiene nada. El paro es la única forma que tienen los trabajadores de ser escuchados, y más si están unidos y organizados. El paro es constitucional. Y, ¿sabés qué?, mi mamá está defendiendo tu salario.

CAPÍTULO CINCO

De colaboradoras a dirigentes

La llamaron por teléfono para que fuera al despacho del secretario adjunto. Era septiembre de 2016.

—Mirá, Graciela, se armó la lista. Lamentablemente en este mandato no vas a poder estar, se ha designado a otro compañero.

—Ustedes son unos hijos de puta.

—No me digas eso, Graciela.

—Y sí, son unos hijos de puta que no entregan el sillón.

Después de treinta y cuatro años de militancia y trabajo en la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), Graciela Jerez pensó que esa vez, finalmente, sí le darían alguna secretaría. Eso era lo que se rumoreaba en los pasillos de la seccional Capital, donde milita desde que tiene 17 años, cuando la eligieron delegada de su fábrica. Incluso se conformaba con la Secretaría de Cultura, aunque no era la que prefería, pero era la única que

veía factible para ser encabezada por una mujer, porque en la UOM ni siquiera existe una Secretaría de Género. Pero ni eso. Una vez más, tendría que estar satisfecha con el cargo de “colaboradora”, el mismo que tuvo desde que era adolescente y salía a hacer pintadas durante la dictadura para apoyar a Lorenzo Miguel, uno de los íconos del sindicalismo argentino. Pero hoy, a los 55 años, conociendo cada recoveco de uno de los gremios más fuertes, más representativos y más masculinizados del movimiento obrero argentino, lo tiene claro. Nunca va a llegar a ningún puesto de envergadura por una simple razón: ser mujer.

En 1976, cuando los militares usurparon la Casa Rosada, Graciela tuvo que dejar el colegio secundario para salir a trabajar. Habían venido con su mamá y sus hermanos desde Tucumán, se habían instalado en la Villa CGL, en La Matanza, y tenía que ayudar en el hogar. Gracias a una amiga que también había dejado el secundario como ella, llegó a la fábrica INFAR de servicios eléctricos, que quedaba en el barrio porteño de Flores. En la metalúrgica eran más mujeres que hombres, por un claro motivo: ellas hacían el trabajo manual. Graciela y las otras setenta se encargaban del trabajo fino de encastre de materiales como la porcelana. Al igual que en tantas otras fábricas, las mujeres tenían la categoría más baja, la de operaria, mientras que los varones eran quienes ganaban más por manejar las máquinas. Pero eso lo entendió mucho tiempo después.

El primer día que entró, a las 6 de la mañana, pensó que tenía un tiempo para desayunar. Hacía mucho frío y necesitaba algo caliente para poder arrancar. Pero le dijeron que eso no era una opción. Cuando la fábrica se activaba no se podía parar, así que Graciela comía a escondidas cuidándose de no ser vista por los supervisores.

Una tarde, los delegados del gremio convocaron a una asamblea. Ella no tenía mucha idea sobre qué rol cumplían los delegados ni de qué se ocupaba específicamente el gremio; pero lo que sí sabía era que había muchas cosas para reclamar.

Levantó la mano en medio del semicírculo y habló sin parar. Dijo que no les daban ni quince minutos para desayunar, que hacía mucho frío adentro de la fábrica, que estaban con los salarios atrasados y que no tenían dinero suficiente para viajar ni para comer.

Cuando terminó la asamblea se le agazaparon: “Tenés que ser vos la delegada, tenés que representarnos, tenés pasta”. Pero Graciela respondía que ella no sabía nada, que cómo se les ocurría algo así; para ella, la figura del delegado era un varón adulto y con conocimientos que ella no tenía. Por el contrario, ella era mujer, adolescente y con el secundario incompleto. Apenas salieron los delegados de la reunión con la patronal, un grupo de varones y mujeres los interceptaron.

—Queremos que Graciela sea nuestra delegada.

Les explicaron que no podía haber elecciones, que los sindicatos estaban intervenidos por la Junta Militar. Pero ante la insistencia de todos, negociaron que fuera una suerte de delegada *de facto*, una vocera interna dentro de la fábrica. A los 17 años, Graciela Jerez comenzaba su carrera sindical.

* * *

Alicia Mesa también tenía 17. Había abandonado el secundario cuando pasó por la puerta de Moschioni Hnos., una fábrica de electrodomésticos, y vio el cartel que anunciaba una búsqueda de personal. Alicia había venido de Chaco junto a su familia y se habían instalado en un barrio humilde en la localidad de Quilmes. También tenía que trabajar para aportar en el hogar y por eso no dudó en ingresar a la parte de bobinado de la fábrica, donde se colocaban los motores a los electrodomésticos. Entraba a las 7 de la mañana y salía a las 2 de la tarde, y cuando podía hacía horas extras. Estaba agotada y le pagaban mal.

Una de sus compañeras, bastante mayor que ella, había sido la primera delegada mujer de la fábrica. Con un convenio

colectivo bajo el brazo, le explicaba a Alicia cada vez que podía cuáles eran sus derechos, le pedía que participara en las asambleas y, en el fondo, hizo un trabajo hormiga para convencerla de que la acompañara en el sindicalismo. Alicia admiraba a Olinda; la veía como una mujer de carácter fuerte, con conocimiento y mucha personalidad. Sin pensarlo demasiado, se presentó con solo 20 años en una lista junto a ella. Ganaron. Desde ese momento comenzó una carrera maratónica en el sindicalismo. Después del horario laboral, Alicia se quedaba charlando con los compañeros, y también con los jefes de planta, y así se fue ganando el respeto de todos. En su casa no la apoyaron como ella hubiera querido. La palabra “sindicalismo” estaba mal vista, y más en esa época, en los noventa, cuando gran parte de los dirigentes gremiales negociaban en contra de sus bases. Pero, sobre todo, su familia creía que el sindicato no era cosa de mujeres, y menos de mujeres embarazadas como ella, que en esa época también se enteró que sería mamá.

* * *

Alicia y Graciela todavía no sabían cada una de la existencia de la otra, y aunque en un principio no fueron contemporáneas –Graciela entró a trabajar casi diez años antes que Alicia–, ambas comenzaban a crecer dentro de sus fábricas como delegadas y a conseguir cuestiones muy concretas para los trabajadores, como el desayuno, más tiempo para el almuerzo y hasta la mejora del salario o la paga de las horas extras.

Alicia empezó a ir a la seccional Capital de la UOM con alguna de sus compañeras de la fábrica después del horario laboral. En 1982, cuando faltaba poco para el regreso de la democracia, Graciela se había sumado a la campaña para que volviera a ser electo Lorenzo Miguel, que estaba preso desde el 24 de marzo de 1976: se trataba del discípulo de Augusto Timoteo Vandor y quien había sido uno de los interlocutores

más emblemáticos entre Buenos Aires y Puerta de Hierro, el señorial barrio madrileño donde se alzaba la mítica casa del general Perón en el exilio.

A Lorenzo le endilgaban haber puesto y depuesto ministros e incluso haber generado el clima que terminó en el llamado “Rodrigazo”. El jefe metalúrgico acostumbraba hablar en tercera persona, y solía recordar que había conocido a su mujer cuando ella era delegada de la fábrica y le había pedido que resignara su lugar porque “en una familia ya es suficiente con uno, o seguía ella o seguía yo. Y el que tenía más posibilidades era yo”.

Con el inminente regreso de la democracia, en 1982 se acercaban también las futuras elecciones en el gremio. Graciela y sus compañeras se iban tarde a los alrededores de la cancha de Vélez y con brocha y pintura escribían en las paredes “Lista Azul, UOM, Lorenzo Conducción”. En esa campaña ella conoció a otro joven que se presentaba en la lista, Antonio Caló, con quien tomaba mate en la seccional y charlaba de política.

En marzo de ese año, Graciela sería protagonista de uno de los acontecimientos políticos que marcaron el curso de la historia y el principio del fin de la dictadura. Con algunos compañeros de la fábrica fueron a la Plaza de Mayo, convocados por la CGT Brasil, el sector gremial que encabezaba Saúl Ubaldini. Se perdieron entre los cientos de miles que gritaban “Pan, trabajo, la dictadura abajo”. Las balas se hicieron presentes y Graciela se refugió en un edificio en la calle Diagonal Norte. Lejos de atemorizarla, el episodio la fortaleció. Ella quería, cada vez más, militar en política y en el sindicalismo.

Cuando Raúl Alfonsín ganó en las urnas nacionales y Lorenzo Miguel en las de la UOM, a Graciela le ofrecieron entrar a trabajar al sindicato. Pero, a diferencia del resto de los varones jóvenes a los que también habían convocado, solo podía estar medio día en el gremio; ellos sí podían hacer jornada completa. Ahí comenzó a entender que ella estaba a prueba y que, aunque su tarea era la misma que la de ellos —exactamente la misma—, las condiciones no.

Paralelamente Alicia seguía trabajando en la fábrica de electrodomésticos y militaba cada vez más. Hacía malabares con su hijo chiquito, pero nunca se perdía ninguna asamblea ni dejaba de ayudar a sus compañeros, que era lo que más le gustaba.

Aunque Alicia y Graciela todavía no se conocían, estaban desesperadas por encontrarse: se sentían solas, preguntándose si había alguna otra mujer en la titánica tarea de ser delegada junto a cientos de varones. El encuentro ocurrió en 1995, cuando las convocaron para viajar a Chile a la reunión anual de la Federación Internacional de Trabajadores de las Industrias Metalúrgicas (FITIM) –actualmente IndustriALL–, una organización con sedes en Inglaterra, Francia, España y Rusia que representa a más de cincuenta millones de trabajadores en ciento cuarenta países en sectores industriales y cuyo objetivo es mejorar las condiciones y los derechos laborales.

Cinco mujeres de la UOM viajaron al foro sobre el trabajo de la mujer en la industria metalúrgica: Alicia, Graciela y tres compañeras más de La Matanza, Avellaneda y Caseros. Estaban felices. No solo porque era la primera vez que se subían a un avión sino porque se encontraron en la misma situación, con las mismas problemáticas. Después de Chile hubo viajes a Nueva York y Canadá, entre otros, y cada viaje era seguir afianzando la unidad de las pocas mujeres que se animaban a dar la batalla sindical. Pero nunca iban solas. El que coordinaba la comisión de mujeres argentinas era un varón.

Diez años después de aquel primer viaje juntas, las historias de Graciela y Alicia también se volvieron a cruzar. Por cuestiones políticas y peleas internas entre referentes sindicales, Graciela se desligó de la UOM durante algunos años pero volvió bajo el ala de Antonio Caló, en 2004, cuando él ganó por primera vez la conducción del sindicato. En ese mismo momento Alicia fue convocada por el secretario general de su seccional, otro emblemático de la UOM, Francisco “Barba” Gutiérrez, quien le ofreció trabajar en el sindicato. Era la pri-

mera mujer en la seccional Quilmes con un cargo de “colaboradora”, pero, a diferencia de Graciela, ella podía sentarse en las reuniones de la Comisión Directiva. Fue siempre la única mujer. Al principio era muy difícil y la descalificación hacia lo que ella proponía u opinaba era constante. Pero Alicia no cedía el espacio y asistía estoicamente a todas y cada una de las reuniones, aunque eso implicase muchas veces dejar a su hijo al cuidado de otros. Sabía que si faltaba alguna vez le costaría el doble que a cualquier varón, y tuvo que aguantar en varias ocasiones los comentarios machistas y misóginos en esa mesa larga, donde su presencia incomodaba a más de uno.

* * *

—“Tano”, estamos en el siglo XXI y vos comprando bicicletas para los pibes. Pero dejate de joder, comprales una netbook, algo más moderno.

—Bajá los humos, “Negrita”, bajá los humos.

—¿Cómo?

—Sos muy soberbia, Graciela.

—Ay, pero Caló, no estamos en los setenta, tomatelá.

Ese año, en el Día del Niño no hubo bicicletas, hubo netbooks. Pero Antonio Caló jamás le agradeció a Graciela la sugerencia.

Tras varios intentos frustrados por crear un espacio de mujeres en la UOM –porque el secretario general se los había prohibido varias veces–, en 2014 Graciela, Alicia y otras tres mujeres delegadas armaron un proyecto y se lo presentaron a Caló. Tenían que ser lo suficientemente estrategas para que el secretario general les diera su conformidad, sin levantar demasiado el avispero, o sea, sin hacerle creer que lo que verdaderamente querían era un espacio para hablar de política. Así que el proyecto contaba con la realización de capacitaciones sobre temas de salud, maternidad, prevención: todos

temas que supuestamente les interesaban a las mujeres. No lo niegan, fueron con miedo.

En su oficina privada del noveno piso en el edificio de la calle Alsina, donde funciona el Secretariado Nacional de la UOM, y donde nunca en la historia una mujer tuvo algún cargo, Antonio Caló les daba el primer visto bueno para que se pudieran reunir en esa sede. Pero tenía que consultarlo con los secretarios de las demás seccionales. El cónclave de hombres debía decidir si las mujeres podían tener su lugar. Lo lograron. Desde ese momento, se reúnen todos los miércoles en el décimo piso, no sin que el propio secretario general las pase a saludar, a controlar que todo esté en orden; y si le interesan los temas que se están debatiendo, se queda a charlar con las mujeres.

Pero lejos de la tranquilidad con la que se imaginaba encontrar Caló, muchas de las reuniones suelen ser acaloradas, como cuando Yolanda, una de las pocas mujeres de la UOM de San Miguel, contó que se tuvo que ir de su casa por las amenazas que sufría a manos de la otra facción de su propio gremio, en una pelea interna que terminó por ganar ella. Así, escuchó cómo la puerta de su casa había aparecido adornada con tres agujeros de bala.

O como cuando Graciela puso el grito en el cielo porque el propio Caló les había vetado una actividad que ya tenían pautada para el Encuentro Nacional de la UOM en Mar del Plata. No solo terminó pidiéndoles disculpas, sino que se comprometió a invitarlas a cenar al lugar que quisieran en La Feliz. Ellas no lo dudaron: un buen restaurante de mariscos en el puerto.

El temor que muchas tenían al ingresar al Secretariado Nacional, y frente a la presencia de Caló, se fue disipando; e más, se animaban a discutirle y a mostrar alguna diferencia política. Incluso, no dudaron en señalarle que les había molestado una declaración suya, previa a las elecciones de medio término de 2017, en la que aseguraba: “No voy a votar a una

mujer”. Si bien él les aclaró que habían sacado sus declaraciones de contexto y que se refería pura y exclusivamente a la candidata a senadora Cristina Fernández de Kirchner, ellas lo instaron a que públicamente hiciera esa aclaración. Así lo hizo en el siguiente Congreso Nacional, también en la ciudad de Mar del Plata, ante cientos de delegados de todo el país.

Una pequeña batalla, simbólica, pero ganada.

El uniforme menos pensado

El 29 de noviembre de 2017 el centro porteño explotaba. La Corriente Federal de los Trabajadores que conforman la CGT, la CTA y el gremio de Camioneros convocó a una movilización en la Plaza de los Dos Congresos en contra de la triple reforma –laboral, jubilatoria y tributaria– que el gobierno planeaba votar en la Cámara de Diputados unas semanas después.

El escenario se había instalado sobre la avenida Entre Ríos, pero la Seguridad hacía imposible siquiera pasar del otro lado. Claudia, que alcanza el metro sesenta de estatura, es la secretaria de Género y Derechos Humanos del gremio de Curtidores y había llegado temprano porque era parte de la organización del acto. Pero en esa jornada ella estaba dando su propia batalla arriba del escenario.

Los días previos se había encargado de armar el guión para los locutores, que serían dos varones. Había sido muy enfática con uno de ellos: “Te pido por favor que cuando hables digas

los trabajadores y las trabajadoras, y cuando presentes a los secretarios generales también digas las secretarias generales, porque también va a haber mujeres arriba del escenario”. Pero esa mañana a uno de los dos locutores –por esas típicas internas y peleas de cartel entre machos– lo bajaron de la locución. Claudia decidió ponerse a un costado del escenario, no sin antes discutir con un hombre de dos metros de altura perteneciente al gremio de Camioneros que oficiaba de Seguridad.

—Acá vienen todos y dicen que son locutores, dan órdenes, no vas a poder subir —la frenó en seco el hombre con la pechera.

—Claro, como soy chiquita no doy camionera ¿no?

Claudia esperó a que el hombre se despistara y subió igual. Quería controlar que el locutor siguiera las órdenes que había dado. Pero, para su sorpresa –o en realidad no–, le dio la bienvenida a la plaza solo a los trabajadores varones.

—¡Bienvenidos a esta Plaza a los trabajadoreeeeeeeeeeeeees!

Claudia no lo dudó. Estaba harta. Se acercó y le sacó el micrófono de la mano.

—¡Y bienvenidas a las trabajadoraaaaaaaaaaaaaas a esta Plaza, en la que decimos No al Ajuste! Ajusteee, ajusteee las pelotaaaaaaas. A ver compañeros y compañeras, que están llegando de todos lados colmando esta Plaza.

Ya no había dudas. Claudia Lázzaro se había convertido en locutora de uno de los actos más emblemáticos del momento –después lo sería, también, de la marcha del 21 de febrero de 2018 encabezada por Hugo Moyano–, y lo había logrado únicamente por su tenacidad. Así, en un escenario de alrededor de cien personas, ella se convirtió en la séptima mujer arriba del tablón. La desproporción visual era impactante, pero su voz logró menguar el efecto histórico.

Claudia está acostumbrada a moverse en un ambiente de varones, donde suele ser la única mujer. Así lo hizo desde los

12 años, cuando en la Escuela Técnica a la que asistía había tan solo un puñado de mujeres que podían contarse con los dedos de una mano, o cuando entró al equipo de fútbol del Club Argentino Atlético de Ituzaingó.

Por mandato familiar –su padre tenía un taller mecánico–, ella debió aprender un oficio para poder trabajar. Así fue como se destacó en las clases de electricidad y mecánica, aunque sorteando los escollos de los compañeros y profesores a quienes les parecía estar viendo al mismísimo diablo vestido de mujer, en aquellas clases destinadas a bujías, fusibles y cálculos de voltaje.

Corría el año 1992 y la nueva reforma de la enseñanza ponía a la comunidad educativa en pie de guerra. A Claudia le afectaba directamente, porque desaparecía la educación técnica. Entonces se acercó al centro de estudiantes. Pero debido a la presión que recibió por ser la única mujer que militaba, decidió realizar su quinto año en otro colegio. Tampoco se quedó de brazos cruzados, y no solo terminó presidiendo el nuevo centro de estudiantes sino que armó una coordinadora de estudiantes secundarios de Morón, Hurlingham e Ituzaingó.

Claudia empezó a tener conciencia social y los asuntos de la política y la militancia le fueron interesando cada vez más. Eso sí, en su casa no decía nada. A sus padres y hermanos no les gustaba que anduviera en esas reuniones. Como miembro de la Coordinadora se enteró de que habían echado a trabajadores de la Municipalidad de Ituzaingó, y que estos habían instalado una olla popular en la plaza central. Claudia pasaba diariamente a llevar no solo su solidaridad como referente estudiantil, sino que participaba de festivales, hacía colectas para que los trabajadores tuvieran plata y llevaba donaciones de alimentos. Los trabajadores que pertenecían al gremio de ATE (Asociación de Trabajadores del Estado) empezaron a ver a esa chica de 17 años como una persona que les podía ser muy útil. Era activa, predispuesta y trabajadora. Por eso le ofrecieron que colaborara con el sindicato como secretaria. Dijo que sí, sin dudarle, y empezó a formarse en el sindicalismo

sin siquiera tener noción de que participaba en reuniones con figuras de renombre en la historia del sindicalismo argentino. Otra vez, Claudia era la única mujer en esos convites.

* * *

El 2001 le llegó como una trompada. Había sido mamá de Lautaro y Camilo en un lapso de tres años y se había mudado a Avellaneda. Ya militaba en el Frente Grande, motivada por “Chacho” Álvarez, y hacía trabajo social en los barrios más humildes del Conurbano. Pero después de los piquetes y la cacerola, después del helicóptero y los cinco presidentes en una semana, tuvo una crisis y dejó de militar. Un escepticismo la invadió por completo y su vida pegó un giro de ciento ochenta grados. Su hermana trabajaba en una financiera, había un puesto vacante y la hizo entrar. Claudia quería cambiar su vida por completo, ganar plata, cuidar de sus hijos, alejarse del mundo de la política, de la militancia. Pero cuando uno lleva el sentido social casi en su ADN es difícil despegarse de ello.

Empezó a trabajar como vendedora, algo que le resultaba fácil. Tenía que visitar comercios de Florencio Varela, San Francisco Solano y Lomas de Zamora, y vender tarjetas de crédito. Ese trabajo –una suerte de promotora– lo hacían solamente mujeres. La explicación era obvia: hay una división sexual del trabajo que ubica a las mujeres en tareas que reproducen los lugares objetualizados. Por caso, el uniforme de trabajo era una pollera por arriba de las rodillas y una camisa. Y, por supuesto, había que maquillarse.

Los primeros encontronazos con su supervisora tuvieron que ver con esto. Ella no se sentía cómoda ni usando la pollera por arriba de las rodillas ni maquillándose. Pero la jefa fue tajante y le entregó una suerte de circular obligatoria de la empresa. Cuando Claudia la vio, no podía creerlo. Textualmente decía que “las mujeres debían ponerse rubor en caso de ser muy blancas y medias de nylon si tenían pata de gallina”,

esto era, o ser muy blanca o tener pelos. Claudia tuvo que acatar. Ponerse rubor y medias de nylon. Independientemente de su *look*, empezó a vender más de lo que las metas de la empresa le pedían y rápidamente la ascendieron a supervisora de ventas y comercios. Tenía cincuenta mujeres a cargo, es decir que, en términos empresariales, representaba a la patronal. Pero a contramano de lo que hubieran esperado de ella, comenzó a tejer un vínculo con las chicas en el que funcionaba más como una delegada sindical.

En primer término, y sin que los dueños se enteraran, les dejaba usar pantalones en invierno. Pero luego llegó otro insólito pedido de la empresa: le exigían a Claudia que empleara a madres solteras jóvenes y que no estudiaran. Cuando pidió explicaciones por la ridícula solicitud, le respondieron sin tapujos: asumían que eran chicas modositas y que, como eran jefas de hogar, no había posibilidades de que eventualmente iniciaran ningún tipo de reclamo; es más, se suponía que aceptarían cualquier condición con tal de conservar su trabajo. Pero nuevamente ella hizo caso omiso al pedido y, por el contrario, empezó a tomar chicas que sí estudiaban. El resultado estuvo a la vista: las ventas de su sección se triplicaron. Claudia le estaba haciendo ganar a la empresa miles y miles de pesos.

A la prerrogativa de poder ir en pantalón, se sumaron los días de estudio. Por supuesto que también eso se daba sin consentimiento de los jefes, y Claudia se encargaba de cubrir a las chicas que se los tomaban para que nadie se diera cuenta. Pero sabía que, en algún momento, esa tensa cuerda implícita que existía se cortarían de mala manera. Así sucedió. El motivo, una vez más, tenía que ver con la cosificación de la mujer. Una de las empleadas había engordado y ya no le entraban los uniformes que mandaba a hacer la empresa. Claudia elevó el reclamo de su empleada a su supervisora para que pudieran hacer un talle más grande. El mail que recibió, aún hoy, casi diez años después, lo conserva: “Claro000000... así de generosa que sos

no me dan los números... que lo parió!!!!... me fijo qué tengo y te mando... y *Gergudakis* XXXXXXLLLLLLLLLLLLLLLL, no tengo nada, que se pruebe XL de varón a ver si le van, y si no que use un tapado de ella, basta de gastar plata en esa piba que encima es desprolija y descuidada... si no le va que use algo de ella, tapado no le compro... besos”.

Pero no fue el único mensaje de ese tipo. La supervisora se despachaba contra todas en cada mail que le enviaba a Claudia: “Chicas, los uniformes no tienen ni seis meses y ya hay algunos que son un *desastre*!!!!!! Los blazer no se meten en el lavarropas!!!!!!!! Es un traje y los trajes se mandan a la tintorería!!!! El costo de los blazer es de \$160 y estoy *cansada de perdonarles la vida*. No hagan que se los empiece a descontar porque al final siempre las termino perdonando... pero la verdad ya me tienen *cansada*. No puede ser que *no sean prolijas... Son mujeres*!!!!!!!!”

Otro: “Calculo que a esta altura todas han recibido las camisetas de verano... Comenzamos a usarlas a partir del día *lunes 2 de noviembre de 2009* junto con la pollera. Mis amores... tema *calzados*... yo sé que hace mucho calor... que salen cayitos, que los pies transpiran, etcécccc, etcécccc. Pero encarecidamente les pido, no hagan salir a la bestia que hay en mí... creo que el uniforme es lo suficientemente bello para tener unos lindos zapatos y/o zuequitos... *Pero noooooooooooooo pero nooooooooooooo ojotas*!!!!!! *Se los pido por favor*!!!!!! Por más que sean de Ricky Sarkany *son ojotas*!!!!!! *Y quedan mal*!!!!!! Serán divinas para un domingo a la tarde, no para el uniforme, eviten que me ponga de mal humor y se los diga de mala manera, por favor!!!! Las que usan medias por favor que estén *sanas*, las que no usan medias traten de tener las piernas con un poco de color sino es preferible que usen medias... *Las polleras*!!!!!! *Ojito con los dobladillos, la pollera debe estar a la rodilla, no sobre, ok!!* Y lo de siempre *nada, pero nada de ropa de color debajo de las camisas*, los corpiños rojos déjenlos para una noche de amor... Besos”.

Claudia estaba anonadada, el machismo y la cosificación venían de otra mujer y creía que ya había superado todos los límites. Hizo una reunión con las cincuenta chicas y leyó el mail. Algo tenían que hacer y ese algo debía ser en forma colectiva. Volvió a juntar a las chicas y les dijo que iba a mantener una reunión en el sindicato de Personal Jerárquico de Comercio. No tardó más de una semana en afiliarse y se convirtió en delegada en la financiera. Ella había jurado que nunca más iba a militar. Se había equivocado. Empezó a recibir llamados de su hermana que, entre llantos, del otro lado del teléfono, le reclamaba: “¿En qué te estás metiendo, Claudia? Lo único que te pedí cuando entraste era que no te sindicalizaras. Me está llamando el dueño y me está apretando”.

Al poco tiempo varias de las chicas comenzaron a afiliarse al sindicato. Se reunían en bares –porque el clima dentro de la financiera era cada vez más hostil– y pensaban de qué manera reclamar que se cumpliera con el convenio colectivo de trabajo. Mientras tanto, Claudia logró que redujeran la jornada laboral de ocho a cuatro horas, o sea que hubiera dos turnos, que las chicas que estudiaban pudieran pedirse los días correspondientes por exámenes y, lo más importante, empezaron a tomar a varones para hacer la misma tarea que hasta ese momento solo hacían las mujeres. En contrapartida, todo se volvió una pesadilla dentro de la financiera: empezaron a quitarle tareas y personal. Pero ella decidió focalizarse en la acción gremial y la militancia dentro de Jerárquicos de Comercio. Empezó a participar de las reuniones de la Juventud Sindical, dejó la financiera y se abrió una mutual de servicios en la que vendía paquetes de turismo y préstamos. Pero su foco estaba puesto en la militancia y se convirtió en secretaria de Formación Política del Consejo de Juventud del Partido Justicialista de la Provincia de Buenos Aires. Ya corría el año 2015 y los rumores de que una mujer se destacaba entre los varones llegaron a oídos de Walter Correa, el secretario

general del gremio de Curtidores, quien la invitó a un plenario y le ofreció que diera capacitaciones sobre las elecciones. Así fue como Claudia ingresó por primera vez a la mítica sede del sindicato en la localidad de Avellaneda, una donación de la mismísima Eva Perón.

* * *

Sentada en su oficina del segundo piso del sindicato, con su uniforme –el buzo con la inscripción “Walter Correa Conducción”, jean y ojotas, lejos de la pollera por la rodilla, las medias de nylon y la explícita prohibición de usar ojotas–, Claudia dice que cuando conoció a Correa no podía creer que él fuera el secretario general. “Él andaba en ojotas, jean y remera, yo tenía la imagen de que los sindicalistas andaban en camisa y saco, como la patronal”. Empezaron a tener un buen vínculo y Walter le dijo que quería que ella se sumara al sindicato, que le gustaba su forma de trabajar y hacer política. “Yo siempre que venía preguntaba dónde están las mujeres en el sindicato, y me respondían que estaban asignadas a tareas administrativas o temas vinculados a la obra social, ninguna hacía política verdadera. En las primeras marchas a las que iba con los compañeros no sabés cómo me miraban, me decían que qué hacía ahí. Porque al principio eran todos varones, y yo”. Ahí empezó la tarea de Claudia, la de visibilizar a las mujeres curtidoras. Porque, así como estaban invisibilizadas en el sindicato, también lo estaban en las fábricas. “Yo les preguntaba a los delegados si había mujeres trabajando en las curtiembres, y la mayoría me decía que no o que no sabían. Entonces empecé un trabajo de relevamiento con el que aún continúo”. Hoy en día, del total de los trabajadores, solo un 2 por ciento son mujeres.

Claudia afirma que Walter Correa no solo la respeta sino que la manda a reuniones que exceden su función como secretaria de Género y Derechos Humanos.

En 2017, en el Segundo Encuentro de Mujeres Sindicalistas que se llevó a cabo en Exaltación de la Cruz, en el predio de los Curtidores, hubo algo que llamó la atención y suscitó alguna que otra mirada entre las presentes: pese a que era un encuentro de mujeres, quien abrió esa jornada fue Walter Correa. La costumbre sindical indica que la bienvenida la da el dueño de casa. En su oficina, en el tercer piso del sindicato, Claudia reflexiona:

—Nosotras lo discutimos mucho, e incluso yo lo discutí mucho con Walter. Pero sabés qué, yo fui la que le pedí a él que abriera. Porque ese encuentro lo va a abrir una mujer cuando lleguemos a ser secretarías generales. Y si por una cuestión de género o de cupo vamos a romper una tradición sindical es que no estamos dispuestas a dar la verdadera batalla, que es la del poder real.

CAPÍTULO SIETE

Una cartonera en Nueva York

Es julio de 2017 y Jackie está sentada en la cabecera de la mesa. Es mediodía y hay fideos con estofado. En el local de Córdoba y Carranza –pleno Palermo Hollywood–, los cartoneros estacionan sus carros y entran a almorzar. Cada vez que entran le van a dar un beso a Jackie, que responde a todos con un “hola papi”, “hola mami”, mientras le sigue poniendo queso rallado a la comida que cocinó “el Negro”. “¿Qué es eso de que le prohibís venir a tu compañera?; sí, a vos te hablo”, le reprocha a uno, y luego levanta el tono: “Y vos, ¿qué sos?, ¿la recepcionista de los cartoneros, que tenés que avisar a todo el mundo cuándo llueve? No, no es así esto eh, no es así”.

Afuera hace frío y ella está con una campera azul del Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE), la piedra basal de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP), lisa y llanamente, el sindicato que nuclea a los trabajadores precarizados. Hoy, Jackie es la secretaria adjunta de la Capital Federal de CTEP. Es la única mujer dentro del Secretariado Nacional.

Tiene el pelo prolijamente lacio, fruto de alguno de esos productos químicos con formol que hacen una suerte de magia negra capilar, y las uñas color crema, bien limadas y emparejadas. Tiene 48 años, pero no parece.

Son las 3 de la tarde y afuera estaciona un camión.

—A ver, algunos compañeros solidarios que vayan a bajar la mercadería del camión por favor.

Casi todos se levantan de la mesa a ayudar, saben que, si se los pide la mismísima Jackie, la que los organiza y contiene, tienen que hacerlo. Ella termina de comer y lleva su plato a la cocina. Cuando camina, arrastra los pies; es por haber cargado durante tantos años el carro en el que llegó a transportar hasta trescientos veinte kilos. Trae un trapo a la mesa para limpiar, pero aclara que no puede escurrirlo. Esa es otra de las secuelas que le dejó haber sido cartonera: no tiene fuerza en las manos.

Cuenta que está muy nerviosa porque sacó pasajes a Nueva York en cuotas, para ir a visitar a una de sus hijas, que está viviendo allá porque se ganó una beca de estudio en comedia musical y hace varios meses que no la ve. Y también cuenta que ni en sueños se imaginó que sus hijos pudieran estudiar y trabajar de lo que les gusta.

* * *

A los 9 años, Jackeline Flores sabía que tenía una hermana más grande en Buenos Aires que era su salvación. No la veía hacía mucho tiempo y casi ni se acordaba de su cara. Pero, como fuera, tenía que escapar de Córdoba. Había denunciado a su mamá por alcohólica y violenta, aunque se rompiera el lomo veinticuatro horas cosiendo para darle de comer a sus hijos, tras ser abandonada por su marido. El camino a Buenos Aires fue largo. De Córdoba se fue a Santiago del Estero, donde vivió unos años, y a los 14 tomó la decisión de viajar a la Capital en busca de protección: es decir, de su hermana. Lo que nunca imaginó es

que tardaría dos años en encontrarla. Apenas llegó a la Estación Once conoció a Mónica y a “Pato”, dos prostitutas que la adoptaron, la cuidaron y la protegieron. Pasó con ellas muchas aventuras, pero jura que ella nunca en la vida se prostituyó. Una tarde, y después de haberla rastreado cual detective, en la esquina de Corrientes y Federico Lacroze, frente a la pizzería Imperio, estaba su hermana vendiendo medias y bombachas.

El reencuentro, lejos de ser emotivo y con cuotas telenovelescas, resultó difícil. Pero Jackie empezó a aprender el arte de vender en la calle y todo lo que eso implicaba. Vendía en trenes, colectivos e infinidad de esquinas todos los productos imaginables: medias, bombachas, remeras y shorts; sahumerios y velas –pensaba que podía funcionar por la cercanía al cementerio–; bijouterie, papeles de regalo –sobre todo en la época de navidad–, y también hubo momentos en los que Jackie se volvió experta en voltios porque vendía enchufes.

En la calle, Jackie se curtió. Aprendió qué era la violencia institucional cada vez que la policía la llevaba detenida y también aprendió el rebusque, el chamuyo; aprendió a tener plata solo para ir a comprar un *pack* de doce medias y venderlas, a viajar hasta los países limítrofes para conseguir mercadería más barata. Pero, en especial, aprendió una cosa que la llevaría como un mantra para el resto de su vida: aferrarse a la cultura del trabajo para no tener que salir a robar, ni prostituirse, ni caer en la droga o el alcohol. Todo eso que tenía tan al alcance de la mano.

A los veintipico, en plena década de 1990, con dos hijas chicas, una *razzia* policial en la zona de Chacarita le llevó hasta la última media. Se había quedado sin mercadería, sin su fuente laboral. Ya no tenía dinero para volver a hacer una compra porque tenía que racionar lo poco que le quedaba para conseguir la comida para sus hijas. Su lugar de trabajo iba a seguir siendo la calle, no tenía estudios ni perspectivas. Tenía que volver a hacer algo; así que empezó a observar con otros ojos a esos hombres que llevaban carros con cartones. Averiguó cómo era, dónde se vendía, cuánto le daban por el kilo

de cartón. Una tarde, fue al supermercado y, sin que nadie se diera cuenta, se robó un changuito.

Al día siguiente, después de dejar a sus hijas en el jardín, lo agarró. Apenas se paró frente al primer tacho de basura le pasó por la mente toda su vida, como un *flashback*, como una película. Lo único que sabía en ese momento era que si metía la mano en el tacho de basura sus hijas comían. No le quedaba otra. Respiró profundo y metió la mano.

* * *

Jackie tiene fotos de esa época, de cuando tenía 27 años, cartoneaba y parecía de 60. Se vestía con ropa holgada porque no quería ser “provocativa” y tener que enfrentarse a alguno que pudiera acercarse con alguna otra intención. Tenía la mirada afinada, sabía observar quién era quién después de tantos años de trabajar en la calle. Sabía si alguien estaba drogado o alcoholizado. Sabía cuándo la policía tenía ganas de recibir un “vuelto” o llevarla a la comisaría. Todavía recuerda el día en que se la llevaron y no tenía cómo avisar al jardín de las hijas que no iba a poder ir a buscarlas. Cuando la dejaron libre, a las 8 de la noche, las nenas estaban ahí, esperándola, sin chistar. Siempre supieron que el trabajo de su mamá era así. Jackie dice que, por suerte, son registros que a sus hijas no les quedaron. O eso piensa ella.

Esos años como cartonera estuvieron sellados por conocer gente en la calle, por curtirse para sobrevivir, por enamorarse y desenamorarse, por parir más hijos, por confiar y decepcionarse, por no poder verse en el espejo, por tener la mirada perdida y sin chispa, por luchar contra el prolapso —la enfermedad que, por definición, implica el descenso de uno o más órganos de la cavidad pélvica hacia el exterior como consecuencia, entre otras cuestiones, de levantar o transportar pesos elevados—, por tener las uñas cortitas y rotas de revolver basura con caca, por llorar cada vez que se ponía crema en las manos secas y llenas de cicatrices debido al fierro del carro.

En ese infierno, un destello de luz se abrió cuando le dijeron que había una cooperativa, El Ceibo, que funcionaba como un centro verde donde se hacía el acopio de los desechos. Eso le implicaba dejar el carro, al menos por un tiempo. Su tarea ahí dentro era controlar la carga y descarga de la mercadería. Aprendió el concepto y la importancia del reciclado, aprendió de números, cómo funciona una cooperativa y lo que implica el trabajo colectivo.

Cuando su hija mayor entró al secundario, le planteó a su mamá que ella también debía hacerlo. Jackie no tenía infraestructura para hacer todo: levantarse a la madrugada para ir a trabajar, llevar y traer a los más chicos de la escuela, cocinar. Pero sus hijas la encararon.

—Mamá, si te anotás en una escuela nocturna, nosotras cuidamos a los hermanitos.

Por tres años, sus hijas mayores se convirtieron en su principal sostén. Jackie terminó el secundario en una escuela nocturna.

Durante su trabajo en El Ceibo conoció a varios choferes que pertenecían al MTE. Tiempo después, vio en el noticiero a un pibe hablando de ese mismo espacio trepado a un mástil en una manifestación. Lo rastreó y dio con el pibe: Juan Grabois. Le contó que era cartonera hacía varios años, que después había pasado por una cooperativa, y le dijo que quería participar del MTE. Juan le respondió que estaban por inaugurar el primer centro verde en el Bajo Flores y que le ofrecía a ella ser la responsable de aquel espacio. En 2008 Jackie Flores empezaba un camino de lucha, trabajo y militancia dentro de una de las organizaciones más importantes del país.

* * *

Es octubre de 2017 y Jackie está sentada en la punta de la mesa. Son alrededor de quince personas. Varios de ellos, cartoneros de San Nicolás, provincia de Buenos Aires, llegaron al local

de Palermo para escuchar una capacitación sobre promotoras ambientales. Pero antes de que eso suceda, escuchan a Jackie. Entre cigarrillo y cigarrillo, mates y medialunas, ella les habla como si fuera la DT de un equipo que está por salir a la cancha: “Acá empezamos siendo cuatro promotoras sin cobrar un puto peso. Acá no se administra la pobreza de nadie; la responsable del Gobierno de la Ciudad, nuestra interlocutora, es una rubia cheta que no entiende nada. Acá nos podemos mirar a la cara y yo me siento rezarpada con eso. Acá no permitimos vagos. No hay que renegar que somos una cooperativa cartonera”. Hombres y mujeres son pares en el mundo cartonero y el compañerismo en la labor diaria es moneda corriente. Sin embargo, el esfuerzo físico que implica levantar un carro de tales características durante doce horas repercute más sobre las mujeres que sobre los varones.

En el año 2006 se sancionó la Ley de Basura Cero, que en rigor implica reducir la cantidad de residuos que se depositan en los rellenos sanitarios del Gran Buenos Aires, destinando un porcentaje cada vez mayor al reciclado. Desde ese entonces, las cooperativas de cartoneros militan fuertemente para que esto se aplique, ya que aún sigue sin ponerse en práctica en varios lugares, pese a que ya pasaron más de diez años de su sanción. En los argumentos de la ley se insta a que “se intente poner a disposición de los vecinos las herramientas necesarias para hacer una adecuada separación de los residuos, fortaleciendo así los lazos de solidaridad y respeto con los trabajadores. El proyecto profundiza el rol social y ecológico de los cartoneros que todos los días en la Ciudad de Buenos Aires reciclan más de 700 toneladas de basura evitando su enterramiento y la contaminación”.¹⁹

19. “Presentación de proyecto de promotoras ambientales”, en portal de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CETEP); disponible en línea en: <<http://ctepargentina.org/presentacion-de-proyecto-de-promotoras-ambientales/>>. Sobre el inicio de la actividad de las primeras plantas de separación de residuos ver Videla, Eduardo, “Cartoneros rumbo a la Basura Cero”, en *Página/12*, 18 de enero de 2006; disponible en línea en: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-61828-2006-01-18.html>>.

Pero Jackie le dio una vuelta de tuerca en el 2014. Junto a varios compañeros y compañeras del MTE y de la Federación de Cartoneros y Recicladores, presentaron el proyecto de ley para crear el Registro de Mujeres Aspirantes a Promotoras Ambientales, con el objetivo de convertir a las mujeres cartoneras en promotoras de concientización en materia de reciclaje, separación de residuos y demás ítems dentro de la Ley de Basura Cero.

Ella sabía, en primera persona, por qué era importante que las mujeres dejaran el carro. Tenían que trabajar desde otro lugar porque no les daba más el físico y aportar desde la palabra, explicando por qué es importante la separación en origen. Porque revolver la basura no es grato para nadie. Jackie dice que lo más grave con lo que se topó fue materia fecal, pero existen historias de cartoneros que sacaron bebés muertos. El rol de promotoras les permitió, principalmente, reencontrarse con la mujer que cada una quiere ser. Jackie les insiste mucho a las chicas para que se vean lindas, que se arreglen el pelo y se pinten las uñas.

En un rato va a empezar la capacitación que darán algunas de las promotoras ambientales. Jackie está orgullosa y saca fotos con el celular. Ellas tienen su uniforme y se ven muy lindas. Les dice que se paren bien, erguidas. La charla es en el subsuelo del local, donde funciona el primer bachillerato popular para cartoneros. Antes de que las chicas empiecen con su Power Point, Jackie dice: “Los compañeros varones son presentados en los medios como la escoria de la sociedad. Si tienen gorrita piensan que son chorros, los estigmatizan. En cambio, a las mujeres nos abren la puerta. A los varones, no. Nosotras tenemos la responsabilidad de reivindicar el mundo cartonero. En este rol de promotoras ambientales pudimos rever la mujer que queremos ser. Nos empezamos a revalorizar. Somos la cara del mundo cartonero”.

CAPÍTULO OCHO

De la tierra venimos y hacia la tierra vamos

María Elena todavía se acuerda cuando su abuelo, el papá de su papá, llegaba con la cara toda negra y a ella le costaba un rato reconocerlo. Eran los años sesenta y Don Isasmendi bajaba al socavón en alpargatas y un trapo en la cabeza como única protección. Después, su padre hizo lo mismo. También se acuerda cuando su abuelo tuvo un accidente en la falange y le tuvieron que amputar el dedo, lo que derivó en un *continuum* de enfermedades que duraron cuatro meses hasta su temprana e inesperada muerte.

Los varones de la familia Isasmendi trabajaron desde los 16 años en la mina de Farallón Negro, en el departamento de Belén, en la provincia de Catamarca. María Elena y sus nueve hermanos nacieron en ese campamento sin conocer otra cosa que no fuera la mina. Vivían en una casa de barro y piedra con una cocina y una sola habitación en la que dormían todos juntos. El baño quedaba afuera.

Para los catamarqueños de clase baja no había otra posibilidad para trabajar. Los varones en las minas y las mujeres cuidando a los hijos o en la parte de maestranza. María Elena y sus hermanos iban a la única escuela dentro del campamento, en la que había una sola maestra. Pero a los 11 años, como el sueldo del padre no alcanzaba para mantener a toda la familia, decidieron que la hija mayor se fuera a la ciudad de Catamarca. Era la única opción que tenían para que pudiera continuar con sus estudios; pero, sobre todo, era la única salida que tenían para no mantener a tantos hijos.

María Elena, por primera vez en su vida, con 11 años, salía de Farallón Negro y no sabía cuándo volvería. Una familia había aceptado darle casa y comida a cambio de que ella ayudara en las tareas del hogar y en lo que necesitara su patrón, dueño de una imprenta. Así, terminó la escuela primaria y empezó la secundaria mientras ayudaba en los quehaceres domésticos. Durante esos años vio apenas dos veces a su familia. Las distancias eran muy largas y ninguno tenía plata para hacer semejante viaje. María Elena estaba completamente sola, pero contenta. Le gustaba la vida de la incipiente adolescencia que empezaba a llevar. A los 15 decidió abandonar la casa en la que la habían albergado e irse a vivir a una pensión. Consiguió trabajo como repositora en un supermercado. De camino al trabajo descubrió una academia en la que enseñaban dactilografía y se inscribió, además de ir cada noche a la secundaria. La vida de María Elena era mucho más de lo que ella y sus padres hubieran pensado.

Se imaginaba progresando y cada vez se alejaba más aquel recuerdo que de tanto en tanto se cruzaba por su cabeza: su abuelo con toda la cara negra. Y, quizás por eso, por pensar en su abuelo y en su padre, y en las condiciones en las que ellos trabajaban, comenzó a ver cuáles eran sus propias miserias como trabajadora. Su jornada laboral era de diez horas reponiendo productos en las góndolas. Casi no tenían momentos de descanso; esto, combinado con las altísimas temperaturas típicas de esos

lares, se volvía un combo letal. Por supuesto que no estaba regularizada y el sueldo era mucho menor al que le correspondía.

Así que María Elena empezó a comentar entre sus compañeros que algo tenían que hacer, que no podían seguir trabajando en esas condiciones. El dueño del supermercado la tenía bien identificada. Sabía que era ella la que generaba revuelo entre los trabajadores. Por eso, cuando llegó una inspección de la Secretaría de Trabajo y lo instó a pagar una multa por las enormes irregularidades que tenía el comercio, apuntó directamente a María Elena como responsable de aquella denuncia. La despidió. Con 16 años, ella había sido responsabilizada de algo que no había cometido. No solo comprendía que se trataba de un acto de injusticia sino que no podía darse el lujo de quedarse sin trabajo.

Como todo en su vida, se hizo cargo, averiguó y llegó a las puertas del Ministerio de Trabajo y denunció, ahora sí, a su otrora patrón por haberla echado sin justificativo. No le fue fácil, sobre todo porque el dueño del supermercado se encargó de infundirle miedo bajo amenazas de muerte. Pero María Elena siguió adelante y logró ganar el juicio: el hombre le tuvo que pagar una importante suma de dinero por haber empleado a una menor, y en negro. Sin saberlo, esa fue su primera batalla sindical.

María Elena vivió unos años con la plata del juicio mientras terminaba la escuela secundaria, pero a los 18 quedó embarazada. Buscó trabajo, pero nadie contrataba a una mujer que en pocos meses entraría en licencia. Así que apenas nació su hija, Lorena, llamó desesperada a su mamá.

—Lo único que te puedo ofrecer es que vengas acá, a la mina, y vemos qué te podemos conseguir. Yo puedo hablar con alguno de los patrones y, por ahí, podés ayudarme a mí en la cocina o en la limpieza.

María Elena y Lorena, con apenas veintiséis días de vida, se tomaron un micro y se volvieron a Farallón Negro. Después

de siete años lejos del olor a tierra, su vida en la mina volvía a empezar. O, mejor dicho, la minería nunca volvería a irse de su vida.

* * *

“Ellos extraerán de las entrañas de la tierra la riqueza que nos hará un país más justo”, sostuvo Evita Perón, luego de visitar Mina Aguilar, en la provincia de Jujuy, en 1951. La fotografía que retrata esa visita, y que está en casi todos los despachos de la Asociación Obrera Minera Argentina (AOMA), es muy elocuente. Con un trajecito y su clásico rodete, la “abanderada de los humildes” está con una sonrisa rodeada de trabajadores mineros, con sus cascos de linterna en la cabeza. Por eso, Evita fue tan importante para que dos años después, el 28 de octubre de 1953, se llevara adelante el Congreso Nacional de Trabajadores Mineros y se diera por inaugurado el sindicato único; allí comenzó una nueva etapa con relación a los derechos que tenían los trabajadores de una de las tareas más esclavizadas. Sobre todo, porque los afiliados pertenecían a las poblaciones más humildes en los lugares más inhóspitos del país. Como los Isasmendi, en Farallón Negro.

Cuando María Elena volvió en 1977 con Lorena en brazos, entró a trabajar como auxiliar administrativa en el hospital de la mina. En ese momento, las mujeres solo podían estar en trabajos administrativos, en los laboratorios o en maestranza; aún faltarían más de veinte años para que pudieran entrar al socavón o manejar las máquinas. Así que María Elena, al igual que en el supermercado, también estaba atenta a las injusticias personales y las de sus compañeros. Otra vez se ganó el odio de los jefes, por lo que durante varios años la fueron trasladando a diferentes áreas, hasta que terminó como analista en el laboratorio metalúrgico de la mina, a principios de la década de 1990. Para esa altura ya había formado su familia.

Había conocido a su entonces marido –que tenía cargo de técnico jefe– y habían tenido más hijos.

Por primera vez, parecía conforme con su lugar de trabajo dentro de Farallón Negro. Pero tampoco se quedaba callada, sobre todo con uno de los jefes más abusivos y opresor –maltrataba a empleados, les bajaba el sueldo porque sí, echaba gente sin causa–. Ella había propuesto redactar una carta a los directivos de la empresa contando esas perversas actitudes. La carta circuló entre los trabajadores y nadie dudó en poner la firma. Al regresar de sus vacaciones, lo habían echado.

Desde ese momento, María Elena comenzó a ser consultada por todos: desde pedirle que les redactara cartas hasta buscar en ella algún consejo laboral. Sin querer, se había convertido en una delegada *de facto* sin serlo en los papeles. En esos años y durante algunos períodos había sido electa como delegada formal, pero el vínculo con el sindicato no era tan fluido ni tan bueno. Los años noventa y el colapso de 2001 marcaron a fuego el trabajo en la mina y el de María Elena que, entre la crisis y la proliferación de su familia –ya eran seis integrantes–, se corrió de la tarea como delegada. En Farallón Negro hubo cientos de despidos, meses sin sueldo y mucho enojo con el sindicato.

Pero en 2004, cuando la situación económica, política y social comenzó a encaminarse, los compañeros le insistieron para que fuera delegada; incluso le propusieron que se convirtiera en secretaria general. Lo pensó semanas y semanas, lo consultó con su marido y tuvo su apoyo. Para ella, en ese momento, eso era importante. Sus hijos todavía eran muy chicos y sabía que, si decidía dedicarse a la tarea gremial, necesitaba un respaldo.

Se presentó a elecciones y ganó. Por primera vez en la historia, desde el 28 de octubre de 1953, una mujer se convertía en la secretaria general de toda la provincia de Catamarca, incluyendo la mina Farallón Negro, La Alumbra y

las demás canteras de menor escala, representando a más de 2.500 trabajadores.

* * *

En la primera asamblea que le tocó presidir le temblaba todo, incluso cuando llevó adelante el primer paro como secretaria general en 2005. Pero a medida que pasaba el tiempo se iba afianzando en su rol, sin que ello implicara dejar de sortear escollos, muchos de ellos por ser mujer. La sensación de que le tomaran examen cada vez que se sentaba en una mesa paritaria o tenía que mediar por algún conflicto era moneda corriente.

Cada día, a las 9 de la mañana, ya estaba en el sindicato y no volvía a su casa hasta las 10 de la noche. Ya no tenía tiempo para cocinar, entonces llevaba para la cena en su casa las viandas del mediodía que daban en el comedor de la mina. Su marido, que a su vez era de la “patronal”, ya no estaba tan a gusto con que ella no estuviera en la casa. “¿Pensás venir a dormir o dormís en el sindicato?”, le decía del otro lado del teléfono. Además, María Elena empezó a viajar por todo el país para ver la situación de otras mineras y cada vez más a Buenos Aires para los Congresos Nacionales. Le encantaba su labor, sentía que tenía cada vez más respaldo entre sus compañeros, aunque cada vez menos de su marido.

En 2008, el secretario general del sindicato, Héctor Laplace, le ofreció ser secretaria de Acción Social del gremio. Por primera vez, una mujer ocuparía una secretaría a nivel nacional y eso implicaba que definitivamente se tenía que radicar en Buenos Aires. No se lo contó a nadie, lo pensó sola durante varias semanas y llegó a una conclusión. Esa noche, en la mesa familiar, María Elena les dijo que les tenía que contar algo:

—Me ofrecieron una secretaría en el gremio a nivel nacional. Me tengo que ir por un tiempo a Buenos Aires.

Sus hijos corrieron a abrazarla, estaban emocionados. Su marido se quedó callado. Esa noche, en la privacidad de la habitación, él le reprochó por no haberle consultado. Las cosas no estaban bien y ya se precipitaba el final del matrimonio.

En 2009 se instaló en Buenos Aires con sus dos hijos más chicos, que en ese momento tenían 10 y 11 años, la misma edad que ella tenía cuando se fue de su casa. Casualidades. Con 50 años, María Elena comenzaba, una vez más, una nueva aventura en su vida y sentaba un precedente dentro de un gremio en el que el 98 por ciento de sus trabajadores son varones.

* * *

En países como Bolivia o Perú, donde la actividad minera se remonta mucho tiempo antes que en la Argentina, existe un mito fundacional. En estos lugares, la mina es considerada un lugar sagrado, donde viven el *Tío* y la *Pachamama* a los que se los llena de ofrendas cada vez que bajan al socavón. El mito también implica que las mujeres no pueden ingresar al agujero, pues “pondrían celosa a la Pachamama y por consiguiente el Tío escondería las franjas en las que están los materiales para extraer”. Así fue como, en base a historias orales, las mujeres tenían imposibilitada la tarea de bajar a la mina, sin ninguna razón más que por la creencia popular. Sin embargo, en la Argentina, la relación con el cerro, es decir, con el lugar de trabajo, nunca fue sagrada. Por eso, a finales de los años noventa, La Alumbreira incorporó a las mujeres como operarias y profesionales especializadas. Incluso, las mujeres podían ingresar a la mina a cielo abierto.²⁰ Sin embargo, y pese

20. En un interesantísimo trabajo titulado “Mineras. Trabajar y habitar en las minas. Un análisis desde la antropología del trabajar, la producción social del hábitat y la perspectiva crítica de género”, las investigadoras del Conicet Florencia Soraire, Laura Barrionuevo y Gabriela Bard Wigdor se preguntan “¿Cómo se transita el pasaje de ser mujer, a ser mujer minera? ¿Cómo es trabajar en mega minería a

a que pasaron casi veinte años, son muy pocas las que trabajan en las minas.

Apenas llegó a Buenos Aires, María Elena recibió el llamado de su hija Lorena, que en ese entonces ya tenía 32 años y un hijo de 14. Como su mamá, también se había embarazado a los 18 años, y se había recibido de psicopedagoga pero no conseguía trabajo.

—Mamá, voy a presentar el currículum en La Alumbreira. Quiero entrar a trabajar en la mina y están tomando mujeres para manejar los camiones.

María Elena se asombró. Ella conocía bien a su hija y sentía que no tenía la personalidad suficiente para entrar a trabajar a una mina, y menos para manejar un camión que transporta doscientas toneladas, una de las tareas más dificultosas y arriesgadas dentro de la mina. Se figuraba la imagen de Lorena al lado de semejante monstruo y la sentía frágil. Sabía muy bien que, en esos trabajos diseñados pura y exclusivamente para los varones, había que tener un tipo de carácter que —ella consideraba— su hija no tenía. Apenas cortó el teléfono pensó: “Va a durar dos minutos en la mina”. Quizás, en el fondo y aunque no lo reconozca, quería protegerla.

Hoy, Lorena, aquella beba que con veintiséis días llegó a Farallón Negro, donde se crió con su familia minera, es parte del 3 por ciento de mujeres que trabajan en las minas. No duró dos minutos como lo pronosticaba su mamá. Ya van diez años de trabajo en la mina, y María Elena no tiene vergüenza en reconocerlo: está muy orgullosa de ella.

cielo abierto siendo mujer? ¿Qué significa habitar en las minas?”; en *Revista de Antropología Experimental*, N° 13, 2013, pp. 129-149. Disponible en línea en: <<http://revista.ujaen.es/huesped/rae/articulos2013/10soraire13.pdf>>.

CAPÍTULO NUEVE

Por las trabajadoras, juro

En marzo de 2014, cuarenta trabajadores de uno de los organismos de la Justicia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires estaban por quedarse sin trabajo. Les avisaron que los contratos para ese año no se iban a renovar: el peor desenlace para varones y mujeres precarizados bajo la forma de “contratados”.

Ese día, el celular de Vanesa Siley sonó temprano, aunque ella ya no registraba qué era temprano y qué no. Su hijo había cumplido un mes de vida, por lo que el día y la noche eran una variable meramente ajena y discrecional. Pero el llamado la preocupó y la angustió. Como secretaria general de la seccional Capital de la Unión de Empleados de Justicia de la Nación (UEJN) –el sindicato que a nivel nacional conducía Julio Piumato–, nunca había vivido una situación similar, la de tener que mediar por despidos. Con 29 años, era la responsable sindical de intervenir por cuarenta personas que se quedarían en la calle. En ese momento, lo primero

que pensó fue en su papá, un obrero de la ciudad bonaerense de Mercedes que en los años noventa se quedó en la calle, a partir de lo cual su vida y la de su familia se convirtieron en un verdadero infierno. Para ella la palabra “despido” es sinónimo de angustia, dolor y violencia. Por eso no lo dudó y avisó que la esperaran, que pese a la licencia por maternidad estaría ahí para negociar en la mesa. Antes de irse de su casa se sacó leche de las tetas.

En la mesa eran todos varones, menos ella, y además todos mayores. Los ánimos estaban caldeados y el tono de la discusión tenía ribetes, por momentos, violentos. No eran negociaciones fáciles, pero Vanesa tenía un solo objetivo. En algún momento del debate levantó la voz: explicó, con argumentos sólidos, por qué no solo esos cuarenta compañeros no se podían quedar en la calle sino que exigió que se los pasara a planta permanente, mientras se secaba las lágrimas. Estaba realmente conmocionada y dispuesta a todo.

Pero en medio de su álgida alocución uno de sus propios compañeros del sindicato la cortó en seco. Vanesa no entendía qué sucedía y lo miró atónita, como el resto de los integrantes de la mesa.

—Disculpen, quiero pedirles disculpas a todos. Ella está en estado de puerperio y por eso se puso así, acaba de ser mamá y está muy sensible.

Vanesa lo cortó de forma abrupta y lo desautorizó. Era él quien no estaba preparado para esas negociaciones.

Unos días después llegaría la mejor noticia. Había conseguido no solo que no despidieran a nadie, sino que incorporaran a veinte personas en planta permanente y la firma de un compromiso para que la otra mitad accediera luego a ese mismo derecho. Vanesa Siley, cuando todavía no había cumplido los 30, lograba una gran victoria como secretaria general de su seccional. Pero, además, había aprendido su

primera lección de feminismo: no era lo mismo ser mujer que ser varón en ese mundo. Como fuera, nada ni nadie la iban a frenar.

* * *

El año 2001 fue doblemente dramático para una adolescente de 15 años que intentaba surfear entre un país y una familia que se derrumbaban a la par. Su padre, un obrero humilde, se había quedado sin trabajo y con la indemnización se había puesto un almacén, una carnicería, luego otro almacén, y más luego infinitos luego para llegar a la casa con las manos vacías, sin el sustento para su esposa y sus tres hijas. Esa frustración se hacía carne en el alcohol, que se transformaba en gritos, y esos gritos en un verdadero infierno. Pero en ese 2001 su madre dijo basta y lo echó de la casa.

Así vivía Vanesa, cuidando a sus hermanas menores, casi como una madre, porque la suya trabajaba todo el día como docente. Pero nunca descuidaba sus estudios, es más, era el mejor promedio y abanderada de su clase. En los momentos en los que no estaba en su casa ni en la escuela, se refugiaba en la Iglesia y en las misiones de acción social que realizaban en las zonas más humildes de Mercedes. Allí se sentía libre y parte de un espacio que la contenía. Pero había algo más que le interesaba, y lo encontró poco a poco en la militancia, casi sin darse cuenta. Un día se acercó a un incipiente merendero llamado Los Pampitas, que había sido armado hacía poco tiempo por dos jóvenes un poco mayores que ella: Juan Ignacio Ustarroz y Eduardo “Wado” de Pedro. Juani y “Wado” eran primos hermanos pero se habían criado como hermanos, porque los padres de “Wado” estaban desaparecidos. Allí militó dos años y aquel fue el germen de una carrera que quince años después la convertirían en diputada nacional. Pero, para eso, faltaba.

Cuando terminó el secundario se mudó a Buenos Aires para estudiar Letras, que se transformó en Historia, que se transformó en Derecho. Mientras tanto, trabajaba de moza, ayudante de cocina, encuestadora y repartidora de volantes. Vivía en pensiones o en la casa de una tía abuela que era guardarropas en un puticlub del barrio de Recoleta.

En 2005, en los pasillos de la Facultad de Derecho, volvió a toparse con su amigo de Mercedes, “Wado” de Pedro, quien le sugirió que se acercara a una agrupación política en la que él militaba, Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI). No lo dudó, y comenzó a militar. Allí se acercó a Cecilia González, la delegada de la seccional Capital de la UEJN, quien la hizo ingresar al Ministerio Público de la Defensa, específicamente a la oficina de Orientación al Habitante. Vanesa estaba feliz. Por primera vez en su vida tenía un trabajo en blanco. No lo podía creer. Como estaba tan agradecida con Cecilia, le dijo que estaba a su disposición y que quería militar en el sindicato. Empezó a pegar afiches, repartir volantes y afiliar gente.

Pero el vuelco en su vida llegaría dos años después de haber ingresado al Poder Judicial. Cecilia no quería renovar su cargo y en una reunión en la casa de un compañero del grupo de su confianza anunció delante de todos quién quería que fuera su sucesora. Todos clavaron los ojos en aquella joven de 25 años que también se enteraba en ese mismo instante que había sido la elegida. Vanesa Siley se puso a llorar de emoción, aunque del otro lado no tuviera quien la felicitara o le diera un pañuelito para limpiarse las lágrimas. Vanesa no era tonta. Con solo dos años de trayectoria, 25 años de edad y mujer, no tenía apoyo entre sus compañeros ni entre los miembros de la Comisión Directiva.

Se celebraron las elecciones de la seccional y Vanesa ganó. Pero estaba sola. De los diez varones, mayores que ella, de su Comisión Directiva solo tenía uno que le respondía. Sabía que tenía que revertir esa situación, pero también

sabía que, sobre todo, necesitaba ganarse a las bases: esa sería la única manera de contar con el respaldo que no tenía en la mesa chica.

* * *

En 2010, durante la celebración del Día de la Lealtad Peronista, el estadio Antonio Vespucio Liberti del Club Atlético River Plate y sus alrededores en el barrio de Núñez estaban colmados. Todavía se sentían las consecuencias de aquel crispado 2008 por el conflicto del gobierno con el campo. La reciente ley que imponía el aumento de las jubilaciones al 82 por ciento del salario mínimo, vital y móvil –propuesta por el Grupo A del Congreso, aquel intento de unidad opositora comandado por la entonces diputada Patricia Bullrich junto con Elisa Carrió y Francisco de Narváez, entre otros– y su inmediata disolución por el veto de la entonces presidenta de la Nación –por calificarla de “ley de quiebras al Estado”– aún se sentían en el aire.

Por eso, el acto que encabezaba el entonces secretario de la CGT, Hugo Moyano, en apoyo a la presidenta de la Nación era fundamental. Moyano era un gran aliado que había apoyado al matrimonio Kirchner incluso ante la posible renuncia de la presidenta en medio del conflicto con el campo. En el escenario de la cancha de River estaban Moyano, Néstor y Cristina Kirchner. Abajo, entre los miles de trabajadores que colmaban el estadio, con una remera de la UEJN, su sindicato, estaba la flamante secretaria de la seccional 2, Vanesa Siley, que escuchaba atenta los discursos. Si bien ella comprendía la muestra de apoyo que significaba ese acto, también percibió, como el resto de las noventa mil personas allí presentes, que en ese escenario comenzaba a resquebrajarse algo.

—Queremos que alguna vez un trabajador llegue a la Casa de Gobierno –disparó el líder sindical en su discurso,

después de una fuerte tos que lo dejó varios segundos fuera del micrófono.²¹

Quizás no pensó —o sí— que la presidenta le iría directamente a la yugular.

—A usted, que pide un presidente trabajador, le digo que desde los 18 años esta mujer trabaja. Estudié y trabajé, estuve toda la vida laburando —disparó a su turno Cristina.

Dicen las crónicas de aquella jornada que en ese momento Néstor y Hugo se miraron, aplaudieron y se rieron. Pero lo que todavía no adivinaba ningún cronista es que esas risas durarían poco.

Vanesa seguía trabajando fuerte en su sindicato, logrando engrosar la fila de afiliados y, en especial, haciendo asambleas y plenarios, dos prácticas saludables dentro de los gremios pero que nunca suelen tener mucha vida en las viejas estructuras. Ella sabía que era su arma para ganarse el apoyo de los trabajadores. Mientras tanto, participaba de la mesa chica de Julio Piumato, uno de los hombres más cercanos a Moyano y con peso propio en la estructura de la central sindical. En esa época, Piumato era uno de los gremialistas que más apoyaba al kirchnerismo, incluso fue candidato a diputado en 2005 bajo el sello del Frente Para la Victoria (FPV). Vanesa lo respetaba y admiraba. Era, sin dudas, su referente sindical. Ella se sentía apoyada y valorada por él, quien la escuchaba y la hacía partícipe de los debates políticos, lo que significa la muestra más grande de confianza que un referente sindical puede ofrecer.

Sin embargo, después del acto en River, en esas reuniones en el despacho de Piumato, en el segundo piso de una casona antigua en la calle Venezuela, Vanesa comenzaba a percibir ese

21. Citado en “Apostillas”, *Página/12*, 16 de octubre de 2010. Disponible en línea en: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/155128-49798-2010-10-16.html>>.

malestar que existía entre Azopardo y la Casa Rosada; sobre todo tras el triunfo kirchnerista en octubre de 2011, con el 54 por ciento, y el ya explícito enojo de Moyano que manifestó en Ferro, el 15 de diciembre de ese año, apenas cuatro días después de la asunción de Cristina Fernández de Kirchner a la Presidencia. Como lo explica el periodista Martín Ale en el artículo “El largo adiós de Moyano”: “Ese día Hugo quemó las naves: dolido por la falta de diálogo, enojado quizás por lo que fue el armado de listas para aquellas elecciones, dijo: ‘Cuando se habla del 54 por ciento, el 50 es de los trabajadores y no de los chicos bien. Que no nos confundan, el gobierno de Perón fue el mejor de la historia. Voy a reconstruir el peronismo. No tengo vocación de bufón, por eso no acepto las decisiones’”.²²

Vanesa no comulgaba con la idea de romper con Cristina y se lo decía explícitamente a Piumato, quien seguía a rajatabla las indicaciones de su jefe, al que él no traicionaría. Los debates políticos se iban haciendo cada vez más subidos de tono y la ruptura entre la Rosada y la CGT se hacía cada vez más evidente. Por eso Vanesa tomó una decisión: armar su propio espacio político dentro del sindicato. Sabía que si quería diferenciarse de la línea política que estaba manteniendo su secretario general debía tener un respaldo para una eventual disputa dentro del gremio. Y el nombre que había elegido para su espacio también era todo un mensaje político sin nada de sutilezas: se llamaría “La Quique de Pedro”, en homenaje al padre de “Wado” –ya por entonces diputado nacional y uno de los fundadores y referentes de la agrupación La Cámpora, junto a Máximo Kirchner–, quien había sido estudiante de Derecho y miembro de Montoneros. Pero, además, “Quique” de Pedro había militado con el propio Piumato en los albores

22. Ale, Martín, “El largo adiós de Moyano”, en revista *Anfibia*, 15 de julio de 2016. Disponible en línea en: <<http://www.revistaanfibia.com/cronica/el-largo-adios-de-moyano/>>.

de su juventud peronista. Un día antes del lanzamiento, él le avisó por teléfono que también lanzaría su propia agrupación en la Capital, con dos miembros de la Comisión Directiva de Vanesa. Estaban jugando al ajedrez y discutieron muy fuerte. Pero todavía nadie se animaba a pensar en un jaque mate.

Al lanzamiento de la agrupación, en abril de 2012, fueron “Wado” y Piumato. Se realizó en el salón de un pequeño club en la avenida Independencia y Pichincha. No había más de sesenta personas. Como Vanesa sabía que abrirles el micrófono sería hacer explícita la tensa calma que podría culminar en un verdadero huracán, decidió ella también resignar su discurso. Solo hablarían algunos compañeros de base. Quería tener la fiesta en paz, y lo logró. Todos fueron muy cordiales y la felicitaron.

Unos días después del lanzamiento de su agrupación sucedió un episodio que marcaría un antes y un después en la constitución del kirchnerismo como fuerza. Ante ciento cincuenta mil personas, la presidenta lanzó Unidos y Organizados, un espacio que nucleaba a toda la militancia de base por fuera del Partido Justicialista. Dos cosas llamaron la atención en esa jornada. Por su ausencia, la columna de la CGT; ya para esa altura, la ruptura entre Moyano y Cristina era irreversible. Por su presencia, la figura de Máximo Kirchner; el hijo de la presidenta se había subido por primera vez a un escenario, después de varios años.

Unidos y Organizados fue el bautismo de fuego del hijo presidencial en su carrera política. Y para la ocasión había elegido un atuendo muy particular: la remera de La Quique de Pedro. En las crónicas de los diarios, la foto de Máximo con la remera ocupaba un espacio importante. El celular de Vanesa explotó. La mitad de los llamados era para felicitarla; la otra, para insultarla. Piumato estuvo en este último grupo.

Dos meses después, el 27 de junio, Hugo Moyano rompió definitivamente con el kirchnerismo cuando desde los estudios de *TN* —el canal de cable del multimedio *Clarín*, el acérrimo enemigo del gobierno— llamaba a un paro nacional

por la baja del impuesto a las ganancias. Eran casi las 12 de la noche y Vanesa le mandó un WhatsApp a Piumato:

—Julio, mirá que yo no estoy de acuerdo con ir al paro.

—Ah, bueno, pero tenés que discutirlo.

—Voy a convocar a una Comisión Directiva y a una asamblea, pero ya te adelanto que no vamos a parar.

Al día siguiente, Vanesa convocó a una reunión de su Comisión Directiva. De los diez, fueron nueve. De esos nueve, los dos hombres de Piumato votaron por ir al paro; los siete restantes votaron por no ir. Las actas llegaron a manos del secretario general. El teléfono de Vanesa volvió a sonar.

—Tenés que hacer asambleas con los delegados, Vanesa, esto no puede ser una resolución de la Directiva.

—Voy a hacer asambleas en todos los edificios y un plenario de delegados, Julio, pero vení, eh.

Vanesa estaba presionada por todas partes. Sabía que la decisión de no ir al paro era costosa. Los moyanistas la acusarían de traidora y los kirchneristas la usarían como caballito de batalla para demostrar las debilidades del camionero. Ella sabía que su jugada le iba a complicar la situación, pero a sus 27 años no iba a abandonar sus convicciones para negociar. En la asamblea en la que participaron más de cien delegados, el voto fue unánime: la seccional 2 de la UEJN no adhería al paro.

Unos días después, el 9 de julio de 2012, Vanesa y Julio se vieron cara a cara por última vez. La cita fue en Pizza Pizza, en pleno corazón de Caballito. Solos, sin intermediarios, pusieron las cartas sobre la mesa. Vanesa volvió a preguntarle por qué había decidido enfrentarse a Cristina, por qué había puesto al sindicato en esa encrucijada, necesitaba una explicación política. Piumato volvió a explicarle que en determinadas circunstancias uno tenía que tomar partido. Era algo personal, estaba con Moyano y no había vuelta atrás. En ese momento ella le puso su renuncia como secretaria general a

disposición, pero él no la aceptó. Se despidieron sabiendo que esa sería la última vez que estarían así, en persona, con esa confianza. En aquel almuerzo, ella despidió para siempre a su referente sindical; y él, a una de sus discípulas más queridas.

Durante dos años vivieron una especie de guerra fría. Ambos seguían ganando las elecciones; él a nivel nacional, ella en su seccional. En 2014, cuando ambos volvieron a revalidar sus cargos, pese a todos los intentos de Piumato por arrebatarse la seccional, Vanesa junto a la lista Azul y Blanca, en alianza con quien sigue siendo su secretario adjunto, Juan Manuel Rotta, logró ganar con el 87,3 por ciento de los votos, con una participación histórica del 80 por ciento de los afiliados. De los doscientos afiliados con los que había asumido en 2010, ahora la cifra alcanzaba a mil quinientos. La guerra fría se iba poniendo cada vez más caliente.

El 18 de enero de 2015, tras la muerte del fiscal Alberto Nisman, Julio Piumato fue uno de los organizadores de la multitudinaria manifestación que encabezó junto a dirigentes de la oposición y a otros fiscales y camaristas –con especial encono contra la entonces presidenta–. Incluso fue el único orador. Vanesa no solo no fue a esa concentración, sino que su seccional se pronunció en contra de la misma. Esa fue la frutilla del postre, que culminaría en que un escribano, junto a una patota de la UEJN, se apersonaran en el edificio de Sarandí y San Juan. Vanesa recibió el telegrama en el que Piumato le intervenía la seccional por “desviaciones ideológicas e incumplimiento estatutario”. En la puerta del sindicato volaban piñas y empujones. Vanesa puso el cuerpo para que la cosa no se desmadrara y pidió que todos bajaran el nivel de violencia. Mientras tanto, sus compañeros agarraron algunas cosas que tenían adentro del sindicato y se las llevaron: cuadros, banderas y dos computadoras.

Vanesa, con la firma de la Lista Azul y Blanca, escribió una carta a todos sus afiliados contando la situación y la decisión de armar un nuevo sindicato, SITRAJU. De los mil quinientos afiliados, mil trescientos cincuenta fueron personalmente

a desafiliarse a la UEJN para dejar su firma en el SITRAJU. Ella vuelve a emocionarse cada vez que cuenta esta anécdota; ahora, desde su oficina en el primer piso del sindicato en la calle Chile, en pleno corazón de San Telmo, dos años después de aquella gesta. Cuenta, con orgullo, que SITRAJU es el único gremio judicial de todo el país que tiene un convenio colectivo de trabajo. Tiempo después, logró unir a varios sindicatos provinciales, Chaco, Santa Fe y Tucumán, y conformó la Fe-SITRAJU, que también ella conduce, una federación de judiciales provinciales que se nuclea en CGT y que tiene más afiliados que la UEJN. Su sueño es volver a unir a todos los sindicatos judiciales, en una confederación, como originariamente nació el gremio, el 16 de noviembre de 1952.

—Como todo varón y de esa edad, Piumato me subestimó. Nunca se imaginó que una mujer de veintipico lo iba a enfrentar —dice Vanesa, aún con algo de dolor.

* * *

Es septiembre de 2017 y hace calor en el camping de la Federación Argentina de Trabajadores de la Industria del Cuero y Afines (FATICA), en Exaltación de la Cruz, situado a una hora y media de la Capital Federal. Está por comenzar el Segundo Encuentro de Mujeres Sindicalistas. Ese día cerrará el encuentro la flamante candidata a senadora Cristina Fernández de Kirchner y la jornada terminará con aplausos y llantos. Pero, para eso, falta. Todavía son las 10 de la mañana y los micros con cientos de mujeres de diferentes sindicatos de la CGT están llegando. Vanesa tiene una calza negra y una musculosa del mismo color, pero después se va a poner una camisa blanca. Trajo muda de ropa porque la jornada va a ser larguísima. “¡Pero qué evento te mandaste!”, le dice mientras le da un abrazo Estela Díaz, la secretaria de Género de la CTA, una de las invitadas principales. Esta era una pequeña muestra de acercamiento entre dos referentes sindicales mujeres de

distinta filiación gremial, algo que no suele darse de manera tan fluida entre varones. Por eso en el encuentro se va a escuchar mucho la palabra “sororidad”, un concepto que el feminismo ha aportado a la política pero que significa mucho más que “hermandad” y “solidaridad”.

La primera vez que Vanesa escuchó esa palabra, casi un año antes, terminó enojada. Fue en vísperas del 8 de marzo de 2016, día en que se celebra el Día de la Mujer Trabajadora. La habían invitado a una charla en el Sindicato Argentino de Docentes Privados (SADOP) junto a su secretaria general, Alejandra López, Estela Díaz y la periodista Cynthia García. Vanesa rehusó ir de antemano. Le dijo a su asesora, Tania –quien le había insistido para que fuera–, que ella no sabía de temas de género y que no era un espacio donde se sentiría cómoda. Pero Tania fue convincente y le dijo sin rodeos: “Vos decí lo que pensás”. Vanesa lo tomó al pie de la letra. Arrancó el debate y dijo que su organización sindical no tenía una secretaría de Género y que no estaba muy segura de que debieran tenerla. Sin embargo, consideraba que toda la política dentro de su sindicato tenía una política de género y que las mujeres debían apuntar a conducir las organizaciones sindicales más que conducir las secretarías de Género. El resto del panel se encargó de responderle, con respeto, pero con todas las teorías feministas sobre la mesa.

Vanesa se fue irritada: “Me voy a hacer una remera que diga que soy mujer, argentina, sindicalista y peronista”, le dijo a Tania cuando salió. Y todo aquel episodio quedó rondando en su cabeza durante semanas. Después de algunos meses, tras el lanzamiento de la Corriente Federal de los Trabajadores –un espacio creado en agosto de 2016 en el que se nuclean los gremios más combativos al gobierno de Cambiemos dentro de la CGT–, Vanesa llevó una idea. En la reunión de secretarios generales que lidera Sergio Palazzo, que comanda el gremio bancario, Vanesa –la única mujer en esas reuniones– planteó que su organización participaría

del Encuentro Nacional de Mujeres. Además de explicarles a los varones presentes qué era ese encuentro –la mayoría no lo sabía–, les sugirió que sería bueno que pudieran ir como Corriente Federal y que para eso necesitaba que la contactaran con las mujeres de sus sindicatos.

A los pocos días la empezaron a llamar y organizaron la primera reunión. Ninguna se había visto nunca, pero alcanzaron escasos minutos para que diera la impresión de que se conocían de toda la vida. Ahí Vanesa volvió a entender algunos de los conceptos que había escuchado en aquella charla y a resignificarlos de otra manera. En ese primer encuentro hubo *sororidad*. Y hubo un acuerdo común. Allí estaba naciendo Mujeres Sindicalistas. No era la comisión de género de la Corriente Federal, sino un espacio casi intuitivo con un significado que había que llenar, pero que en el fondo era tan simple y tan complejo como el de ser mujer y hacerse lugar en las organizaciones sindicales. La mayoría de las mujeres en esa reunión no sabían quién había sido Simone de Beauvoir, pero todas sabían que ser mujer dentro de la estructura sindical les costaba el doble. Vanesa lo sabía bien. Recordaba cómo tenía que levantar la voz en las reuniones paritarias o en las asambleas de su propio gremio. Recordaba las miradas desafiantes de sus compañeros siempre incrédulos ante sus argumentos, porque siempre esperaban que estuvieran respaldados por algún otro varón. Porque para que una mujer fuera legitimada en el sindicalismo debía estar “bancada” por alguien.

Después de aquellas primeras reuniones y de participar juntas del Encuentro Nacional de Mujeres, la agrupación Mujeres Sindicalistas tuvo su bautismo de fuego un par de meses después en el predio de Moreno de SATSAID, el sindicato de los trabajadores de televisión. A ese bautismo fueron más de las que esperaban. Pero nunca se imaginaron que, un año después, en Exaltación de la Cruz, más de mil mujeres se concentrarían para seguir dándole forma a eso que comenzaba a tener cada vez más sentido. Ese día, además, se hacía

la incorporación formal del “Punto 27” al programa de la Corriente Federal, que implicaba interpretar todo el proyecto gremial con perspectiva de género.

En sus declaraciones a la prensa, en medio de los choripanes y hamburguesas, Vanesa había dicho: “Hemos iniciado un camino desde nuestro primer encuentro. Dijimos que estábamos sembrando una semilla que podía cambiar la realidad del movimiento obrero en Argentina y esa semilla creció y es una planta. Somos mujeres que para los medios masivos de comunicación estamos invisibilizadas, no existimos. El gremio tiene que ser un espejo del universo de trabajadores y trabajadoras que representa”.²³

Por la tarde fueron llegando los secretarios generales –todos varones– de los gremios de la Corriente Federal, no sin recibir insultos de las miles de mujeres que les pedían que agacharan sus cabezas porque no veían el escenario. “Qué mierda tienen que hacer estos tipos acá”, cuchicheaban sentadas en el pasto, con la cámara del celular prendida porque en cualquier momento llegaría la ex presidenta. Pero Vanesa, cual maestra jardinera, les explicaba la importancia de que los varones vieran todo eso, les pedía calma, necesitaba que ellos comprendieran el poder de organización que tenían las mujeres.

* * *

El viernes 23 de junio de 2017, un día antes del cierre de listas, Sergio Palazzo le dijo a Vanesa que pasaría por su oficina para comentarle algo.

—Cristina te quiere proponer como candidata.

23. Goldman, Tali, “Un sindicalismo con perspectiva de género”, en *Página/12*, 3 de septiembre de 2017. Disponible en línea en: <<https://www.pagina12.com.ar/60596-un-sindicalismo-con-perspectiva-de-genero>>.

Vanesa lo miró perplejo. La charla duró poco, pero ella dejó en claro que sí, que estaba dispuesta. Palazzo la despidió y le dijo que estuviera alerta al teléfono.

Esa noche no durmió y se levantó pensando de qué manera se podía relajar. Así que se fue a comprar macetas y tierra para seguir colmando su balcón terraza con nuevas plantas. Como los rumores corren rápido, empezó a recibir cientos de llamadas y mensajes, pero no respondió ni uno. Hasta que, a las 17, le escribió la diputada Mayra Mendoza, la única mujer de la mesa chica de La Cámpora, avisándole que la iba a llamar Máximo Kirchner. La taquicardia volvió.

—Hola Vanesa, soy Máximo. Cristina quiere que seas la candidata de todos los trabajadores y trabajadoras, y que estés con nosotros en el Congreso.

—Bueno, muchas gracias compañero.

—Que sea con compromiso y convicción, Vanesa.

—Que sea por el proyecto.

—Eso, por el proyecto.

Era la primera vez que hablaba con Máximo Kirchner. Pero no tenía mucho tiempo para procesarlo, tenía que ir al Instituto Patria a firmar. Llamó a sus compañeros más íntimos para que la acompañaran. Apenas pisó el Patria se le empezó a nublar la vista. Estaba mareada, pero nadie tenía que notarlo. Todo el mundo se acercó a saludarla. No recuerda quiénes. Le indicaron dónde tenía que firmar, pero aún tenía la duda sobre el lugar que tendría en la lista. Se imaginó que estaría casi al final. Pero en medio del dolor de cabeza y la visión borrosa, distinguió a un compañero de Mercedes, de Los Pampitas.

—Boludo, ¿sabés en qué lugar voy? —le preguntó Vanesa.

—¿Cómo que no sabés?

—Te juro que no.

Su compañero le mostró en su celular la lista que en minutos mostraría como primicia la señal de noticias C5N. Vanesa estaba en cuarto lugar.

—¿Sabés que en la casa de mi vieja pusieron las cloacas en 2008?

Eso es lo último que se acuerda que dijo antes de que se le terminara de bajar la presión.

* * *

—¿Juráis por Dios, por la Patria y estos santos Evangelios desempeñar fielmente el cargo de diputado y obrar en todo de conformidad con lo que prescribe la Constitución Nacional?

Vanesa tiene puesto un vestido y un saco negro y se hizo la planchita en el pelo. Es miércoles 6 de diciembre de 2017 y escucha atentamente el juramento. A un lado está la diputada del Frente Renovador Mirta Tundis y, al otro, el ex gobernador de la provincia de Buenos Aires Daniel Scioli. También están Felipe Solá, Fernando Espinosa y Ada María Magdalena Sierra.

Apenas termina de declamar el juramento, todos se acercan al micrófono y al unísono dicen: “Sí, juro”.

Tundis se queda en el micrófono: “Y por los jubilados, sí juro”. Y Espinosa: “Por Perón, por Evita y por mi pueblo de La Matanza, sí juro”.

Y Vanesa: “Por los trabajadores y trabajadoras argentinas, Néstor, Cristina, Perón y Evita. Juro”.

—Quedan ustedes incorporados.

CAPÍTULO DIEZ

Señorita Sindicato

En la casa de la calle Prilidiano Pueyrredón del barrio de Mataderos vivían tres compañeros de trabajo. Roberto “Beto” Pianelli, Virginia Bouvet y Manuel Compañez. Tenían una tradición: el día del cumpleaños de cada uno de ellos, el agasajado recibía un desayuno sorpresa. El 20 de febrero de 1997, “Beto” cumplía 31 años y Virginia lo sorprendió con café con leche y alfajorcitos de maicena. El desayuno fue bien entrada la madrugada. “Beto” trabajaba como boletero en la línea E del subte y entraba a trabajar a las 4 y cuarto de la mañana. Virginia era boletera de la línea A y trabajaba hasta las 12 de la noche, por lo que en esa jornada no durmió para sorprenderlo. En la casa que compartían “Beto”, Manuel y Virginia, la única delegada sindical era ella. Junto con otra boletera de la línea B, era una de las dos mujeres delegadas en toda la red del subterráneo.

“Beto” estaba contento y comía los alfajorcitos con mucho entusiasmo. Entre uno y otro le comentó que el día anterior habían echado a un tal Contreras, un conductor de la línea E que había chocado una formación. El tema era que el conductor no había tenido la culpa. Un supervisor le había pedido mover un tren, una maniobra que no le correspondía a un conductor, pero para ganarse la confianza del jefe Contreras aceptó realizar la artimaña. Ahí fue que chocó; y en vez de echar al jefe, lo habían despedido a él. Como había fuertes rumores de que podría haber un paro –algo que nunca había ocurrido desde que el subterráneo se había privatizado en 1994–, ambos se fueron rápido para la estación Varela de la línea E, donde había sido el conflicto.

Cuando llegaron, “Beto” entró a su cabina y Virginia se metió en el cuarto de descanso, el lugar en el que los trabajadores de tráfico esperan a ser llamados para salir a manejar el tren. En ese momento las mujeres todavía no tenían permitido trabajar en esa área –ser conductoras, guardas o maniobristas– y solo podían realizar tareas en limpieza o boletería, los cargos más bajos y con menores salarios en el escalafón.

En el cuarto eran ocho varones y Virginia. Pero, para su sorpresa, el entusiasmo que tenían los delegados por hacer un paro comenzó a licuarse. Decían que la Unión Tranviarios Automotor (UTA) –el sindicato que los representaba y del que eran delegados– les había prometido una reunión con la empresa a las 10 de la mañana para hablar del despido de Contreras. Así que sugerían esperar hasta esa hora para tomar cualquier decisión. Virginia ya estaba harta de las falsas expectativas que creaba su sindicato, eran las 5 de la mañana, ella estaba sin dormir y había ido hasta allá con un objetivo. Se quedó sola con uno de los delegados.

—No va a haber reunión, Bertonasco. Tenemos que parar ahora que estamos todos juntos, a las 10 va a ser más difícil.

—Ya sé, eso es verdad, ¿por qué no lo decís?

—Están todos afuera, llámalos.

Bertonasco pegó el grito: “Entren ya muchachos, la chica tiene algo para decirles”. Los conductores volvieron a entrar. La chica les habló.

—Tenemos que parar ahora, sino no va a haber reunión. Y que la UTA se sienta a negociar con los carritos parados, para meter presión. Guillermo [Gauto, el otro delegado], vos esto lo sabés. ¿Cuántas reuniones hubo entre en el gremio y la empresa y no pasó nada? Nos van a cagar.

Gauto movía la cabeza en sentido afirmativo. La chica siguió.
—Nos tenemos que quedar acá.

Con esa frase Virginia había germinado la semilla de lo que sería el primer paro al consorcio Metrovías, sin el consentimiento del sindicato. Pero, además, esa acción se convertiría en la primera huelga en todo el país llevada a cabo en el marco de las empresas de servicios públicos privatizadas.²⁴ Una vez más, una mujer, de 21 años, comenzaba a hacer historia y a marcar el camino para lo que varios años después sería el nuevo sindicato de los Metrodelegados.

La jornada terminó siendo un éxito. A medida que iban llegando los delegados de las otras líneas y se enteraban de la situación, automáticamente paraban el servicio. La empresa estaba desesperada y la UTA, también. Pero las cartas ya estaban sobre la mesa y había que resolver la situación. El Ministerio de Trabajo llamó a conciliación obligatoria y la empresa reincorporó al conductor despedido. Ninguno lo podía creer. Sin experiencia y sin la ayuda del sindicato, los trabajadores del subte obtuvieron su primera victoria. Virginia recién se

24. Vetrici, Patricia; Vocos, Federico; y Compañez, Manuel, *Metrodelegados. Subte: de la privatización al traspaso*, Buenos Aires, Desde el Subte Editorial, 2012, p. 51.

acostó a dormir cuarenta y ocho horas después. El reconocimiento no llegó ni por parte de la prensa ni de sus compañeros. Ella empezaba a notar que había diferencias entre los varones y las mujeres delegadas, una situación que hoy, veinte años después y ya como secretaria de Organización de la Asociación Gremial de Trabajadores de Subterráneo y Premetro (AGTSyP), sigue padeciendo.

* * *

Corría el año 2000 y Virginia había sido electa nuevamente delegada de su línea, la A. La entrega de credenciales se hacía, como todos los años, en el cine de la planta baja de la UTA, en la calle Moreno al 2900. Había alrededor de veinte personas sentadas en las butacas, de las cuales solo dos eran mujeres. Desde el escenario iban llamando de a uno para que retiraran su credencial. Ella estaba sentada al fondo. Tenía puesto un jean negro ajustado y una remerita. Escuchó por micrófono su nombre y se paró para ir a recibirlo. Caminó por el pasillo del medio hasta llegar al escenario, pero en la mitad se quedó atónita. La estaban chiflando. Sus propios compañeros silbaban mientras le miraban el culo. Seguramente no se imaginaban lo lejos que llegaría esa mujer en el sindicalismo.

Tampoco se lo imaginaba ella, una piba de Merlo que había entrado a trabajar en el subte gracias a su tío, quien se había convertido en el jefe de mantenimiento de la casa central de Metrovías SA, la empresa que había ganado la concesión en 1991 y que tomó posesión el 1° de enero de 1994, en la primera etapa de privatizaciones del gobierno de Carlos Saúl Menem. La empresa del grupo Roggio podía usufructuar el servicio con un plazo inicial de veinte años, pero en 1999 ese plazo fue extendido hasta 2017 con posibilidad de prórroga, cosa que efectivamente sucedió hasta el 2018. El incipiente gobierno de tinte peronista había decidido privatizar trenes y subtes, con los argumentos de que

el servicio público era deficitario y obsoleto, y que al Estado le era imposible afrontar los “gastos”. Y como en todos los procesos de privatización, la adjudicación de Metrovías no estuvo exenta de irregularidades y falta de control por parte del Estado.²⁵

Entre 1991 y 1994 la política empresarial consistió en depurar al personal. Esto tenía dos motivos. En primer lugar, era parte del ajuste y la precarización laboral: lo que hacían dos personas, ahora lo haría una. Pero lo más importante fue que se deshicieron de todos los trabajadores con más historia, los sindicalizados, los que comenzaron a oponerse a las prácticas de ajuste, sobre todo a la decisión de que la jornada laboral pasara de seis a ocho horas. Las seis horas las había establecido Juan Domingo Perón en 1946 con un decreto en el que calificaba a la actividad como “insalubre”,²⁶ por los altos niveles de ruido, las vibraciones, la escasa ventilación, la explosión de gases, entre otras razones.²⁷ La dictadura de Juan Carlos Onganía, iniciada en 1966, y la de Jorge Rafael Videla, en 1976, restablecieron el viejo régimen de ocho horas. Con el regreso de la democracia, en 1983, los trabajadores volvieron a reclamar el viejo decreto de Perón y consiguieron que el presidente Raúl Alfonsín accediera a las seis horas. Diez años después, la nueva empresa adjudicataria del gobierno que había decidido privatizar el servicio volvió a llevar la jornada laboral a las ocho horas. Y por eso, sabiendo que la medida era antipática, pensaron que tomando gente joven –la mayoría, estudiantes universitarios que consideraban el trabajo en el subte como algo pasajero– no habría resistencia a las condiciones dadas. Sin embargo, sucedió todo lo contrario. La misma empresa contrató al germen de la nueva camada de sindicalistas y militantes.

25. *Ibidem*, p. 36.

26. *Ibidem*, p. 62.

27. *Ibidem*, p. 41.

Virginia entró en ese combo. Tenía 19 años, estaba terminando el secundario, y su tío la convocó para que hiciera un recuento de pasajeros. Virginia dijo que sí. Salía del colegio y rotaba por las estaciones de subte contando con un cuentaganado la cantidad de pasajeros que ingresaban. El trabajo duró dos semanas, pero ella quedó en un listado para futuros trabajos. Después del verano se anotó en el Ciclo Básico Común para la carrera de Psicología en la Universidad de Buenos Aires. A los pocos meses de empezar las clases recibió un llamado de Metrovías: le ofrecían ingresar como boletera de la línea A. Virginia estaba encantada. Necesitaba la plata, su familia era típica clase media del Conurbano, a la que no le faltaba pero por supuesto que no le sobraba la plata. Su plan era trabajar un par de años hasta recibirse y después dedicarse de lleno a atender e investigar como psicóloga.

Al poco de entrar se enteró que el sindicato que representaba a los trabajadores del subte era la UTA. Se emocionó. No era para menos. Su abuelo había sido un histórico delegado del gremio como chofer en la empresa Chevallier y ella siempre había soñado con seguir sus pasos. En su casa se contaba la anécdota de cuando en la década de 1960 Don Bouvet dirigió una gran huelga de colectivos, y la ganó. Así que Virginia no dudó un segundo, se afilió al sindicato y comenzó a tejer buenas relaciones con los delegados. El vínculo se fue afianzando y le dijeron que para la próxima elección la querían proponer como delegada. Les convenía su perfil, era joven, tenía entusiasmo y era mujer. Virginia recordó en ese momento el apodo que le había puesto la hermana superiora en el Colegio San José de Marcos Paz, cuando cursaba séptimo grado. Cada vez que entraba al aula se refería a Virginia como la “Señorita Sindicato”. Con sus 12 años había comandado una sentada en el recreo después de que suspendieran el clásico picnic primaveral. Diez años después, la “Señorita Sindicato” se convertía en

delegada de la línea A: a los 21 años fue la más joven en la historia de su gremio.

* * *

Virginia era codiciada entre los trabajadores politizados del subte. Todos querían cooptarla para que militara en sus partidos y agrupaciones. En esa época, a finales de los noventa y en el marco de la privatización y flexibilización, la nueva camada de trabajadores consideraba que la UTA estaba siendo cómplice de la empresa; se trataba de la famosa “burocracia sindical”, un concepto que muchas veces suena a slogan pero que refiere a esa casta de sindicalistas/empresarios que hacen negocios a costa de los trabajadores. Lo cierto es que “los nuevos” –sobre todo los boleteros, que eran los más precarizados junto a los de maestranza– comenzaron formar agrupaciones clandestinas bajo tierra. A Virginia la convocaron de las tres principales: Los Topos, que pertenecía al Movimiento al Socialismo (MAS); Trabajadores de Metrovías, que respondía al Partido Obrero; y El Túnel, que no respondía estrictamente a ninguna agrupación pero congregaba a militantes de izquierda. En esta última estaban sus compañeros de casa “Beto” y Manuel. El mayor desafío de las agrupaciones clandestinas era lograr que la jornada laboral volviera a ser de seis horas. A medida que se iban afianzando, dejaban cada vez más en claro que representaban una nueva camada de militantes sindicales opuesta a la conducción de la UTA. Y si bien no tenían otra opción hasta el momento –porque era el único sindicato que los representaba–, nunca se imaginaron que estaban gestando la formación de uno nuevo. Eso significaba, básicamente, una pelea abierta y violenta con la UTA y su tan mentada “patota”.

Los choques, las piñas y los enfrentamientos eran moneda corriente en cada paro, en cada asamblea y en cada espacio de discusión. Un típico escenario de machos pero del que Virgi-

nia nunca quedó afuera. Se unía a los varones como cordón de seguridad sorteando trompadas y cuchillos que salían a relucir a modo de amenaza. Pero nunca tuvo miedo. No sabe bien por qué. Quizás fue eso lo que hizo que la respetaran. Quizás, si hubiera sido más temerosa, no se habría desarrollado entre sus compañeros. ¿Hay que ser machona para ser sindicalista? ¿Hay que querer poner el cuerpo para ser sindicalista? ¿Hay que cagarse a trompadas para tener el certificado de buen gremialista? ¿Hay que ostentar cicatrices, sangre y nariz rota para que a uno lo respeten?

A Virginia, sus compañeros, la suelen felicitar porque “es uno más”. Le suelen decir que estuvo muy bien en tal o cual asamblea, que parece “uno de ellos”. Hace poco, un compañero le mandó un audio de WhatsApp agradeciéndole porque fue la única de la Comisión Directiva del sindicato que lo llamó para darle el pésame por la pérdida de un familiar. “Negra, yo no esperaba otra cosa de vos, porque sos la única mujer del grupo, uno espera eso porque sos la más sensible por el género femenino, más allá de que sos medio machona y con nosotros ponés el pecho (*sic*).”

Lo cierto es que para llegar adonde llegó Virginia tuvo que aguantarse ser “uno más” y entender –esto le llevó muchos años– que infinidad de reacciones y reticencias hacia ella tuvieron que ver con su condición de mujer. Ya como metrodelegada, pocas veces fue convocada a reuniones importantes.

En el año 2000, junto a “Beto” y otros compañeros formaron el Cuerpo de Delegados, nombre que le pusieron a la corriente interna contraria a la UTA. De los veintiún cargos que se pusieron en juego, doce pertenecían a la nueva camada. Virginia era una de ellas.²⁸ A finales de 2002 y principios de 2003 el grupo estaba fuertemente consolidado y el enfrentamiento con la UTA –ya a esa altura explí-

28. *Ibidem*, p. 55.

cito y abierto— hizo que definitivamente se constituyera en una instancia política autónoma e inorgánica dentro de la estructura sindical.²⁹ Por primera vez el Cuerpo de Delegados realizó un paro contra el propio gremio, la UTA, porque rechazaban de plano el acuerdo paritario que habían cerrado. Los nuevos sindicalistas se convirtieron en los verdaderos enemigos de Metrovías, cuyos directivos tuvieron que llamarlos para negociar. En los hechos, los delegados estaban legitimados por la mayoría de los trabajadores, en contraposición a la UTA, y las medidas de fuerza eran un costo altísimo para la empresa. Estaban desesperados y, por eso, contrataron a expertos para ver qué hacer.

El resultado fue un insólito “plan estratégico de recursos humanos”, un informe de treinta y cinco páginas, para uso interno, en el que dividían a los trabajadores en “terroristas”, “mercenarios” y “apóstoles”. Los expertos sugirieron una fuerte política de comunicación y campaña mediática —que sigue vigente hasta hoy—, que demoniza a los trabajadores del subte.³⁰ Virginia pertenecía a la primera sección. Para la empresa era una terrorista.

Pero, pese a los embates, el Cuerpo de Delegados estaba cada vez más sólido y se preparaba para su batalla madre: volver a recuperar las seis horas de trabajo. Realizaron acciones legales, firmas de petitorios, conferencias de prensa, movilizaciones callejeras, escraches a instituciones del gobierno y huelgas.³¹ La primera victoria llegó con sabor a derrota. El 22 de agosto de 2002 se votó en la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires la ley que volvía al régimen de las seis horas; pero tres semanas después, el flamante jefe de gobierno, Aníbal Ibarra, la vetó.

29. *Ibidem*, p. 59.

30. *Ibidem*, p. 90.

31. *Ibidem*, p. 63.

Eso derivó en otras medidas de fuerza y reuniones. Pero lo que comenzó a destrabar el conflicto fue una carta que le enviaron al presidente recién asumido, Néstor Kirchner. La carta abierta estaba firmada por el “Cuerpo de Delegados del subterráneo” y la había escrito Virginia, que era la encargada de prensa. El presidente los convocó a una reunión. Pero al despacho de la Casa Rosada fueron cinco varones delegados. Virginia quedó afuera. La reunión y el vínculo que empezaron a tejer con el presidente y su entonces ministro de Trabajo, Carlos Tomada, tuvo el primer resultado exitoso. El 5 de septiembre de 2003 se promulgó el fallo de insalubridad. Después de diez años de lucha, los trabajadores del subte volvían a conseguir las seis horas y el Cuerpo de Delegados comenzaba a soñar con armar un sindicato propio lejos de la burocracia de la UTA.

Durante cinco años dieron batalla, que en 2008 finalizó con un fallo de la Corte Suprema de Justicia a favor de la “pluralidad sindical”. El documento, firmado por unanimidad con los votos de Ricardo Lorenzetti, Elena Highton, Carlos Fayt, Enrique Petracchi, Juan Carlos Maqueda y Raúl Zaffaroni, cuestionaba la representación gremial monopólica. El Tribunal declaró inconstitucional el artículo 41 de la Ley de Asociaciones Sindicales, que permitía ser delegados solo a quienes estuvieran afiliados a sindicatos con personería gremial. La decisión era un fuerte cuestionamiento al modelo de la CGT de un único sindicato por actividad.³²

Esto fue recibido con mucho entusiasmo por el Cuerpo de Delegados, que a principios de 2009 lanzó una “Campaña Nacional e Internacional de Apoyo a la Creación de un Nuevo Sindicato de los Trabajadores del Subte de Buenos Aires”.

32. Vales, Laura, “Una puerta hacia el pluralismo sindical”, *Página/12*, 12 de noviembre de 2008. Disponible en línea en: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-114908-2008-11-12.html>>.

La operación sirvió para recolectar cientos de adhesiones y lanzar, a las pocas semanas, un plebiscito entre los propios trabajadores para la construcción definitiva de un nuevo sindicato. La celebración de las elecciones y los resultados fueron mejor de lo que se esperaba. Votó el 61 por ciento del padrón y el 98,8 por ciento se pronunció a favor de crear un gremio por fuera de la UTA. En abril, los delegados llamaron a elecciones del nuevo sindicato, al que denominaron Asociación Gremial de Trabajadores de Subterráneo y Premetro (AGTSyP). Los jóvenes e inexpertos trabajadores que habían ingresado en los años noventa estaban haciendo historia. Y Virginia era parte de ella.

Una vez que consiguieron constituirse como sindicato en los hechos, comenzó el periplo judicial, leguleyo, pero sobre todo político. El martes 3 de agosto de 2010, la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner entró al despacho del ministro Tomada. Ya eran casi las 8 de la noche. Un rato antes, el gobierno había propuesto en una mesa con los gremios y las cámaras empresarias elevar en un 22,6 por ciento el salario mínimo vital y móvil. Había sido una reunión tensa, pero se llegó a buen puerto. Cristina no se sentó. Fue directo a ver los portarretratos que tenía su entonces ministro en un modular. Hubo uno que le llamó la atención y lo agarró.

—¿Qué es esto, Carlos?

En la foto están los dos sentados a una mesa, mientras Tomada le susurra algo al oído. Hasta ahí, nada fuera de lo habitual. Pero arriba del vidrio del portarretratos, un papel pegado en forma de globo de historieta sale de la boca de Cristina con la frase escrita en birrome: “Firmale la inscripción a los pibes del subte”.

Tomada se rió. Cristina también. Dejó la foto sobre el modular. Pidió ir al baño y, desde la puerta del escritorio, soltó:

—Carlos, firmásela.

Ningún metrodelegado se imaginó que la humorada en el despacho del ministro iba a ser el último paso, uno clave, para conseguir la personería jurídica y luego la gremial.

* * *

En la reunión de Comisión Directiva de AGTSyP hay trece varones y cuatro mujeres. Es el 26 de septiembre de 2017 y son las 12 y 30 del mediodía en el sindicato que funciona en Carlos Calvo y Pichincha, en el barrio porteño de San Cristóbal. Virginia –secretaria de Organización del sindicato– es la que comanda la reunión. Ser secretaria de Organización de un sindicato es importante según la nómina de cargos. Después de su otrora compañero de casa Roberto “Beto” Pianelli (secretario general), Néstor Segovia (secretario adjunto) y Néstor Etcheto (secretario gremial), llega Virginia. Es la cuarta persona más importante dentro del sindicato y está en las reuniones de mesa chica. Ahí es la única mujer. Su tarea es mantener el vínculo con los ochenta y siete delegados –de los cuales solo cinco son mujeres–, presidir plenarios y reuniones de delegados, encargarse de las afiliaciones, convocar a asambleas. Es decir, todo lo que es la vida institucional de un sindicato está en sus manos. En la Secretaría Ejecutiva hay ocho mujeres, por lo que se da cumplimiento a la Ley de Cupos, pero la participación, en términos generales, es baja. De las 3.923 personas que trabajan en el subte, 816 son mujeres; de ellas, 163 son guardas, 134 son conductoras y 10 son manio- bristas –la categoría más alta y con mayor salario–. El resto son boleteras o están en el sector de maestranza.

En la reunión, Virginia se sienta al lado de “Beto”. Ella es la que decide quién habla y quién no, pone orden y hace callar a los que cuchichean en paralelo. En la sala de reuniones hay un cuadro gigante con todas las líneas del subte. En la mesa circulan mate y galletitas, además del *tupper* con frutillas de una de las cuatro mujeres delegadas que participan de la reunión. Durante las tres horas del encuentro, en el que se trata-

ron diversos temas sin demasiada transcendencia, las mujeres casi no hablaron. Solo Virginia habló.

Es que las mujeres tuvieron una historia de silencio en el mundo subterrestre. Tuvieron que pasar sesenta y ocho años desde la creación del subte –en 1913–, para que ellas pudieran trabajar bajo tierra. Recién en 1981 la entonces empresa estatal Subterráneos Buenos Aires –diez años antes de su privatización– contrató a cien mujeres para desempeñar tareas en las líneas A, C y E, en los sectores de boletería y control de pasajes.

Según reflexiona Claudia Salud, boletera y ex delegada, en su libro *Las trabajadoras del subte protagonistas del cambio*, “frecuentemente los empresarios contratan mujeres con ideas basadas en estereotipos creyendo que tenemos una mayor capacidad de paciencia para tareas repetitivas, mejores hábitos de dedicación a otros, mayor honestidad, mejor apariencia física, docilidad y obediencia, tanto para cumplir las órdenes, como para involucrarse menos en actividades sindicales”.³³

Todas sospechaban, aunque la empresa no lo decía públicamente, que el objetivo de incorporar mujeres tenía que ver con incentivar la baja de salarios, lograr la fragmentación entre los trabajadores y la desarticulación de la organización sindical. Una vez más, los cálculos fallarían.

Tres meses después de aquel primer paro exitoso del 20 de febrero de 1997, otra vez se produciría una huelga, pero esta vez por el despido de una mujer. Silvia Segovia, boletera de la línea A, había recibido un telegrama de despido porque faltaban cinco pesos de la caja –pese a que estaba contemplado que pudieran faltar hasta 35 pesos por día– y porque, según la empresa, se había pedido un día de enfermedad “no

33. Salud, Roxana Claudia, *Las trabajadoras del subte, protagonistas de cambios. Una aproximación sobre la situación laboral de las mujeres en el subterráneo de Buenos Aires (1981-2004)*, Buenos Aires, Desde el Subte Editorial, 2007, p. 36.

justificado”. La mayoría de los trabajadores coincidía en que era una barbaridad, que no se podía echar a una compañera por esos motivos. Había un caldo de cultivo de compañerismo producto del reciente y exitoso paro y muchos habían dejado su aletargada pasividad. Virginia era compañera de Silvia y, además, delegada de esa misma línea, por lo que recorrió las boleterías de toda la red contando la situación y apelando al espíritu de lucha. Proponía volver a hacer una huelga para pedir por la reincorporación de su compañera. Pero no resultó tan fácil como esperaba. Algunos varones delegados ponían resistencia a la idea de parar, creían que era una jugada arriesgada, que no valía la pena hacer semejante movida por una boletera, la categoría más baja de la escala. Porque un conductor y varón era una cosa, una boletera y mujer, era otra.

Virginia pergeñaba todo con otras compañeras mujeres con quienes se les ocurrió una idea, una jugada maestra, para despertar la sensibilidad de todos los compañeros. Le dijo a Silvia que fuera a la próxima asamblea con su hijo de 3 años. Silvia tenía el pelo largo, azabache, con dos mechones rubios teñidos a cada lado de la cara, y su hijo también. Silvia aceptó la puesta en escena. Estaba desesperada. Así que llegaron juntos, de la mano; la imagen no podría haber sido mejor: entre los trabajadores corrían lágrimas. El 28 de mayo de 1997, a las 12 del mediodía, los trabajadores de Metrovías pararon por segunda vez en su historia. A las 15, el Ministerio de Trabajo había intervenido y la empresa reincorporó a Silvia. Otra vez las mujeres hacían historia pero nadie las reconocía. El diario *Ámbito Financiero* tituló en su edición del 29 de mayo: “Un paro a la vieja usanza de los años 70”.³⁴

Impulsadas por ese espíritu, las mujeres se pusieron otro desafío. Pocos meses después de la reincorporación de Silvia, la empresa abrió un nuevo concurso para que los trabajadores

34. Bouvet, Virginia, *Un fantasma recorre el subte. Crónica de la lucha de los trabajadores de Metrovías*, Buenos Aires, Desde el Subte Editorial, 2008, p. 41.

pasaran al área de tráfico, lo que implicaba la posibilidad de ser guardas y conductores. La convocatoria de Metrovías era pública y visible a través de carteles pegados en las paredes con los requisitos que había que tener para poder ascender. En ningún lugar figuraba el género de quienes podían o no presentarse. Estaba implícito que solo era un trabajo para los varones. Las mujeres estaban decididas a ascender en la escala laboral; eso no solo significaba mayores responsabilidades y nuevas tareas, sino que consistía, sobre todo, en obtener un salario sustancialmente mejor que el que tenían como boleteras.

Así que la estrategia fue unánime. Las más de cien boleteras presentaron su solicitud. Los jefes no sabían cómo reaccionar. Entendían que carecían de argumentos para no aceptarlas, pero estaba instituido que las mujeres no podían bajar a tráfico. Sin embargo, ellas fueron por más y lanzaron un petitorio. Más de mil quinientos compañeros lo firmaron y a la empresa no le quedó otra opción. Por primera vez en la historia del subterráneo, a ochenta y cuatro años de su inauguración, las mujeres pudieron ascender de categoría y pasar a ser guardas. Seis años después de aquella gesta una mujer había rendido el examen para ser conductora y quedó en el primer puesto, por encima de muchos de sus compañeros varones. El subte hacía historia con su primera conductora.

La pelea por las seis horas en el subte también tuvo su costado machista. En la titánica campaña para que se sancionara el proyecto de ley en la Legislatura, la empresa buscó pegarles a las mujeres donde más les dolía. Metrovías había anunciado que, de hacerse efectiva la ley, “implicaría la nulidad automática de todas las relaciones de trabajo vigentes de personal femenino”.³⁵ Las trescientas trabajadoras que tenía

35. Dillon, Marta, “Trabajo bajo tierra”, *Página/12*, suplemento *Las 12*, 20 de septiembre de 2002. Disponible en línea en: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-352-2002-09-22.html>>.

el subterráneo estaban amenazadas. Estaban preocupadas porque tenían miedo de que las mujeres desistieran de seguir peleando por la ley, a cambio de conservar su fuente de trabajo. Pero, al contrario, lejos de debilitarlas, las fortaleció. Virginia y otras compañeras organizaron una reunión para contarle al resto que la amenaza no podía ser efectiva. Que Metrovías solo quería infundirles miedo. Nadie las podía echar por el simple hecho de ser mujeres, tal como lo quería plantear la empresa. A la reunión que se realizó en la estación Callao de la línea D fueron más de sesenta mujeres, algo inédito. Incluso, muchas de ellas jamás habían participado de una asamblea. Virginia temblaba, pero rompió el incipiente murmullo.

—A ver, compañeras, me parece que nos tenemos que organizar y armar una comisión de mujeres interlíneas.

La amplia mayoría apoyó la moción y crearon la Comisión de Mujeres del subte, el germen de lo que después sería la Secretaría de Género en el nuevo sindicato. Bajo el paraguas de la comisión recorrieron despachos de diputados y senadores, organismos oficiales y lanzaron numerosas campañas. Una vez más, el resultado fue exitoso: cuando finalmente se sancionaron las seis horas de trabajo, no solo no fueron despedidas sino que se crearon nuevos puestos laborales para ellas.

* * *

La oficina de Virginia en el sindicato es chiquita. Tiene una bandera con la cara de Salvador Allende y un póster del Che Guevara. Un pizarrón con papelitos de colores y una computadora vieja —con su antiguo monitor de tubo— y un fondo de pantalla en el que gira de manera intermitente la frase: “AGTSyP está con vos”.

Una de las tareas de su secretaría es la confección del calendario del sindicato que se les entrega todos los años a los afiliados. En general, cada almanaque tiene una temática. En

2016 habían convocado a una artista para que hiciera dibujos sobre hitos del movimiento obrero. En 2017, fueron fotos históricas sobre la construcción del subte. Pero para 2018 la elección del tema traería algunos reparos: “Las compañeras, la historia de las mujeres en el subte”.

Virginia no pidió permiso, y entró a otra de las oficinas donde estaban reunidos seis compañeros, todos varones, varios miembros de la Comisión Directiva.

—Les quería contar que decidimos que este año el calendario va a ser sobre las trabajadoras del subte. Va a haber datos y fotos sobre nosotras.

Todos, absolutamente todos, se quedaron atónitos. Sabían que no podían discutirlo, pero se notaba en las caras que les había caído un baldazo de agua fría.

—¿Y, pero, por qué solo de mujeres y no de mujeres y hombres? —le preguntó uno.

—Y, porque este año queremos valorizar el movimiento Ni Una Menos, el paro histórico que hicimos las mujeres. Nos pareció que era el momento político indicado para hacer algo de mujeres y no de varones.

Nadie se animó a decir nada más, ni siquiera a repreguntar. Virginia cerró la puerta y se volvió a su oficina con una sonrisa de esas con sabor a revancha. Son los gustitos que se puede dar después de más de veinte años de trabajo y militancia. Y aunque muchas veces quisiera tirar la chancleta porque está agotada, porque la pelea es ardua, no se imagina en otro lado. La “Señorita Sindicato” es una marca registrada en el submundo paralelo bajo tierra. Y arriba, también.

CAPÍTULO ONCE

El sindicato soy yo

—Mamá, tu jefe aparece en mi libro de historia y hoy en la clase hablamos de él.

Era una noche como el resto de las noches, en la que Viviana Benítez llegaba tarde de trabajar y veía un ratito a sus hijos en la cena. A veces era en su casa o a veces en la de su mamá, que vivía a la vuelta, en Florencio Varela. Pero esa noche ya no iba a ser como el resto de las noches. Tragó el bocado y le preguntó a Luciana a qué se refería.

—La maestra dijo que Raimundo Ongaro creó la CGT de los Argentinos. Cuando escuché eso no lo podía creer. Entonces les conté a todos que vos trabajabas con él. Me empezaron a mirar raro.

Cuando terminó la cena Viviana le pidió a su hija el libro de historia. No durmió en toda la noche. Se quedó leyendo. Para ella, Raimundo era tan solo Raimundo, un hombre mayor que

le daba buenos consejos y que era su jefe. Que la invitaba a su despacho del noveno piso en el Sindicato de Gráficos sobre Paseo Colón cuando él lo disponía. El hombre que le decía “Bibí”, así, acentuando la “be” larga y la tilde en la última “i”, porque no quería pronunciar su verdadero nombre: decía que había micrófonos por todos lados y que los espiaban. Que era amable y le preguntaba cómo iban las cosas en la obra social o cómo estaban las mujeres. Que no hablaba de política, o al menos no en ese despacho. Que le preguntaba puntualmente si ella necesitaba algo, lo que fuera. Para Viviana, Raimundo Ongaro era su jefe y punto.

Pero esa noche, cuando su hija le dio el libro de historia, entendió que ella –que apenas había terminado la primaria– era una de las pocas mujeres que trabajaba junto a una de las leyendas del sindicalismo argentino. Ella, que hasta hacía muy poco no sabía ni qué significaba la palabra “sindicalismo”.

* * *

A los 15 años, cuando trabajaba como empleada doméstica para los Arditti, un matrimonio de clase alta con tres hijos chiquitos, Viviana nunca se imaginó haciendo otra cosa. Lo hacía desde los 12, cuando tuvo que salir a ganarse el pan para ayudar a su madre –víctima de las golpizas de su padre– y a sus siete hermanos. Viviana trabajaba “cama adentro” y fines de semana. Su primer trabajo fue en el verano en el que terminó la primaria; hacía la comida y servía la mesa a una familia que vivía en Tortuguitas. Para alguien como ella no había otra opción. Pero en la casa de los Arditti se enteró que estaba embarazada y, por supuesto, la echaron. Cuando la pequeña Luciana tenía tres meses, Viviana ya no tuvo más remedio que buscar otro trabajo.

En 1996, con 16 años, acompañó a sus hermanas a una entrevista en un taller gráfico por el Microcentro. Era la primera vez que iba a esa zona de Capital Federal. Pero en la primera parada, en Once, entraron a un local de ropa coreana cuando vieron un cartel en la puerta que rezaba: “Se busca ven-

dedora”. A una de sus hermanas la tomaron en ese momento y se quedó, mientras que la otra siguió camino con Viviana rumbo a la entrevista en el taller Power Grafic. A ellas también las tomaron en el momento y se quedaron trabajando. La tarea que tenían que hacer era la de compaginar. Había una mesa larga en el medio del taller y ellas tenían que ir girando, agarrando hoja por hoja, y armando las revistas o cancioneros. Alrededor estaban los varones con las máquinas, quienes no dejaban de mirar el nuevo espectáculo de tener dos culos adolescentes dando vueltas por ahí nueve horas al día. En los talleres gráficos las mujeres solo estaban destinadas a ese tipo de roles: compaginadoras o control de calidad con el argumento de la “delicadeza” y la “sensibilidad” que “tanto caracterizan al género femenino”. Claro que esos lugares son los más bajos y peor pagados de la escala salarial. Y que una mujer pasara a manejar una máquina –que en la mayoría de los casos era simplemente apretar un botón– era algo imposible.

Ese primer día, uno de los dueños les dijo que el pago era por jornada, pero no aclaró que se les pagaba al finalizar la semana. A la hora del almuerzo se compraron un alfajor para compartir, solo les alcanzaba para eso. Pero estaban tranquilas, porque más tarde cobrarían. Cuando se hicieron las 18 y fueron a pedir su sueldo se llevaron el primer fiasco: la paga se hacía los viernes. No tuvieron otra opción que pedirle plata al jefe para el colectivo. En la fábrica todos sabían que las hermanas Benítez estaban en una situación muy vulnerable y se aprovechaban de eso: las invitaban a salir con la excusa de pagarles la comida. Pero a medida que pasaba el tiempo se fueron haciendo su lugar, aprendieron a decir que no y poco a poco comenzaron a respetarlas. Sobre todo, cuando Viviana empezó a ganarse la confianza de los jefes y fue ascendida como encargada de distribución de la empresa. Eso sí, el ascenso era nominal ya que no se correspondía con el salario, que seguía siendo el de la categoría más baja. De todos modos, sin quererlo, se terminó por convertir en el nexo entre los trabajadores y los jefes.

Power Grafic tampoco se salvó del 2001. Las deudas de los salarios alcanzaban los cuatro meses y los despidos comenzaron a tocar la puerta. Iban llamando uno a uno por altoparlante y los despedían. Bajaban pálidos por las escaleras que conectaban la planta y las oficinas de los jefes. Pero cuando ese viernes se escuchó por el altavoz “Viviana Benítez” todos se quedaron petrificados; algunos hasta se pusieron a llorar. Si tocaban a Viviana, estaban tocando a todos. Ella se había convertido en la que manejaba el taller. Cuando bajó las escaleras, todos se le tiraron encima. Les explicó que la habían echado en términos concretos, pero que le ofrecían trabajar en negro.

Esa misma tarde fue al cajero automático. Su saldo era -4,75 pesos. Se tomó el colectivo y casi como una revelación tocó el timbre en Puente Pueyrredón, mucho antes de donde se tenía que bajar, porque había visto un cartel que decía “Estudio jurídico”. Por el portero eléctrico Viviana dijo que quería hacer una pregunta laboral. La recibió una abogada a la que le contó toda la situación: las deudas y la nueva condición que le imponían para seguir en su puesto de trabajo. Pergeñaron varias estrategias que incluían testigos, cartas y vericuetos leguleyos. Pero, en especial, la abogada hizo hincapié en comentarle sobre la existencia de un sindicato, un convenio colectivo de trabajo y derechos laborales que ella tenía que conocer. Viviana logró que la reincorporaran, aunque la situación seguía siendo hostil para ella y sus compañeros. Pero sobre todo recordó lo que le había dicho la abogada sobre el sindicato, y al enterarse de que la sede del suyo quedaba a una distancia caminable desde la gráfica, un día cualquiera, después de terminar la jornada, se decidió a ir a tocar la puerta.

Le contó todo al hombre que la recibió: que la habían echado y que ahora no les querían aumentar los 100 pesos que les correspondía por ley.

—Vos te tenés que postular para ser delegada, eso es lo primero que tenemos que hacer.

—¿Delegada? ¿Qué es eso? ¿Puedo perder algo? —le preguntó Viviana.

—“Negra”, te echaron. Más que eso no vas a poder perder.

Él le regaló un convenio colectivo de trabajo de los gráficos. Viviana lo empezó a leer mientras regresaba a su casa. No lo podía creer. Decía que si había más de diez personas trabajando podían reclamar un comedor, que les tenían que dar ropa y calzado adecuado para el trabajo y una infinidad de otros derechos que ella no sabía que existían. Era una decisión tomada. Se postularía como delegada. Desde el sindicato le dijeron que tenía que ser fuerte. Que seguramente los dueños le pondrían escollos y harían lo imposible para bajarla. Y así fue. La patronal convenció a otro de los trabajadores para armar una lista paralela. El día de las elecciones fue peleado. Pero, por un voto, ganó Viviana. Pidió una reunión con la empresa. Se había aprendido el convenio de memoria y estaba dispuesta a pedir todo: una cartelera sindical, una oficina sindical, un comedor y otras tantas cosas. Los jefes le empezaron a gritar, a decir que se sentían traicionados, que ellos le habían dado todo, que cuando no tenía para comer le habían dado trabajo.

—¿Y ustedes no creen que yo les pagué con mis horas de trabajo y con mi sacrificio?

—Mirá, Viviana, acá el sindicato no entra. Y punto.

—El sindicato ya está adentro. El sindicato soy yo.

* * *

No tenía idea de cómo ir vestida ni qué hacer cuando le avisaron que tenía que participar del plenario de delegados. Quería pasar lo más desapercibida posible, pero ocurrió todo lo contrario. Cualquier persona de sexo femenino llamaría la atención allí dentro. Y más con unos zapatos de taco baratos comprados en la feria de Florencio Varela. El ruido de los tacos fue peor que una sirena de ambulancia. En ese primer piso, adonde Viviana entraba por primera vez, había fun-

cionado la CGT de los Argentinos (CGTA), una alternativa a las conducciones burocratizadas del sindicalismo peronista, nucleadas en las 62 Organizaciones con la hegemonía de la Unión Obrera Metalúrgica de Augusto Timoteo Vandor.³⁶

En ese piso se había redactado el famoso programa del 1º de mayo de 1968 de la CGTA, escrito por Rodolfo Walsh, y fue allí donde convergieron organizaciones sindicales, organizaciones peronistas revolucionarias, parte de la izquierda, la Iglesia y los artistas e intelectuales. Los tacos de Viviana hicieron ruido en las paredes donde Walsh, Horacio Verbitsky y Rogelio García Lupo debatían el contenido del semanario de la CGTA, una experiencia sin precedentes en la que periodistas de primer nivel narraban y analizaban las luchas populares.³⁷

Los hombres presentes se dieron vuelta para ver a la única mujer delegada de taller desde el regreso de la democracia. Pero en ese mismo lugar, un poco más de veinte años atrás, en 1973, otra mujer había llegado a ser secretaria general de la Federación Argentina de Trabajadores de las Artes Gráficas (FATAG), uno de los puestos más altos ocupados por una mujer en esa época: Alicia Fondevilla, una pionera en el sindicalismo argentino que mamó la cultura gráfica desde la cuna. Su padre había sido obrero en un taller y por eso ella entró a trabajar con solo 13 años convirtiéndose en reiteradas ocasiones en delegada electa por sus compañeros. Su familia era muy cercana a los Ongaro, por lo que ella militó codo a codo con Raimundo y fue parte de la fundación de la histórica Lista Verde que ganó las elecciones en 1966. Al igual que Raimundo, Alicia sufrió fuertes hostigamientos por parte de las fuerzas represivas. Estuvo en la cárcel y tuvo que exiliarse en Perú y Venezuela por casi diez años, luego del asesinato del hijo de Ongaro en 1975. Apenas

36. Eichelbaum, Carlos, “CGTA, un polo de unidad antidictatorial”, en portal de la Federación Gráfica Bonaerense. Disponible en línea en: <<http://www.cgtargentinos.org/documentos3.htm>>.

37. *Ibidem*.

pisó suelo argentino, después de muchos años desconectada de la actividad sindical, fue el propio Raimundo y otros trabajadores quienes la buscaron en el aeropuerto. Alicia retomó su tarea en el gremio y fue la encargada de la obra social.³⁸ No fue la única; también estaban Enriqueta Castro, Margarita González, Haydée Savastano e Isabel Molina, más conocida como “Chavela”, que sigue frecuentando la sede de Paseo Colón.

Pero Viviana no sabía todo eso. Ni de la existencia de Alicia, ni de la CGTA, ni de Walsh, ni de nada. Lo único que quería era ir al baño. Estaba colorada por los nervios y necesitaba lavarse un poco la cara.

La experiencia la llevó a preguntarse dónde estaban sus compañeras. Le dijeron que en el sindicato existía una Comunidad de Mujeres. Esas reuniones que se hacían una vez por mes eran un espacio recreativo donde la mayoría de ellas eran jubiladas y esposas de los trabajadores. En esos encuentros se tomaba café, se hablaba de los hijos y nietos, y se programaban viajes grupales. Las charlas que se organizaban eran sobre prevención, maternidad, salud y cuidados varios. Cada vez que participaba, Viviana se iba amargada: ella quería discutir sobre política. Entonces se dio cuenta de que lo mejor era colmar ese espacio con mujeres jóvenes como ella, e ir consiguiendo una nueva impronta para esa “comunidad”.

Así fue como empezó a ir imprenta por imprenta charlando con mujeres para invitarlas a esas reuniones y tratar de imponer una agenda nueva, quería discutir el convenio colectivo, las leyes laborales. A medida que pasaba el tiempo, más mujeres jóvenes iban copando el espacio que terminó transformándose, muchos años después, en la Subsecretaría de Género.

En su lugar de trabajo la habían apodado “grano en el culo”, porque decían que una molestia parecida sentían los patrones

38. Basualdo, Victoria, “Una aproximación al exilio obrero y sindical”, en Yankelevich, Pablo y Jensen, Silvina (comps.), *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2007, pp. 187-208.

cada vez que Viviana les tocaba la puerta. Con su gestión como delegada había conseguido un comedor, ropa adecuada para el trabajo y, sobre todo, que pagaran los aumentos que correspondían y que no despidieran a nadie.

Después de la fábrica iba al sindicato. Primero fue electa en 2004 como vocal, después como delegada congresal, y más tarde como secretaria de actas de la obra social. Pero Viviana se había dado cuenta de que para empezar a hacer política dentro del sindicato era más fácil interpelar a las mujeres –las esposas de los trabajadores– que a los propios varones, aunque la población gráfica es mayoritariamente masculina: un 85 por ciento. Ella lograba una empatía especial con las mujeres que iban a la obra social, les resolvía los problemas y de paso les explicaba la importancia del sindicato, del convenio colectivo y de otras tantas cosas que las mujeres hablarían en la cena familiar. El resultado fue exitoso: todos los afiliados pedían por “Viviana, de la obra social” para que los atendiera. Y ese rumor llegó a la oficina del propio Ongaro.

* * *

El bar del edificio en el que funciona la obra social de los gráficos se llama “Alfredo Ongaro”, en honor al hijo de Raimundo asesinado por la Triple A en mayo de 1975, y es atendido por su otro hijo, Miguel, quien saluda a Viviana con un cálido abrazo. Viviana tiene a su cargo la Secretaría de Asistencia Social y Turismo. Maneja mucha plata, pero no es un puesto clave en las decisiones de poder dentro del gremio. No hay mujeres en la mesa paritaria. Ella está vestida con el buzo de la “Lista Verde, Amichetti Conducción” y está terminando el secundario de manera virtual.

—¿Si quiero que algún día el buzo diga “Benítez Conducción”? Y sí. Cuando yo entré al taller, a los 16 años, no tenía ninguna aspiración, necesitaba trabajar para sobrevivir. Pero si hoy me preguntás, soy más peronista que Perón y la clase trabajadora es lo más importante que hay. Entonces, ¿por qué no aspirar a ser secretaria general?

Las pistoleras de Reyes

El 17 de octubre de 1945 el palco de la Casa Rosada estaba atestado de gente. Era ya de noche y dicen que por el micrófono acababa de hablar una mujer. También dicen que el general Edelmiro Farrell, quien en ese momento ocupaba el cargo de presidente *de facto*, se asombró al escuchar un vozerón desproporcionado para la pequeña contextura física de aquel cuerpo femenino.

—¿Quién es usted, señora?

—Yo soy una mujer que corta carne con una cuchilla así, más grande que yo, del frigorífico Swift.

—Pero, ¿quién es? —insistió Farrell.

—Me llamo María Roldán.

—Mucho gusto, señora. Ya va a venir Perón, estén tranquilos que va a venir.

Cinco días antes, el 12 de octubre, María Roldán, una de las primeras delegadas sindicales de América Latina, del fri-

gorífico Swift de la ciudad de Berisso, se enteró de que algo se estaba gestando. Eran días muy agitados. Cipriano Reyes, fundador del Sindicato Autónomo de la Industria de la Carne y del Partido Laborista en 1943, un hombre muy cercano al entonces secretario de Trabajo y Previsión Social, Juan Domingo Perón, había desaparecido de la ciudad. “Está en La Rioja”, decían algunos; “está en Tucumán”, murmuraban otros; “fue a Catamarca”. Lo cierto es que, efectivamente, el dirigente sindical estaba recorriendo el país para organizar lo que sería un episodio histórico y trascendental no solo para la conformación del peronismo sino para el devenir de la historia argentina.

Ese 17, bien temprano, María recibió el llamado de Reyes: el general Perón estaba preso en la isla Martín García y era hora de salir a la calle, ya. María estaba que trinaba, y se fue corriendo a los dos frigoríficos que quedaban a un kilómetro y medio de distancia: el Swift, donde trabajaba ella, y el Armour, donde trabajaba su marido. La ciudad portuaria de Berisso fue cuna de inmigrantes en el siglo XIX, adonde llegaron desde Europa y Asia en búsqueda de una vida próspera. Ingresaban a trabajar primero en los incipientes saladeros, que luego se reconvirtieron en frigoríficos. Como en otras tantas ciudades de la provincia de Buenos Aires o del interior del país, eran esas grandes fábricas con miles de obreros las que regulaban la vida social, política y cultural de sus habitantes. Esas miles de historias de miseria, de trabajo duro y esclavo, de sacrificio y hambre, se vieron interpe-ladas por un militar en ascenso que, como secretario de Trabajo, había velado por ellos. Para los trabajadores de los frigoríficos de Berisso, en sus vidas existía un *antes y un después de Perón*.

La mañana del 17 María entró como pudo a los frigoríficos y empezó a sacar a los trabajadores a las calles. El plan era parar la fábrica y llegar hasta Plaza de Mayo para pedir por la libertad de su líder. Caminaron quince kilómetros hasta la plaza San Martín de La Plata. El calor era agobiante y la ciudad de las diagonales era una marea de gente. En las escalinatas de la Casa de Gobierno se improvisó un escenario y, con un megáfono, la delegada del Swift dio un discurso y arengó a las masas.

—Si Perón no aparece en la Plaza de Mayo vivo y sano antes de las 12 de la noche, los obreros seguiremos sin trabajar, paralizando al pueblo argentino, pase lo que pase. ¡La vida por Perón!

* * *

Como muchas historias personales en la Argentina, la de María Roldán fue también una historia de inmigrantes. Su padre, Agustín Bernaviti, huyó de Italia a los 18 años en el legendario barco *Princesa Mafalda*. Políglota y violinista, Don Bernaviti se ganaba la vida como albañil. Con ideas anarquistas y un fuerte compromiso con los trabajadores, tuvo que sortear persecuciones y amenazas de aquella policía conservadora. Su madre, Natalia Souto, también había llegado a la Argentina desde una España teñida de miseria y hambruna. En esa Argentina que comenzaba a forjar su nueva identidad, el italiano y la española se casaron y tuvieron dos hijas: en 1907 nació Josefa y en 1908, María.

Hubo una época en la que los Bernaviti se habían posicionado bien económicamente, gracias a que Don Agustín trabajaba en el Teatro Colón como ebanista. Pero el trabajo se tornó una excusa. Agustín azuzaba al resto de sus compañeros y les inculcaba los ideales anarquistas y la lucha por la mejora de sus condiciones laborales.

María respiraba ese aire de política, de problemáticas sociales y de sindicalismo *amateur*. Eso le encantaba y la diferenciaba de las chicas de su edad. Entradas en la adolescencia, su hermana Josefa había decidido ser modista, pero María no quería estar encerrada cosiendo y bordando. Quería estar afuera, como su papá. Pero la vida de clase media y el trabajo en el Colón tuvieron un final abrupto. Don Agustín había sido amenazado de muerte y tuvieron que escapar. El destino, sin mucha opción, fue la húmeda provincia de La Pampa y el comienzo de una vida rural teñida de pobreza.

Mientras tanto, en Berisso, un treintañero con las manos curtidas, obrero del frigorífico Armour, también tuvo que escapar. La razón, lejos de la persecución política como la de Don Agustín, era un meollo de tinte amoroso. Vicente Roldán tenía un romance secreto con una chica de origen turco que había quedado embarazada. La familia de la joven, que estaba en contra del vínculo, fue tajante: si Vicente no desaparecía de Berisso, lo mataban. De modo que, con lo poco que tenía, también huyó a la húmeda provincia de La Pampa.

María, de 16 años, y Vicente, de 36, se conocieron, se enamoraron y se casaron pese a la oposición de los Bernaviti, que no avalaban la relación por la diferencia de edad. Pero no les importó. Comenzaron su propia vida de nómades en el campo, él como cosechero y ella como cocinera. Al poco tiempo María se embarazó y, en el transcurso de cuatro años, la familia Roldán pasó a tener cinco integrantes: Vicente Mario, Florentino —que nació con una enfermedad degenerativa que lo llevaría a una muerte temprana—, y la pequeña Dora.

La Década Infame llegó con falta de trabajo, precariedad en la vivienda, pobreza e incluso miseria, que hacía rozar los límites entre la vida y la muerte. Una noche, María presencié un episodio que la aterró y le hizo cambiar el rumbo de su vida. En una chata, esos carruajes de cuatro ruedas donde se llevaban las bolsas de trigo, una familia velaba a su hijo menor, que había muerto de hambre en el camino. Llorando, fue corriendo a contarle a Vicente; ella no quería ver a sus hijos morir así, de hambre. Así que tomaron la decisión. Ya era hora de volver a Berisso.

* * *

—Yo lo conozco a Roldán, señora, trabajo con él en el frigorífico Armour. Vengo a visitarla y a hablar con usted.

María dejó el pesado cuchillo sobre la mesa y le prestó atención a aquel hombre del que había escuchado hablar en su casa:

el carismático Cipriano Reyes, que se convertiría años después en una figura clave para el sindicalismo y el peronismo.

—Vengo de parte de su esposo, él ya está de acuerdo. Se corre la bola de que usted pelea mucho con los jefes porque tiene cualidades... y si quiere ser la delegada activa de esta sección...

—Mire, si habló con mi marido y él le dijo que sí, entonces yo también digo que sí.

María había entrado al frigorífico Swift apenas volvieron de La Pampa, a principios de la década de 1930. La situación económica y la enfermedad de Florentino no dejaron otra opción que la de salir ambos a trabajar. Apenas llegaron, se instalaron en un conventillo de la emblemática calle Nueva York. En la casa chorizo con varias habitaciones había un solo baño con una letrina en el piso para todas las familias. Los Roldán dormían, los cinco, en una sola pieza con cocina. Sin embargo, los lazos de solidaridad entre los vecinos —en su mayoría inmigrantes— permitían a María y a Vicente trabajar la cantidad excesiva de horas y estar tranquilos de que sus hijos no se quedaban solos. Muchas veces no había para comer, otras se las arreglaban con los pedacitos de bife que María y Vicente se guardaban a escondidas en la vaina de los cuchillos.

La vida cotidiana en el frigorífico era como estar en una película de terror: el ingreso al interior de un monstruo gigante donde la oscuridad, la humedad, los olores rancios y ácidos se convertían en el escenario cotidiano. Cientos de hombres y mujeres vestidos de blanco, en fila, con cuchillos en mano, esperaban constantemente sangre, frío y muerte.³⁹

Vicente volvió a su viejo puesto de depositador en Armour; su tarea consistía en trozar los pedazos de carne. Implicaba un

39. Sobre la vida de los obreros del sector frigorífico y el protagonismo de estos en el devenir histórico argentino, véase el documental *Carne propia* (2017), con guión y dirección de Alberto Romero.

esfuerzo físico casi sobrehumano, porque ellos mismos tenían que cargar los trozos que pesaban entre veinte y treinta kilos, sin mencionar las amputaciones de manos y dedos, producto del filo de la cuchilla. Como consecuencia del esfuerzo y del peso que cargó durante años, literalmente, sobre sus espaldas, Vicente fallecería por problemas renales. La labor más sacrificada la hacían los que trabajaban en la cámara fría, donde se guardaba la carne: los hombres ingresaban, pero algunos no salían y se morían congelados. Así se trabajaba en la década de 1930 en los frigoríficos.

María había entrado a la sección de “picada” en el Swift, donde se picaba la carne, le sacaban el nervio y separaban ambas partes en distintos tachos. Para ella el trabajo no fue difícil de aprender, pero se volvía cada vez más y más pesado. La jornada empezaba a las 6 de la mañana y terminaba a las 8 de la noche. Con suerte –y si no había ningún contrat tiempo de fuerza mayor, cosa que sucedía a menudo– tenían una hora en el medio para almorzar. Había que picar cien kilos de carne limpia por hora. Los capataces pasaban constantemente por las mesas de trabajo para controlar que el pesaje estuviera en los parámetros indicados. Si habían picado una cantidad menor se convertían en blanco de sanciones, lo que podía implicar desde una humillación en público hasta un despido. El silencio era casi sepulcral, no se podía ni charlar y no había tiempo para descansar, ir al baño o quejarse por alguna molestia. No importaba si alguno se había cortado un dedo; había que envolverlo en alguna gasa o venda y presentarse a trabajar. Ni siquiera las mujeres embarazadas tenían un trato diferenciado y hasta dicen que en una oportunidad María ofició de partera en la fábrica, cuando una de sus compañeras rompió bolsa en el medio de la jornada. De modo que las mil doscientas mujeres que trabajaban en esa sección agachaban la cabeza bajo un único imperativo: llevar el pan al hogar.

Por eso, cuando Cipriano Reyes la convocó para ser delegada del incipiente sindicato que estaban formando, no lo

dudó. Era una de las pocas mujeres que se animaba a alzar la voz. Recordaba a su padre, el anarquista, en cada palabra con sus compañeras para concientizarlas de que así no podían seguir. Recordaba a su padre, el anarquista, cada vez que se enfrentaba a los capataces.

Una vez, el supervisor se paró delante de una de sus compañeras y le gritó:

—Usted es una inútil.

La mujer se quedó callada y agachó la cabeza. María no aguantó.

—Esta señora tiene esposo, es una señora y madre de familia. ¿Con qué derecho la trata de inútil?

—Y si no sabe trabajar...

—Tenga el respeto, señor jefe, de llamarla a solas en su oficina y explicarle a esta obrera lo que pasa, pero no la insulte delante de todos. Acuérdesse de que usted nació de una mujer, no de una planta, ¿o no nació de una mujer usted?

En el año 1943, Reyes, junto a otros compañeros, formó el Sindicato Autónomo de la Industria de la Carne, el primer sindicato de Berisso. Y en esa incipiente Comisión Directiva figuraba una única mujer, que ya se había ganado la fama de “chiquita, petisa, gordita y de carácter muy fuerte” y un apodo que la marcaría para siempre: Doña María, *la impulsiva*.

* * *

—Si no podés pagar, no pagás, pero afiliate al sindicato, firmame acá, firmame la ficha.

Así afiliaba Doña María a sus compañeras en el baño del frigorífico. En cada momento que podía, militaba entre sus compañeras —en su mayoría extranjeras— y les explicaba la importancia de tener un sindicato. Comenzó a ganarse legiti-

midad no solo entre sus pares sino entre los capataces. Legitimidad que necesitaría para lo que unos meses después, en 1944, sería una huelga histórica –casi única en el mundo– en la que los trabajadores de los frigoríficos pararon la fábrica durante noventa y seis días.

Entre los delegados del sindicato se había gestado un petitorio con catorce puntos que conformaban un listado de pedidos para la patronal. Ya venían envalentonados porque el sindicato había logrado que se reincorporara a una numerosa cantidad de trabajadores despedidos. Entre los puntos del petitorio figuraban, por ejemplo, la jornada de ocho horas, la Ley de la Silla (esto es, que les permitieran a las mujeres tener sillas para descansar) y la visita a un médico en caso de sentirse mal. También exigían el pago de horas extras y un aumento salarial: 15 centavos más por hora para las mujeres y 20 para los varones.

—Nosotros no respetamos a ningún sindicato ni a ninguna comisión, acá adentro no hay comisión —respondían los directivos.

Así fue como, una noche, Reyes reunió al resto de los delegados:

—Bueno, esto se terminó, compañeros, vamos a empezar a parar una noria. Si no aflojan, vamos a parar dos norias; después, si no aflojan, tres norias; después, cuatro norias; después, si no nos reciben, cinco norias.

A medida que iban pasando los días, el paro se consolidaba. Los siete mil trabajadores de ambos frigoríficos iban entendiendo la importancia de la huelga, pero, sobre todo, del sindicato. Sin embargo, nada era fácil; las presiones de la patronal para quebrar la huelga chocaban con la fuerza y la decisión de la mayoría de los trabajadores. Algunos testimonios sostienen que Doña María utilizaba técnicas cuasi maternales para sumar seguidores. Otros, por el contrario, aseguran que era intimidante y que incluso llevaba en la cartera

un revolver con el que amenazaba a los que no adherían a la huelga. Junto a otras mujeres que también participaban en el sindicato, las llamaban “Las pistoleras de Reyes”.

Según recuerda Dora Roldán, la hija menor de Doña María que ya cumplió 86 años y que aún vive en Berisso, durante la huelga de los noventa y seis días su madre caía presa todo el tiempo. Ella y sus hermanos quedaban al cuidado de su padre y de los vecinos del conventillo porque no sabían cuándo iba a volver.

Después de tres meses, la patronal aceptó los catorce puntos del petitorio y se levantó la huelga. Había sido un éxito.

Los cambios se palparon: el sueldo aumentó y bajaron las horas de trabajo pero, sobre todo, los trabajadores entendieron que solo si fortalecían el sindicato serían verdaderamente escuchados. Muchos años después, en una entrevista con el historiador estadounidense Daniel James, rememorando esos acontecimientos, María sentenciaría: “La verdad es que el sindicalismo es más lindo que la política; la lucha sindical es más linda que la política”.⁴⁰

* * *

—Yo quisiera saber para qué es la visita de esas señoras.

Reyes había invitado a algunas mujeres del sindicato a charlar con Perón. Doña María había sido designada para hablar.

—Mire, coronel, primero para conocerlo bien, para escucharlo de cerca, porque la noche que usted llegó de Martín García y estuvo preso, perdone el mal recuerdo, había tal cantidad de gente que no pudimos escuchar su voz. Ahora se la escuchamos bien. Queremos pedirle un gran favor, casi le diría que es una obligación de todos los gobiernos del mundo.

—Sí, señora, hable. ¿Quién es usted?

40. James, Daniel, *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires, Manantial, 2004, p. 103.

—Me llamo María Roldán, soy de Berisso, soy obrera del frigorífico.

—Bueno, ¿qué es lo que me quiere decir?

—Le queremos decir que nosotras, la profesora Vechioli y la poeta que vino con nosotras, la chica de Fontana y la señora de Roldán, quien le dirige la palabra, se sienten muy agradecidas por habernos recibido. Vinimos a pedirle que sancione los derechos cívicos de la mujer, nosotras queremos votar. No podemos permitir más, coronel Perón, que voten los alcohólicos, los locos, los muertos —Perón comenzó a reír—, porque usted sabe, coronel, que han votado los muertos. Cuando estaban los conservadores votaban los muertos, los monjes también votan, con todo el respeto que se merecen, y nosotras tenemos que escuchar a nuestros esposos, a nuestros hermanos, a nuestros tíos que nos digan que ya votó el pueblo. ¿Y nosotras, no somos pueblo nosotras, coronel?

Cuando terminó de hablar, Perón le preguntó al oído a Cipriano si la señora que hablaba era una doctora. Ahí fue Reyes el que comenzó a reír.

—Noooo, es una obrera de la carne.

Crear que haberle exigido a Perón el voto femenino o haber tenido un activo rol en defensa de los derechos de las mujeres en la fábrica convirtieron a Doña María en una ferviente feminista sería una falacia. Pero también sería un error histórico pensar que era machista por estar en contra del divorcio y del aborto, o porque identificaba a su marido en un rol de jefe de familia. Ella era un fiel reflejo de su época, de lo difícil y contradictorio que era ser mujer y destacarse en la actividad sindical.

* * *

Dicen que Doña María tenía muy buen vínculo con Perón y que él la llamaba así, por su nombre de pila. Dicen que algunas

veces, por las noches, y para que nadie se alertara, Perón iba al sindicato a charlar con los delegados y María era la encargada de cebarle mate amargo. También dicen que era muy obstinada: “General, necesitamos un barrio acá, en Berisso, necesitamos un hospital también”. Y que Perón, para que no insistiera con los pedidos, le respondía “Está bien, María, está bien”. No fue en vano. Dicen que gracias a su insistencia Perón construyó el Barrio Obrero de Berisso en 1951.

Doña María figura poco y nada en la historia del peronismo, del sindicalismo y, sobre todo, en la epopeya de aquel 17 de octubre de 1945, cuando su labor fue clave para movilizar a la ciudad que, según reflejan los relatos de la época, aportó casi el 50 por ciento de los concurrentes a la Plaza de Mayo. Es más, la política fue muy injusta con ella, ya que ni siquiera tuvo un cargo de concejal en su propio municipio.

Según Daniel James, el historiador que más estudió su vida, su estrecho vínculo con Cipriano Reyes, el hombre que años después fue tildado por el propio Perón como traidor, fue determinante para su relego.

Para su hija Dora y para su nieto Guillermo, la invisibilización de Doña María tuvo que ver en gran medida con que fuera mujer. Dora recuerda que, muchas veces, su madre renegaba porque la dejaban afuera de ciertas actividades, viajes y reuniones importantes en el sindicato; solo participaban los varones.⁴¹

Más de siete décadas después de aquella gesta de cabecitas negras para consagrar a su líder durante el resto de la eternidad, es hora de que se sepa que, además de Evita, hubo otras tantas mujeres que lo hicieron posible y una de ellas fue María Bernaviti de Roldán, mejor dicho, Doña María.

41. Los testimonios de Dora Roldán y Guillermo Manso Roldán fueron proporcionados en una entrevista personal realizada por la autora el 18 de agosto de 2017.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer a todas las mujeres sindicalistas que prestaron su testimonio, que me dedicaron tiempo, que respondieron mis infinitos WhatsApp con las preguntas más insólitas, que me dejaron espiarlas en lugares de intimidad, incluso sin el consentimiento de sus secretarios varones.

A mi familia, los Goldman: Dany, Norma y Edna, porque juntos somos todo lo que está bien en esta vida. Gracias especiales a mi hermana por haber sido la primera editora de este libro.

A Daniel González y Rosina Balboa, de Editorial Octubre, por creer en el proyecto desde el principio y por una mirada amorosa en la edición.

A María Seoane, por ser mi madrina en la profesión y por abrirme las puertas de todo, incluso para este libro.

A Florencia Alcaraz, la única persona en el mundo con la que me hubiera encantado escribir este libro. Gracias por decirme que no, porque me permitió crecer. Gracias por tu

generosidad, tu mirada, tus consejos permanentes, y porque juntas aprendemos día a día en esta profesión.

A las directoras y compañeras de LATFEM: gracias por haber creado este sitio feminista, el primer medio que se animó a publicar mis notas sobre mujeres sindicalistas. El espacio que me dieron fue clave y de enorme ayuda para este libro.

A Martín Ale y Leila Mesyngier, porque este libro surgió en mi cabeza producto de varias notas que publiqué en *Anfibia*. Gracias por la generosidad y por el lugar que me dan.

A Ana Rosemberg, mujer sindicalista y solidaria como pocas.

A Ari Lijalad y Adrián Murano, en nombre de muchos colegas y amigos con los que aprendí y aprendo en esta profesión.

Gracias a mi familia extendida, los Grochowski-Kraselnik y los Fechtenholz, por el amor. A mi abuela Rosita y mi abuelo Juan, que hasta último momento me preguntaba si ya estaba escribiendo un libro.

Gracias a mis amigas-hermanas: Ana Makarovsky, Mica Kirchuk, Mica Bleicher (y Ciro), Cami y Agus Romano, porque nuestro lazo es más fuerte que todo hace más de veinte años.

A Damían Supply y Rodrigo Orellana, los guardianes de mi galaxia.

A Inés Ulanovsky, por la sincera y cotidiana amistad que me hace tan bien.

A Sabrina Roth y Luis Paz: mi hogar en Jujuy desde hace tantos años.

Y, por último, y más importante, a Andy, mi amor, porque desde que nos encontramos –ya no recuerdo cuándo y no me importa– sabemos que nunca más vamos a estar solos en este universo.

ÍNDICE

- 9 Prólogo
Por Ana Natalucci
- 17 Introducción
- 33 Capítulo uno
Mafaldas y Huguitos
- 43 Capítulo dos
Yo soy *tora* en mi rodeo. Y *toraza* en rodeo ajeno
- 55 Capítulo tres
El largo regreso a casa
- 67 Capítulo cuatro
Una lección de gremialismo
- 73 Capítulo cinco
De colaboradoras a dirigentes

83	Capítulo seis El uniforme menos pensado
93	Capítulo siete Una cartonera en Nueva York
101	Capítulo ocho De la tierra venimos y hacia la tierra vamos
109	Capítulo nueve Por las trabajadoras, juro
125	Capítulo diez Señorita Sindicato
143	Capítulo once El sindicato soy yo
151	Capítulo doce Las pistoleras de Reyes
163	Agradecimientos

Este libro se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2018, en Latingráfica,
Rocamora 4161, Buenos Aires, República Argentina.